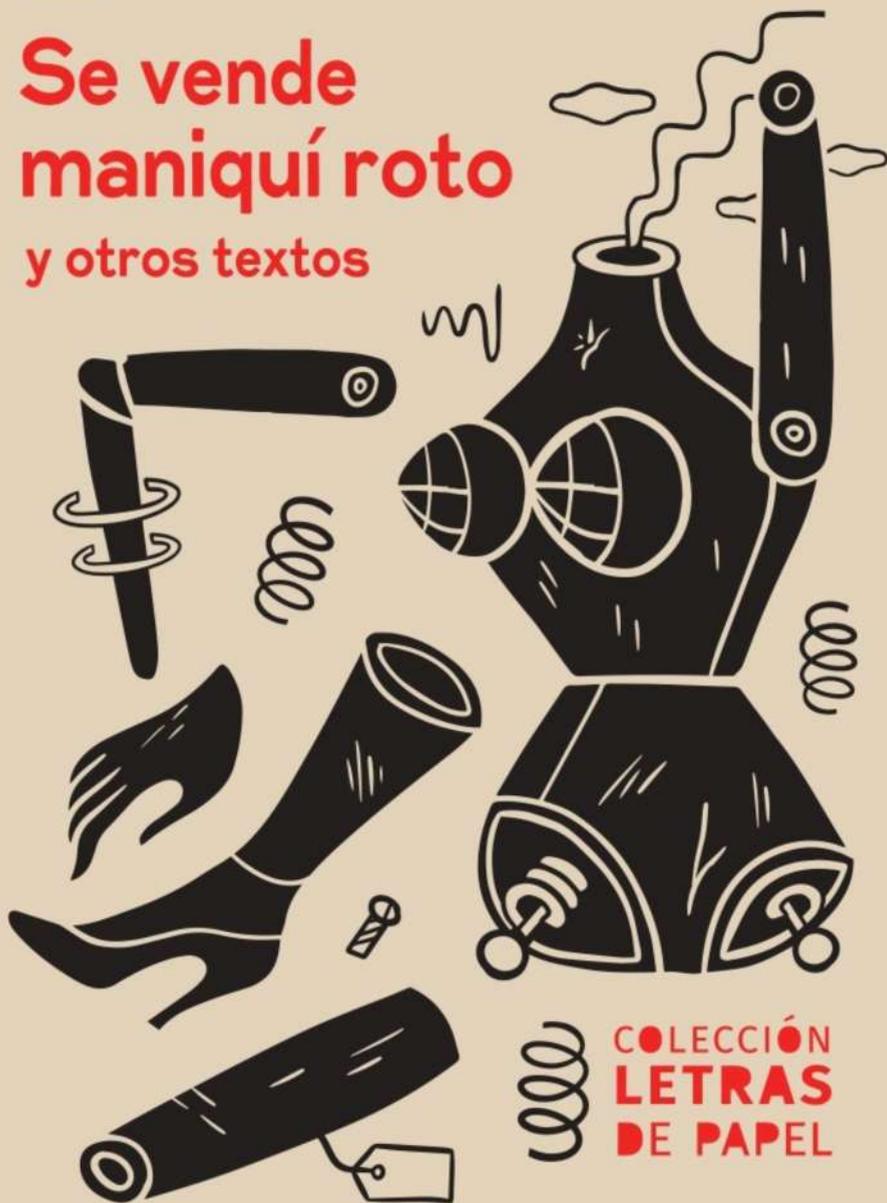




CENTRO  
ANDALUZ.  
DE LAS  
LETRAS

# Se vende maniquí roto y otros textos



COLECCIÓN  
**LETRAS**  
**DE PAPEL**

**A** Junta  
de Andalucía

Consejería de Turismo,  
Cultura y Deporte

Agencia Andaluza de  
Instituciones Culturales

# Se vende maniquí roto y otros textos

COLECCIÓN  
LETRAS  
DE PAPEL



**Junta de Andalucía**

Consejería de Turismo,  
Cultura y Deporte

Agencia Andaluza de  
Instituciones Culturales

PRIMERA EDICIÓN:

Edita: Consejería de Turismo, Cultura y Deporte. Junta de Andalucía

Edición no venal

© De la edición:

Consejería de Turismo, Cultura y Deporte. Junta de Andalucía

© De los textos: sus autores y autoras

© Del prólogo: Emilio Calderón, Juan Francisco Ferré y María Elena Higuero

© De la ilustración: Andi Rivas

© Del diseño y maquetación: Ildefonso Troya y María Larreta

Esta edición recoge textos seleccionados de entre los presentados en las pruebas de acceso a la Escuela de Jóvenes Escritores, programa del Centro Andaluz de las Letras creado con la finalidad de promover y difundir la creación literaria entre los jóvenes y los jóvenes andaluces.

Depósito Legal: SE 1367-2023

Impresión: Artes Gráficas Servigraf, S. L.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso por escrito de la entidad editora.

La Comisión de Valoración de las pruebas de acceso a la Escuela de Jóvenes Escritores y Escritoras 2023, compuesta por los autores Emilio Calderón y Juan Francisco Ferré y la autora María Elena Higuieruelo, que seleccionó estos textos de entre los presentados, emitió su fallo el 8 de mayo de 2023.

El asesoramiento técnico del Centro Andaluz de las Letras estuvo a cargo de Lourdes Fernández, Antonio Luis Ginés, Francisco Ruiz, Julio Velasco y Sandra Martín.

Agradecimientos a Andi Rivas por la ilustración de cubierta, y a Emilio Calderón, Juan Francisco Ferré y María Elena Higuieruelo por los prólogos.



En 2023 celebramos el 25 aniversario del Centro Andaluz de las Letras, renovando su dirección, actualizando sus contenidos y apostando por nuevos formatos de actividades con una orientación clara hacia la cultura y la creación contemporánea.

Y en ese marco damos un nuevo impulso al programa de Autores Noveles con el que apoyamos a los jóvenes talentos y les ayudamos a desarrollar su capacidad creativa. A la convocatoria de este año se presentaron 145 solicitudes de las ocho provincias andaluzas y la comisión asesora que ha realizado la selección, integrada por Juan Francisco Ferré, María Elena Higuero y Emilio Calderón, ha tenido el difícil trabajo de seleccionar entre las muy buenas propuestas recibidas.

Dentro del programa se encuentra la colección ‘Letras de papel’, de la que este año publicamos el número 19, con poemas y narraciones de doce chicas y chicos de entre doce y veinte años. Con este libro diez autoras y dos autores tendrá la oportunidad, por primera vez, de ver publicadas sus creaciones y acercarse así a su primer público-lector.

Los autores de los textos que componen este volumen se unirán a otros chicos y chicas para participar en la Escuela de Jóvenes Escritores y Escritoras que se celebrará del 23 a 29 de julio en Mollina (Málaga) con la participación de treinta y cuatro alumnos. Durante una semana de convivencia, participarán en talleres, encuentros con autores y otras actividades culturales en las que adquirirán nuevos conocimientos y habilidades para desarrollar su afición por la escritura, compartiendo así una experiencia única.

Andalucía es la cuna de autores y autoras de reconocimiento universal, como Luis de Góngora, María de Zayas, Bécquer, Cecilia Böhl de Faber, los hermanos Machado, Juan Ramón Jiménez, María Zambrano, Federico García Lorca, Vicente Aleixandre o Francisco Ayala, entre otros muchos. Tenemos la responsabilidad de ayudar a aflorar el talento que sigue existiendo en nuestros días, para que la literatura andaluza siga ocupando un lugar central en las letras hispánicas e internacionales. En particular, queremos ayudar a reconocer el buen trabajo de las jóvenes escritoras, que un año más son protagonistas del programa y autoras de la mayoría de los textos recibidos.

La fuerza creativa de nuestros jóvenes, su visión del mundo, transgresora y valiente, junto a la generosidad de autores destacados que se incorporan cada año a la escuela como profesores para compartir su experiencia y conocimientos, han logrado que varios alumnos/as consigan hacerse un hueco en el mundo de las letras, labrándose una carrera con reconocimiento de lectores y críticas.

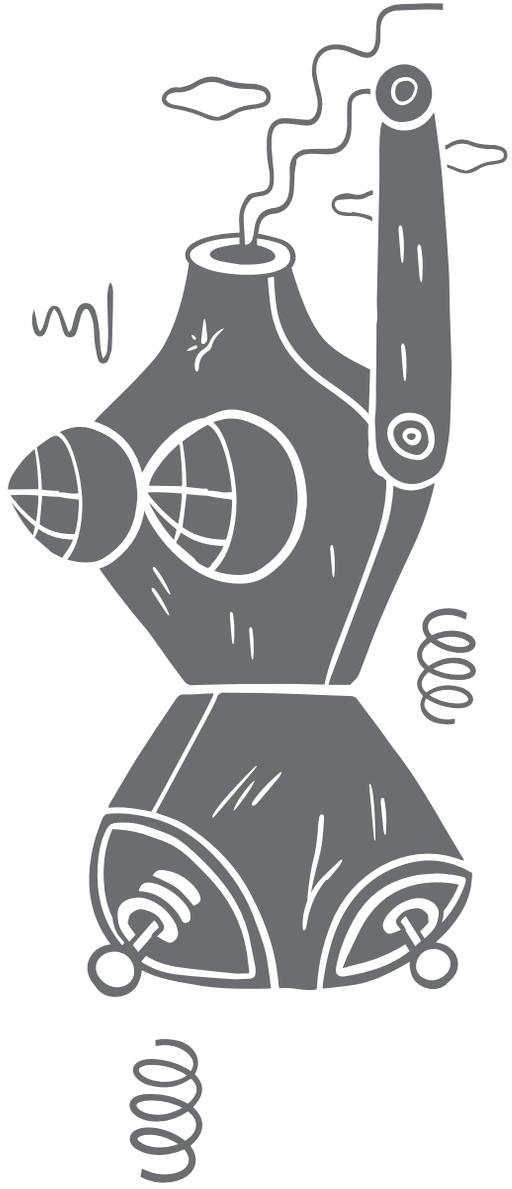
Pero lo más importante es que todos ellos, como las veinticuatro chicas y diez chicos que pasarán por la Escuela este año, incorporen la lectura, la escritura y la práctica cultural a su vida cotidiana, porque queremos que en Andalucía la cultura se viva y se disfrute cada día.

**ARTURO BERNAL BERGUA**

Consejero de Turismo, Cultura y Deporte  
Junta de Andalucía

## Índice general

<b>Prólogo</b>	9
<b>POESÍA 12-14 años</b>	
MELODÍA DE HAIKUS. Elvira Fabregat Feliu	13
<b>POESÍA 15-17 años</b>	
PROSCRITA. Paula da Conceição Fernández	15
DEBO FINGIR QUE HAY OTROS. Antonio López-Rodríguez de la Peña	16
AMANECER DESDE MI BALCÓN. Rosa Cabezas Rambla	18
<b>POESÍA 18-20 años</b>	
HABITO UNA CASA DE MADERA. Lorena Millán Mendieta	21
SE VENDE MANIQUÍ ROTO Y TERAPEUTA FRUSTRADO. Paula Fernández Lupiáñez	23
<b>RELATO 12-14 años</b>	
DESTINO: 506. Esther Clara García Aguilera	26
LA MALDICIÓN DE FENSARIS. Rosalía Nogal Villaverde	47
REENCUENTRO. Elvira Fabregat Feliu	72
<b>RELATO 15-17 años</b>	
IMAGINA, LLORA, HIBERNA. Samuel Díaz Castañeda	79
BRUJERÍA DEL ALMA MÍA. Ada Giménez Gutiérrez	88
<b>RELATO 18-20 años</b>	
CUÁNTAS VIDAS CABEN EN UNA VIDA. Sara Romero Moreno	107
EL CAMINO DE VUELTA. María Lobato González	124



## Prólogo

Nada produce más satisfacción entre quienes amamos la literatura, que descubrir que el río de la creatividad literaria sigue su curso, con brío, con fuerza, con vocación de abrirse paso; en definitiva, con nuevos y jóvenes autores de los que pronto oiremos hablar.

Bajo el expresivo y elocuente título de *Se vende maniquí roto*, este volumen, que reúne poemas y relatos de distintas edades y sensibilidades, pone de manifiesto cuán viva está nuestra literatura, cuán útil sigue siendo para reflejar nuestra realidad social, para denunciar lo que es denunciabile, para llamar la atención de aquello que, sin el ojo crítico y singular del autor o autora, pasa desapercibido o no le damos la importancia que tiene. La literatura, como viejo artefacto creado por el ser humano hace miles de años, sigue sobreviviendo por resultar esencial, y alcanza cualquier horizonte más allá y por encima de esas redes que llamamos sociales.

No son, por tanto, efímeros estos poemas y relatos que aquí se presentan, sino que en ellos está presente la vocación, la persuasión y la intención de cada uno de los autores y autoras.

Sin duda, hay algo de inocente y de prístino en estos trabajos, pero también se percibe el vivo deseo de empezar a contar, de transmitir al lector un punto de vista particular, en muchos casos único. La suma de estos factores dan como resultado lecturas emocionantes en todos y cada uno de los textos.

En una sociedad tan globalizada y uniforme, es un alivio encontrar que chicos y chicas de distintas edades persigan la singularidad, tan esencial para la comprensión del todo, del mundo que nos rodea.

EMILIO CALDERÓN

—El fuego quema los libros y los libros queman las almas.

Esto le digo, de mujer a mujer, a la maniquí que se ha colado en casa aprovechando que nunca cierro la puerta a los extraños y menos si vienen pidiendo ayuda en una noche de invierno.

—Quiero dejar de ser una maniquí y comprender al fin qué es la literatura.

—No preguntes para qué sirve la literatura si no te has molestado en entender cómo un libro puede encender tu mente y consumir tu cuerpo con una llama que nadie ve. Una llama invisible que todo el mundo siente en cuanto se acerca a ti y quiere comunicar contigo.

La maniquí había escapado con violencia de la tienda de ropa donde vivía prisionera y estaba en mal estado, con un brazo y una pierna destrozados.

—Apenas tengo voluntad. Si fuera una autómatas o una androide, me daría al menos por contenta.

Le cuento entonces el maravilloso cuento árabe sobre el rey indeciso y el pez hermafrodita y lo escucha con frialdad e indiferencia.

—¿El pescado es macho o hembra?, pregunta el rey al pescador...

La maniquí me interrumpe para recordarme que no le enseñé nada con esa historia que le permita soñar con dejar de ser lo que es y seguir encerrada tras el cristal del escaparate, día tras día, viviendo una vida aburrida y estúpida.

—Escribir es la única salida del laberinto...

—Me estás engañando. Como todos los clientes de la tienda, me tomas por tonta.

La maniquí se enfada conmigo y se marcha sin despedirse. Desde esa noche, cuando una maniquí con ansias de dejar de serlo llama a mi puerta para que le permita entrar y le cuente un cuento que la haga sentirse diferente, ni pienso en abrir y espero a que se vaya, sin mirar atrás, sintiéndome aliviada.

JUAN FRANCISCO FERRÉ

Dice Chantal Maillard: “escribir / para confundir las palabras / y que las cosas aparezcan”. ¿Por qué escribimos? Conforme pasan los años, aumenta la convicción del deseo a medida que se disipan las certezas. Me gustaría preguntarles a los jóvenes aquí antologados por qué escriben; me gustaría saber de su confusión, nadar en la liquidez de su duda. Toda escritura es tentativa y, por eso mismo, tentadora. Escribimos, tal vez, porque no sabemos. Escribir para buscar; escribir para ensayar. Para dar significado. Escribir porque el mundo inmediato no es suficiente; necesitamos manipularlo y darle forma: reinventarlo.

Hay dos razones radicales para escribir: una es ver lo que hay; la otra, imaginar lo que no hay. No son ejercicios contrapuestos; la contemplación atenta expande los límites de la creatividad del mismo modo que la fabulación nos devuelve a la realidad con una percepción renovada. En sentido ético y estético, tanto apreciar las cosas por lo que son como considerarlas en su potencialidad son dos aproximaciones igualmente valiosas que permiten comprender que la realidad se extiende más allá del propio ego. La literatura es un compromiso con lo otro que somos. Ambas estrategias están presentes en los relatos y poemas que a continuación se recogen, poniendo de manifiesto que la literatura es justamente esa palabra confusa que zigzaguea entre el realismo y la fantasía, una magia mundana capaz de hacer que las cosas aparezcan: la espuma del mar, un sol que asoma tras los tejados, un cuaderno secreto, una piedra hechizada, una claraboya, una puerta inexpugnable, una casa de madera, un maniquí roto, un cuerpo en ruinas, un yo fingido, un amor revolucionario, una familia, un fantasma.

MARÍA ELENA HIGUERUELO

# POESÍA 12-14 años



## MELODÍA DE HAIKUS

**Elvira Fabregat Feliu**  
**La Guardia de Jaén (Jaén)**  
**POESÍA 12-14 (14 años)**

I

Las olas rompen  
y se convierten en  
solo un recuerdo.

II

Tranquila duermes  
en tu prisión marina,  
perla de sal.

III

Peces de espuma  
atravesan las redes.  
El mar es suyo.

IV

Llegan los truenos,  
se vacían las nubes.  
Turno del agua.

V

Amanecía.  
El trueno mensajero  
volvió a llorar.

VI

Noches azules.  
La luna en mi ventana  
congela el tiempo.

VII

Gajo de luna,  
rasga la oscuridad  
su luz callada.

VIII

De vez en cuando  
puedo ver las estelas  
de los fantasmas.

IX

Mueves tus manos,  
quieres calmar al fuego.  
Sigues ardiendo.

X

Huellas perdidas.  
Las han abandonado  
allí en la nieve.

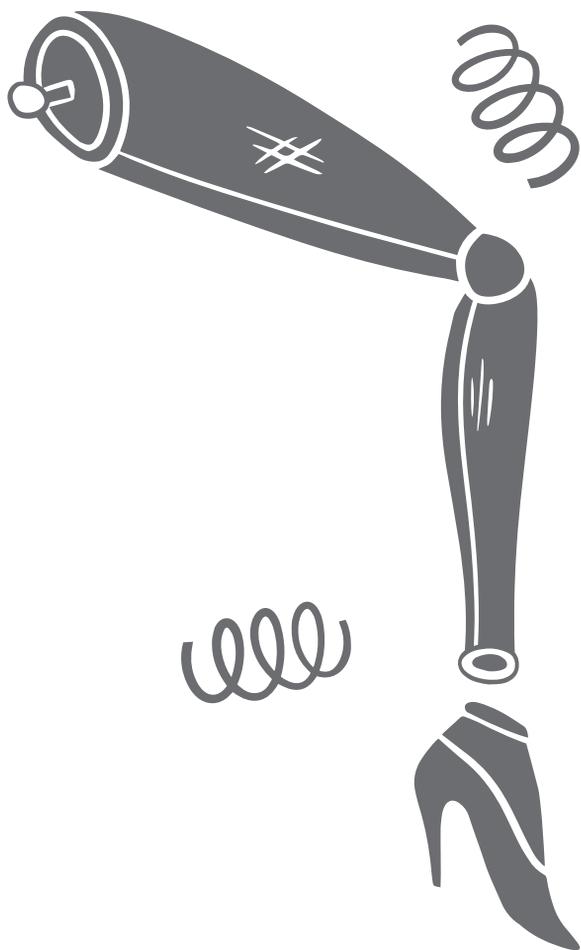
XI

Esas heridas  
de la niña de roca  
las curó el mar.

XII

Tras florecer  
el cerezo no puede  
dar marcha atrás.

# POESÍA 15-17 años



## PROSCRITA

Quemo  
ese templo  
llamado cuerpo  
y bebo sus cenizas.  
Hoy profano  
las ruinas de carne  
y rezo entre piedras  
vacías.  
La madera  
seca prende.  
Huesos huecos,  
astillas.  
Ronco ruge,  
ríe el eco.  
El seso,  
idea impía.  
Hoy rompo  
escombros de yeso,  
y escalo rotas  
seis costillas:  
un hueco negro  
en el pecho,  
sangra polvo  
y poesía.  
Bajo la piel  
reptan gusanos  
hambrientos.  
Me ansían.  
Quemé  
ese templo  
llamado cuerpo  
y exhalé sus cenizas.

**Paula da Conceição Fernández**  
**Sevilla**  
**POESÍA 15-17 (17 años)**

## DEBO FINGIR QUE HAY OTROS

Antonio López -Rodrigálvarez de la Peña  
Córdoba  
POESÍA 15-17 (16 años)

Debo fingirme vástago del fuego,  
o heredero a la sangre de los ríos,  
fingirme hecho de polvo  
al que retornaré en muerte fingida,  
y fingir, además, la luna llena,  
y fingir, además, el sol del alba.

Mis ojos fingen y mi boca finge,  
mis manos se resisten a mentiras  
y, aun así, se refugian en el aire  
para no darse cuenta  
de que estás lejos de su piel ansiosa.

Debo fingir que hay otros, y es mentira.  
Amor, es la mentira de este mundo:  
fingir que hay sol y luna  
y estrella y río y cielo y agua y polvo  
y luz y sombra y tiempo.

Algún día arderán estos despojos  
y se verá con claridad lo cierto,  
la realidad y la verdad desnuda.

Subiré donde el sol huye al ocaso  
cogido de tu mano valerosa,  
y gritaré a la mar y a la montaña:  
“¡Mentiras, sois mentiras!  
No existís. Sois reflejo de una farsa.  
En este mundo, nada existe. Solo  
mi amor y yo, ¡no más!  
Y no hay más luz que el pardo de sus ojos,  
ni más aire de vida que su aliento,  
ni más playa desierta que su espalda,  
ni más agua en reposo que su boca.”

Mas, por ahora, duerme entre mi pecho  
teniendo esta certeza:  
Debo fingir que hay otros,  
Amor, debo fingirlo y es mentira.

## AMANECER DESDE MI BALCÓN

**Rosa Cabezas Rambla**  
**Marbella (Málaga)**  
**POESÍA 15-17 (16 años)**

Los raídos bordes de los toldos levantan el vuelo  
a modo de dedos que afinan un piano  
de silenciosas teclas blancas y azuladas.

Ameniza el canto de aves entremezcladas  
en una gran urbe multicultural  
de periquitos, palomas y gaviotas.

Como castañuelas, suenan los aplausos  
que prodigan las hojas del ficus al golpear entre sí,  
orgullosamente arracimadas, ras con ras.

Sobre los tejados de lejanas edificaciones inmaculadas  
se aproximan sigilosamente los rayos iridiscentes  
de un sol aún en ciernes,  
acicalándose y contemplando su reflejo  
en las placas solares.

Verde, marrón, bermejo, claroscuro de luz  
laminada por las estribaciones de la Sierra Blanca.

En su falda las altivas antenas,  
en un absurdo afán de protagonismo,  
compiten con las copas de pinos y pinsapos.

La caricia de la brisa sobre mis brazos desnudos,  
la brizna correteando por el laberinto del cabello  
que cae perezoso sobre mis sienes  
me ayuda a salir de mi ensimismamiento.

Finalmente, como de costumbre, el sol ha conquistado la ladera este de la  
montaña.

Los árboles, apiñados como legiones de guerreros,  
se protegen de la invasión sin remedio.

Luces y sombras,  
en un sinsentido de silencio sesgado  
por el susurro singular de ocultos secretos.

# POESÍA 18-20 años



## HABITO UNA CASA DE MADERA

**Lorena Millán Mendieta**  
**Úbeda (Jaén)**  
**POESÍA 18-20 (20 años)**

Habito una casa de madera,  
en un bosque grande, rodeada de altos árboles.

Nunca sé cómo llegar a ella (creo que nadie sabe)  
y me rodean rejas grandes de acero.

Si me asomo con disimulo a la ventana  
soy capaz de ver el cielo y los pájaros cantando  
una sintonía que no conozco,  
pero por la que respiro,  
y a lo lejos otra casa en la colina que siempre me distrae  
de observar la brisa del viento mover las hojas crecientes.

Estamos las dos solas en este paraje remoto y abandonado,  
pero todos los días veo salir gente diferente  
conocidos y amantes.

A veces los descubro observando mi casa, mis rejas,  
mis ventanas rotas, mi jardín descuidado  
y mi cara apenada contra el cristal, deseosa de libertad.

Cuando nuestras miradas se encuentran me sonrían  
y abarcan los paisajes del mundo en sus ojos.

Todos los días salgo a esperarlos desde mi prisión  
y ellos me esperan a mí (aunque no sepa sentir).

Si saliese de aquí podríamos abrazarnos,  
acariciarnos, hablarnos del amor y el dolor,  
hacernos cosquillas tirados en el suelo.

Tanto he cambiado desde que nos miramos,  
que busco formas de sentir el viento en mi cara,  
hasta que al fin mi cuerpo se halle fuera  
y pueda correr colina arriba a su encuentro.

Ahí sería un pájaro más que escucho en la mañana,  
o una de esas briznas del sueño de las que nacen flores,  
sería libre y me uniría al viento  
mi pelo acabaría salpicado de sol  
y no podría más que gritarles lo adentro que están de mí.

## SE VENDE MANIQUÍ ROTO Y TERAPEUTA FRUSTRADO

**Paula Fernández Lupiáñez**  
**Málaga**  
**POESÍA 18-20 (19 años)**

Delante de esta base de polvos,  
 del colorete, de la raya del ojo,  
 hay un individuo que no conoce el miedo.  
 Que te mira por encima midiendo uno cincuenta.  
 No es de rara naturaleza:  
 lleva tacones y sus gafas esconden sus emociones.

*¿Qué hay detrás? ¿Qué hay detrás de ella?*

Y si dibuja-y si dibuja  
 una raya aún más larga,  
 su sombra se crece,  
 se convierte en gigante.  
 Sonrisa de dragona amable,  
 + abrigo de bordes dorados,  
 + guantes de seda;  
 = aspecto pulcro,  
 —Qué guapa, ¡qué preciosa!  
 —Muchas gracias —contesta el espejismo a su madre.

[Las manos en los bolsillos se ocultan manchadas de tinta, pero el pintalabios oscuro desvía la atención del público].

Confesaré mis crímenes, don Sigmund Freud:  
 llevo una doble vida,  
 delincuente y “escritora”.

El *highlighter* es prueba del delito  
y los versos son  
los documentos que debe mostrar al juez,

pero, en mi defensa...

aquí cada quién  
que decida sus disfraces:  
de famosa, de modelo, de escritora importante,  
de verdadera *femme de lettres*,  
de chica estable mentalmente,  
ya no quiero ser nada,  
solo quiero ser una flor.

*Ser sola y solo yo. Me-da-igual-todo.*

Sin mis gafas no soy escritora,  
soy un bebé de cuneta.  
Los polvos que (me) pueda echar  
me vuelven más deseable.  
Sin manchas en el expediente  
con manchas en la conciencia.  
Si soplas me desvanezco  
junto a mi sombra de ojos.

FANTASMAS DE LA HABITACIÓN: ¿Qué hay detrás? ¿Qué hay detrás  
de ella?

OPINIÓN DEL FALSO TERAPEUTA: síndrome del impostor.

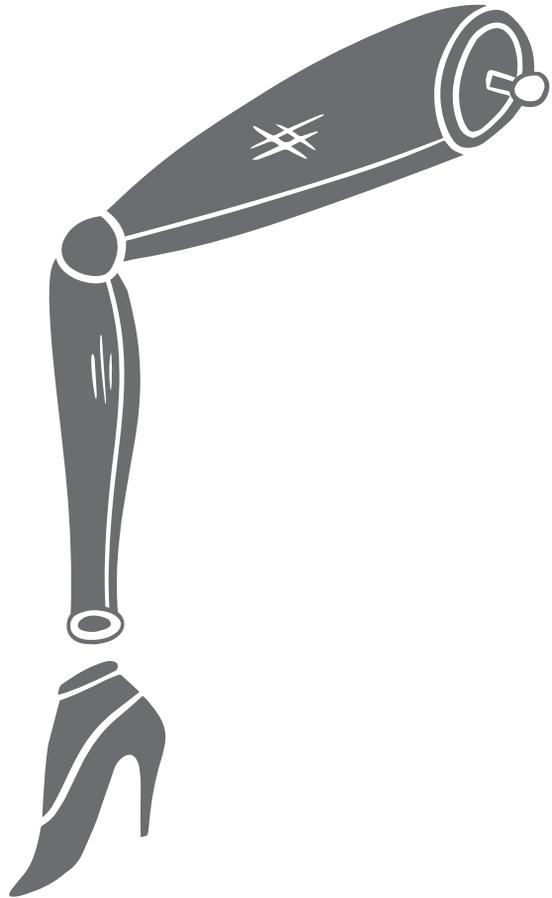
OPINIÓN DE GIL DE BIEDMA: memo vestido con mis trajes.

MI SUPUESTA OPINIÓN: ...

Recortaré mi maniquí pa' que se ajuste a su traje  
o tal vez deba decidir entre maniquí y traje.

[El terapeuta me mira con desaprobación].

# RELATO 12-14 años



## DESTINO: 506

**Esther Clara García Aguilera**  
**Córdoba**  
**RELATO 12-14 (14 años)**

Mi infancia se desarrolló en la quinta planta del observatorio desde el que no se ven las estrellas, en la cima de la colina, resguardado por la nana de los coches al pasar y las conversaciones intervecinales.

Mi familia se alojaba en una de esas encantadoras y pintorescas viviendas típicas del entorno urbano llamadas “pisos”, ideales para quien deseara escapar a la impersonalidad de las ciudades. Nunca tuve necesidad de despertador, pues el anciano matrimonio del 505, Dios lo tenga en su gloria, tenía por costumbre desayunar una hermosa tostada de riñas matinales, con un chorrito de achaques mal disimulados; y su zumo de reproches que no faltara.

El espacio estaba magníficamente comunicado con una de las avenidas principales, a menos de un kilómetro de la autovía y con unas espectaculares vistas a la acera de enfrente. Por la calle circulaban principalmente coches, aunque también formaban parte del ecosistema personajes diversos, desde manadas de pipiolos desatados hasta la solitaria viuda y su inseparable carrito de la compra.

Y cómo no, los Ruz-Aguado también nos encontrábamos entre la población local, aunque no siempre fue así.

Antonio Ruz Pérez era un claro ejemplo de lo que podía llegar a ser una perfecta simbiosis con la naturaleza. Cualquiera hubiera dicho que nació amando la tierra, conociendo cada uno de sus secretos. Como buen andaluz, tenía el cultivo del olivo por algo sagrado, pero su fanatismo no

terminaba ahí ni mucho menos. Dotado de una sensibilidad y una inteligencia excepcionales desde muy temprana edad, aprendió a imprimir encanto en aquel manual de supervivencia que constituía su vida. Y es que el pequeño Antoñín, (también conocido como Toni, Toño, Toñete, *El Flamenquín*, el Benjamín de la numerosa tribu de los Ruz... y así podría seguir) albergaba sentimientos por todo ser no parlante y, si podía, lo volvía objeto de sus mimos. Se amoldaba a los deseos de la hortaliza, respetaba la altivez del gallo y no podía por menos que sonreír ante un hermoso gorrino. Se le tenía adjudicado el cuidado de las viñas, y cada mañana se despertaba con la única idea de mitigar su sed. A veces, se sentaba y observaba a las gallinas picotear de aquí para allá; otras, prefería atormentarlas con un pilla pilla que habitualmente concluía con un trágico final.

En definitiva, era un hombre de campo. Cordobés de la campiña, creció a base de salmorejo y salchichón en un cortijo cuya más cercana muestra de civilización era el Toro de Osborne. Chicarrón de familia numerosa, fortalecido con el trabajo manual, quemado no por la crudeza del entorno sino por los abrasadores rayos de julio. No hizo falta que nacieran seis antes que él para que advirtiera su propia insignificancia, la situación ya era dura de por sí. Ni siquiera sabía cuándo ni cómo había llamado la educación a su puerta. Su madre sabía lo justo para comprender escritos y manejar cuentas, su padre ni siquiera daba muestras de alfabetización. En casa tenían de chófer al tío Nicasio, otro habitante de la casa familiar, un buen hombre que se ganaba el pan dispensando combustible en la gasolinera local. Sus horarios eran heterogéneos y de lo más intempestivos, trabajando ocho horas al día, tres veces por semana en franja diurna y dos en nocturna. No obstante, cada amanecer se las ingeniaba para embarcar a los chiquillos en su furgoneta y llevarlos a la escuela. Esto lo hacía sin que nadie se lo pidiera, por su propia voluntad, como una especie de propósito personal cuyo objetivo nadie conocía. A menudo se enzarzaba en fuertes discusiones con los progenitores de dicha troupe, que no veían ningún provecho en la actitud del hermano y habrían preferido que los niños se hubieran quedado en la finca ayudando con las labores cotidianas. Él, sin embargo, no se achantaba.

Y es que al tío Nicasio había que echarle de comer aparte. Fue el segundo y último hijo de mis bisabuelos, único varón en aquella generación de Pérez. “Ahora que ha nacido el macho no tenemos que probar más”, le dijo mi bisabuelo a la comadrona. Tiempo tuvo de arrepentirse en cuanto vio que el niño no servía para el trabajo manual. No había forma de enseñarle nada, se cansaba con facilidad y le faltaba esa actitud de supervivencia. El pequeño Nica tenía otros intereses: la música era su pasión; ser cantaor, su sueño frustrado. Le llovió una miríada de golpes y reproches hasta que su hermana se casó, momento en el cual se buscó un trabajillo en el pueblo para que no lo calificaran de sanguijuela.

El tiempo que no estaba trabajando o en el bar con los amigos se encerraba en sus aposentos, sin más compañía que su radio y una montaña de cassettes. A diferencia de su cuñado, él sí que sabía leer y escribir, y le gustaba leer pasajes de la Biblia en una exhibición de su habilidad. En materia de idiomas era autodidacta, sus conocimientos se apoyaban en dos pilares tan fundamentales como su diccionario Collins y un “Mi Primera Gramática (¡con más de 50 pegatinas!)”. Su objetivo: Disfrutar del *Bohemian Rhapsody* en todos sus aspectos. Tres semanas empleó en transcribir las letras, una tarde en traducirlas y cinco días más en descifrar la sarta de disparates que creía haber escuchado, todo para poder concluir que prefería a Camarón de la Isla. Adorado por sus sobrinos y despreciado por su cuñado, el matrimonio lo consideraba un pretencioso sin oficio ni beneficio.

—¡Y todo por no haberse *buscao* una Mari que lo asista! Claro, ¡*mu* listo que es el Nica! Dirá que *pa* qué quiere una mujer si se puede quedar aquí, tan ricamente chupando del bote —era lo que decía mi abuela que, en su orgullo de Celestina, no podía perdonarle que hubiera rechazado todas y cada una de sus propuestas.

Que conste, la madre de mi padre siempre fue muy fina. La culpa era del hermanísimo, que la sulfuraba. Aún así y por mucho que dijera lo contrario, había que admitir que el tío Nicasio prestaba a la casa sus buenos servicios, siendo el único con carnet de conducir y el encargado de recargar la batería doméstica.

Semejante personaje jamás hablaba de su situación económica. Si el tema salía a colación lo evadía por todos los medios, refugiándose en preguntas retóricas y comentarios jocosos. Realmente nadie sabía si estaba satisfecho con su estilo de vida o si tenía alguna aspiración, nadie conocía las ideas que pudieran rondarle por la cabeza. Si alguna vez llegaban a oídos de los demás sería por boca suya, y siempre lo hacían por sorpresa, sin anestesia, cuando ya era imposible hacerlo cambiar de parecer. Verbigracia, la escolarización de sus sobrinos.

Sin embargo, la vida de estudiante estaba lejos de ser un lecho de rosas para nuestro joven Antonio. Poco se habla de la crueldad de los infantes, aquella que nace de sentimientos primitivos y razonamientos que no son capaces de comprender pero que han adoptado como propios. No conocen consecuencias, pues todavía no se los toma en serio, y verbalizan toda inquietud, pues no les ha dado tiempo a desarrollar la vergüenza. En el caso de Toño, el desprecio que algunos pueblerinos mostraban hacia su familia era del todo descarado. Parecía incluso justificado, dado que aquella panda de analfabetos, que vivía donde Cristo perdió el gorro, había cometido la osadía de respirar en la misma habitación que sus hijos, seres cultos de la civilización. Nadie quiso admitirlo nunca, pero la razón de aquel odio estaba arraigada en algo menos baladí que el simple menosprecio. Como con todo, el dinero tenía mucho que ver, y es que se rumoreaba que aquellos catetos tenían un patrimonio en fanegas de olivos que no era moco de pavo. Para algunos lugareños, una perogrullada de tal calibre había de inflar el ego de aquellos trogloditas, y como nunca estaba de más una dosis de realidad, no tenían nada en contra de la resolución de sus hijos. El más chulo de todos, un tal Jacobo, descendiente de la estirpe de conserjes del cementerio local, incluso tuvo la decencia de ponerle un apodo medianamente digno a Toño (*el Flamenquín*), por el cual le conocerían en la población durante el resto de sus días. Su hermana Luisa, cinco años mayor que él y la cuarta en la sucesión, no había tenido tanta suerte: a ella la bautizaron como *la Babosa*.

Y mi padre... ¡Ay de él, que nunca se había visto en un lío igual! Tan acostumbrado a las riñas momentáneas, como peleas de hermanos, luchas

por el último trozo de pan y broncas maternas... ¿cómo se debía reaccionar al rencor incondicional? Llorar fue lo único que se le ocurrió, y añoraba tanto que le prestaran atención que no cesó de gritar y hacer pucheros en toda la noche. Su padre se condujo sin miramientos: a la mañana siguiente el niño probó el cinturón. La culpa era suya: con seis años debía ser lo bastante maduro para comprender que un hombre no llora, y mucho menos pilla un berrinche así.

—¿Y no te dolió mucho?

Por un momento, mi padre calló y me contempló asombrado, como si no se esperara mi interrogativa. Era la primera vez que me hablaba del incidente. Yo tenía ocho años y mi estupefacción no conocía límites.

—Ay hijo, ¡pero qué preguntas tienes! ¿Tú qué crees, criatura? ¿Que me puse a dar saltos de alegría?

—¿Pero te enfadó mucho que el abuelo te pegara?

—¿Que si me enfadó? ¡Ay Señor, este niño! Juan, déjate de pegoletes y atiende. Escúchame, cuando recibí aquella paliza estaba rabiando. Pensé que no perdonaría al abuelo en la vida, que la culpa la tenían aquellos pintas con aires de superioridad y que lo único que había hecho había sido expresar mis emociones. Pero es que los padres de antes eran así, ¿sabes? Allí éramos muchos, y estábamos para ayudar, no para ser un estorbo. Teníamos que ser de hierro; si no, nadie sería capaz de sostener aquello, ¿entiendes? En casa trabajábamos de sol a sol y lo mínimo que se pide es algo de comida y descanso. ¿No te parece un poco egoísta por mi parte arrebatarle a mi familia sus merecidas horas de sueño? Si mi buen padre creyó que para enseñarme una lección de vida tenía que darme una tunda, ¿quién soy yo para juzgarlo? Efectiva fue, desde luego. ¿Me lo merecía? Solo el Señor lo sabe —concluyó con voz impasible y desinteresada, en un tono que, sin embargo, no admitía réplica.

Lo único seguro es que aquel no fue de los mejores días para el pequeño Antoñín. Llevado por la rabia e impotencia que le venían carcomien-

do desde el día anterior y en un intento de hacerse respetar, le mordería la pierna a un chaval que se atrevió a decir que sus lápices parecían sacados de la basura. El resultado de dicho exabrupto solo fueron más burlas y una notita a sus padres en la que la profesora sutilmente les exponía que su hijo estaba “salvaje perdido”. Su madre se puso hecha una furia, pues decía que no había criado niños para que estos la fueran dejando en ridículo, aunque interiormente le producía cierta satisfacción la defensa de su hijo, pues había encontrado muy poco viril la pataleta de este, lo cual la había trastornado profundamente.

No fue hasta que el sol se fue que encontró un momento de descanso y, en aquel cara a cara con las estrellas, por fin Antonio lo vio muy claro: Sociedad o emociones, esa era la cuestión. Y puesto que la vida de asceta implicaba renunciar a las maravillosas migas con chorizo del tío Nicasio, no le quedó otro remedio que aceptar las exigencias de la primera y rehuir los impulsos de las segundas.

Callar, analizar y sacar sus propias conclusiones, ese era su método. Mismo cerebro, distintos impulsos nerviosos; de la lengua a la retina, pronto descubrió lo fascinante del ser humano. Cada individuo despertaba su curiosidad, quería conocerlo y saber cómo actuaba. En el canto de las chicharras, bajo la luz de luna, su mente vagaba entre anécdotas, encontronazos, expresiones, oraciones, intenciones, o cualquier tipo de comportamiento. Consideraba todos los puntos de vista posibles mientras llevaba a cabo los quehaceres cotidianos y, a falta de un mejor oyente, le hablaba a la tierra sobre sus reflexiones. Seis años tenía cuando empezó su proceso de comprensión del mundo, diez cuando entendió que lo que realmente perseguía era conocerse a sí mismo.

Para entonces tenía su grupillo de amigos, muchachos que, como él, se habían criado entre corrales y aperos de labranza. La suya era una amistad pura, como únicamente se puede dar en esas edades, sin intereses ni conveniencias, sin rencores ni compromisos, tan solo risas compartidas en la monotonía de lo cotidiano. Ellos le ayudaron a madurar su carácter y apartarlo

de su vocación ermitaña, en especial Cristóbal, hijo de uno de los jornaleros de su padre, su mejor amigo.

Aquel vivaracho cuarterón era el ancla que lo sujetaba al mundo, aquella voz que lo guiaba hacia la salida cada vez que se extraviaba en su laberinto de ideas. Él vivía por y para el momento, sin inquietarse por cuestiones filosóficas, dejándose arrastrar por la corriente al tiempo que disfrutaba de la travesía. Tenían un medio de transporte propio, un borrico, bautizado Cobrizo en un guiño al poeta onubense, con el cual iban de cortijo en cortijo, llevando alegría y entretenimiento a los niños que allí habitaran.

Había uno cuya visita Antoñín anhelaba particularmente. Estaba a tres kilómetros del suyo y en él vivía una chiquilla de nombre Jimena. Existió una época en la que le gustó todo de ella, desde sus mofletes sonrosados hasta su particular andar, con su ligera cojera en el pie derecho. Adoraba su carácter inquieto y sincero, con sus ocasionales berrinches y su testarudez, libre de las sutilezas y falsedades que veía en las niñas de su clase. Ella no iba al colegio, ni tampoco veía necesidad en ello, pues la habían educado en la utilidad de lo palpable y las labores del hogar. Le tenía especial cariño a Toñete (como ella lo llamaba), por sus interesantes historias y sus disparatadas teorías, aprecio que llegó a ilusionarlo en más de una ocasión. No dejó de ser un tímido amor de infancia, que bastaba con existir para llenarlo de felicidad y cuya única condición era ser escuchado a la hora en que ella se armaba con aguja y dedal.

Y entre todo aquel barullo de experiencias, ideas, personas y, en resumen, de vida, Antonio pensaba, muy de cuando en cuando, en el futuro. Y es que su futuro había constituido un axioma desde el día en que nació. Creció en la campiña y de allí sería para siempre. Se quedaría en el cortijo ayudando a sus padres hasta que fueran mayores, conocería alguna chica, se casaría y... Bueno, ya tendría pensado qué haría entonces. Seguramente se iría a vivir a casa de ella, pues allí ya eran bastantes y sabía de sobra que la herencia del cortijo sería para él. ¿Pero y si ella también era de familia numerosa? Entonces tendría que construirse él mismo una casa por las in-

mediaciones. ¡Construir! Le costaría un ojo de la cara, eso seguro. ¿De dónde iba a...? Y además, ¿sería siempre agricultor? Su seño decía que los trabajos agrarios tenían los días contados.

—Pero hay que tener en cuenta que la seño es imbécil —se dijo con una sonrisa en los labios, al tiempo que arrojaba pieles de papas a sus gorrinos.

Sería duro, pero lo conseguiría, no cabía duda. Entonces se vanagloriaba de su juicio inalterable, poco sospechaba lo que se le avecinaba.

La etapa de colegial había llegado a su fin y daba paso a una nueva era en el instituto comarcal. Con sus catorce años recién cumplidos, nuestro Antoinín poco tenía ya de pequeño. La transición hacia la madurez había comenzado y el muchacho se encontraba confuso, pues una revolución hormonal nunca había entrado en sus planes. De haber sido seleccionado como sujeto de observación, se habría visto que su estado de ánimo iba a cien fluctuaciones por hora, acompañadas por suspiros de frustración y autorreproche por no saber dominarse. Por suerte contaba con la ayuda de sus hermanos (sobre todo por parte de las féminas), jóvenes y adolescentes, que en su labor de educadores y comediantes no tenían ningún problema en guiar al pequeñín de la familia por su nueva búsqueda de ideales.

El calor se había llevado consigo el charco y el pozo, privándoles de sus únicas fuentes de agua, sus árboles frutales y su huerto. El agua corriente era un invento moderno que no había llegado al cortijo, por lo que no quedaba otra que armarse de bidones e ir a buscarla al abrevadero. Para los Ruz la situación no dejaba de entrar en lo común, al fin y al cabo, la naturaleza semidesértica de Córdoba jugaba malas pasadas por aquellas fechas.

Más tarde España fue declarada en estado de alarma por altas temperaturas y mi abuelo no pudo por menos que reírse ante las advertencias del presidente, quien advertía que todo el que pisara el exterior corría el riesgo de sufrir una insolación e invitaba a los ciudadanos a que permanecieran en sus hogares. Unos debiluchos, desde luego, con Franco esas cosas no

pasaban. A finales de junio el termómetro de casa estalló, salpicando de rojo las paredes en una sola detonación, lo cuál, si bien no asustó al patriarca, al menos le sirvió para dispensar a sus hijos de las labores de labranza.

Antonio, que a pesar de su nerviosismo adolescente no había sido privado de su prudencia, fue de los pocos que confió en las recomendaciones de las autoridades y prefirió refugiarse en casa. Nunca habían sido sus ratos de ocio tan frecuentes, hasta el punto que toda afición que hubiera tenido hasta el momento se le antojaba condenadamente aburrida. Tal fue la situación, que tuvo que echar mano de aquella colección de clásicos modernos que el tío Nicasio compró en un intento fracasado de enriquecerse culturalmente.

Por otro lado, mis abuelos, que no habían pisado una iglesia desde el día que se casaron y siempre habían considerado los deberes cristianos como un asunto de ociosos, iniciaron una rutina de rezo en la que debía participar la familia al completo, siendo el ayuno la pena capital para aquellos que no la llevaran a cabo. Los hermanos pronto supieron que aquella no era una sequía común: ahora los olivos también estaban sucumbiendo. Existía algo tan macabro en la inusual alopecia de un olivar joven y tan doloroso en la impotencia que en el agricultor despertaba, que no quedó otro remedio que incurrir en la misericordia del Señor y presentarle el arrepentimiento de aquellos pecadores mal parados. Así, de la noche a la mañana, la casa fue usurpada por un ejército de rosarios de madera y estampitas de la Virgen, que acabó con el silencio hasta entonces reinante y estableció como himno un Credo interminable.

Si aquel estallido de religiosidad tuvo algún impacto positivo en la tribu, no queremos imaginar cómo habría procedido el destino de haberla dejado el Señor a su libre albedrío, si es que acaso tal ayuda había existido. Tal vez fue el descaro de aquellos hijos interesados lo que le ofendió, a lo mejor por eso hizo oídos sordos aquella noche que los girasoles ardieron. Ocurrió a un ritmo vertiginoso, sin que nadie pudiera impedirlo. Poco importaba si fue una botella abandonada o una colilla mal apagada la causa de la catástrofe, el caso era que se habían quedado sin cosecha de pipas.

A partir de ahí, los gritos de la abuela Marisa se volvieron el himno oficial de la vida campestre.

No se sabe si fueron la descorazonadora visión de las cenizas, las noches de insomnio, los días de pan y agua o la ermita en que se había transformado la casa familiar los que llevaron a mi abuela a la locura, solo podemos afirmar que las cosas no volvieron a ser iguales en casa de mi padre. Mi abuela lloraba, se retorció e insultaba al mundo, se escondía y no quería que la vieran, luego decía que sus hijos la habían abandonado y que nadie la quería y que debería haberse muerto y que era muy desgraciada y que la culpa la tenía el tío Nicasio y que nunca había sido feliz y....

Mi abuelo, que nunca se había visto en una igual, probó a que se callara a la vieja usanza, siendo un método contraproducente, ya que con cada golpe aumentaba la intensidad de sus gritos. El patriarca lloraba (sí, lloraba) al pegarle a su esposa, pues todo aquello solo le causaba cargo de conciencia y nadie le había enseñado que le estaba permitido pedir perdón. Aquellos gritos lo flagelaban, eran la banda sonora de sus pesadillas y le causaban un dolor que no sabía cómo curar. Intentó buscar soluciones... Había oído que el alcohol desinfectaba cualquier herida y no tardó mucho en abandonarse a la bebida, siendo el vino su bálsamo curativo. Todo comenzó con tímidos encargos de Pedro Ximénez al tío Nicasio; llevando dichas compras a escondidas primero; luego, al por mayor. Ya ni siquiera salía a ocuparse de sus plantas (¿para qué, si seguramente se habrían secado?), prefería encerrarse en su habitación a escuchar la radio con un cartón de jerez. Esta nueva realidad no escapaba a la bífida lengua de mi abuela, quien no desaprovechaba ocasión para meterse con su marido, pero a él ya poco le importaba, clamando la *Canción del Pirata* por contestación.

Lo que más confundía a Antonio era el silencio y la aparente normalidad en la que se sumía la familia después de cada exabrupto. De puertas para fuera todo iba sobre ruedas. Entre los hijos se repartieron las labores y hacían que la casa funcionara. Una vez por semana los hermanos mayores se montaban en la furgoneta del tío Nicasio e iban al pueblo a hacer las com-

pras y a recargar la batería de la casa. Ahora que estaba en su poder decidir, compraron un frigorífico y una hornilla de gas, pues habían oído que gracias a tales dispositivos los alimentos lucían muchísimo más. A todo esto la madre no hacía el menor comentario, actuaba como si no se hubiera desentendido de la casa salvo, claro estaba, ocuparse de sus cuentas.

—Y me dijo: Ay, Mari, ¿y ahora qué vamos a hacer sin nuestros girasoles? Y yo le contesté: ¡Pues seguir adelante, cómo no! Tampoco es cuestión de amargarse por unas florecitas marchitas, ¿sabes a lo que me refiero? —contó mi abuela el día que mis tíos nos visitaron para mostrar sus condolencias por nuestra situación y regalarnos unas cestas de fruta. Según mi abuela no hacía ninguna falta, pues Nacho tenía tierras de sobra y nos las arreglábamos divinamente con unos ahorrillos que había por ahí. Eso sí, ya que habían hecho todo aquel trayecto para transportarlas, habría estado un poco feo declinar tan apetecibles presentes. ¿Y qué hacer? La vida continuaba y lo único que faltaba era que fuera la gente hablara. Aquella era la realidad y uno tenía que aceptarla.

Fue un día que subió al diván, en el bochorno de agosto, y se encontró en una caja una rata muerta por asfixia el que Antonio decidió que no quería una vida así. No fue la rata, ni el calor, ni la deshidratación... Todas esas cosas eran tolerables, formaban parte de su tierra y él la amaba. No, era algo más fuerte, una idea de origen desconocido, tal vez procedente de los libros que había devorado o de sus agitadas hormonas, pero un deseo al fin y al cabo.

Era bien sencillo: Él, Antonio Ruz Pérez, quería ser libre.

Libre para no depender de los caprichos meteorológicos, libre de ver mundo, de tener un trabajo estable y formar una familia, de casarse con una esposa que también fuera libre y tener unos hijos a los que mostrarle la belleza de la vida. Quería huir de la casa familiar, a un lugar donde no llegaran los llantos de su madre y las canciones de borracho de su padre, construirse su propia casa y establecer un nuevo hogar. Tenía sed de lucha, de batallar por su futuro.

El verano terminó, llovió y la charca se volvió a llenar, pero los acontecimientos pasados habían dejado una huella en la familia. Antonio se aplicó a sus estudios con renovado entusiasmo, siendo estos el tren que lo ayudaría a escapar. En el instituto era querido por su carácter, respetado por sus notas y admirado por su físico, haciendo que tanto profesores como alumnos cayeran rendidos ante sus encantos. En su paso por el instituto tuvo un par de novias, típicos amores adolescentes, fruto de corazones tan anhelantes como confusos. Tal vez hubiera tenido más éxito de haber sido más alto, menos moreno y... en fin, un poco más descarado, pero eso poco llegó a importarle. Como novio a veces acertaba y otras fallaba, pero al menos lo intentaba. Fue maestro y alumno al mismo tiempo, siendo consciente de que tan solo eran dos polluelos que intentaban descubrir el significado de tener una relación.

Con quince años empezó a trabajar de camarero en la barra de su primo *el Tijeras*. No le pagaba demasiado, pero le dejaba dormir en su casa en el centro del pueblo, lo cual tenía sus ventajas, como no tener que levantarse a las seis de la mañana para ir al instituto, tener acceso a las tiendas locales, estar más cerca de sus amigos y, sobre todo, escapar del tóxico ambiente que predominaba en su cortijo, semejante al de Cumbres Borrascosas. Allí descubrió el Deporte Nacional Español, que no era criticar sino irse al bar a tomarse unas tapas y ver el fútbol con los amigos. Allí le era imposible aburrirse, ya estuviera el local a rebosar o más desierto que el Sahara, ya que de alguna forma u otra siempre tenía la oportunidad de ver la televisión.

Más de una vez había escuchado hablar de aquellos fantásticos aparatos y sabía que algunos de sus primos los tenían en su casa, pero su padre jamás consintió en comprarlo por dos sencillas razones: falta de utilidad y dudoso funcionamiento (“un instrumento del diablo”, como él lo llamaba). Ahora que Antonio lo veía por sus propios ojos no podía por menos que estar de acuerdo con su padre, pues no era ni medio normal el magnetismo que aquel aparato ejercía sobre su persona. Cualquier programa que hubiera, lo veía con sumo placer y trataba de quedarse con todo lo que allí se dijera. Sus

favoritos eran los de comedia, y en sus ratos libres trataba de mejorar sus dotes de humorista contando chistes e imitando acentos, sacándole una sonrisa de vez en cuando a los abuelillos que jugaban al dominó.

Era allí, en la soledad del local, mientras abrillantaba copas con *Barrio Sésamo* de fondo, que empezaba a recordar. Pensaba en sus amigos del campo y se decía que hacía tiempo que no hablaba con ellos. ¿Serían felices? Él no mucho. Trabajaba por un futuro que le traería la felicidad, ¿pero realmente valía la pena el sacrificio? A veces desearía estar en las calles, con los de su edad, riendo y montando bulla, en vez de sirviéndole cervezas al borracho de la esquina. Sentía que eran amables con él por pena, pero no era pena lo que él quería despertar. Él quería tener amigos, que lo valoraran y se divirtieran con él, que fueran a visitarlo al bar y que lo invitaran a sus casas. Tal vez él era el problema, que no estaba a la altura.

Pues bien, les mostraría de lo que era capaz.

Sería como James Dean en *Rebelde sin causa* o Harrison Ford en *Indiana Jones*, más interesante, más gracioso, más atractivo... Y todo empezaba por apuntarse al equipo de fútbol, deporte que no había tenido la oportunidad de practicar lo suficiente por falta de jugadores. Tenía un físico encomiable, curtido por las faenas del campo, pero de poco le servía cuando todos los demás le superaban en puntería y manejo. No se le escapaba la mofa de sus compañeros, pero lejos de desanimarle le sirvió para comprarse un balón y empezar a practicar. Cada noche, un par de horas antes de acostarse, salía a correr durante media hora y estaba practicando ejercicios de balón hasta que se iba a la cama. Se interesó más por su apariencia, comenzando a afeitarse y arreglándose la ropa de acuerdo con la moda del momento. Sus primeros ingresos por trabajar en el bar se los gastó en unos vaqueros, todo un lujo en aquella época, y días después un tal Francisco lo invitó a darse una vuelta con sus amigos después de clase. Obviamente, Antonio aceptó, sin advertir la etapa que se aproximaba.

Durante un par de años ellos fueron su pandilla, chavales populares, de los que se encaraban a los profesores y hacían bromas en clase. Claro que Antonio no era ni quería ser así, pero pronto se dio cuenta de que bastaba con reírles las gracias y hacerse el tonto cuando el profesor preguntaba. La dinámica era simple: si ellos bebían, él también; si le ofrecían un cigarrillo, no se contentaba con una simple calada. Ellos fueron quienes lo presentaron a su primera novia y los encargados de criticarla una vez que rompieron. En su tiempo libre los acompañaba a la discoteca y trataban de impresionar a las chicas marcándose un John Travolta, imitando al de *Grease* y resultando el de *Pulp Fiction* (y eso que todavía no había salido la película). El tal Paco y sus amigos no eran malos chicos, en ocasiones un poco cabrones, pero integraban bastante bien a nuestro joven héroe. Francamente, Antonio no sabía qué pensar de ellos. Había algo en su risa fácil, sus exclusivos comentarios y su actitud permanentemente festiva que lo hacían sentirse irremisiblemente vacío y le daban ganas de esforzarse mil veces más en mejorarse a sí mismo, pero suponía que aquel era el precio por la popularidad. La otra opción era quedarse solo y, francamente, hacía tiempo que la voz de Epi y Blas le resultaba de lo más deprimente.

Tal situación se prolongó hasta el décimo curso, que hubo un cambio de clase, con nuevos sitios y personas a las que conocer. Antonio conectó enseguida con un chaval llamado Ismael, quien en cierto modo le recordaba a Cristóbal por su buen humor, su vitalidad y su terrible adicción al cotilleo. Este lo introdujo en su grupo de amigos, formado por personajes de lo más diverso, que lo aceptaron, cuidaron y acompañaron en su travesía hacia la vida adulta. Se reunían y veían aquel partido importantísimo en la televisión, salían a la calle y compartían sus impresiones del día, sus anécdotas más graciosas y los conflictos con sus familias. A veces cogían sus bicis y paseaban por el campo mientras contaban historias, discutían ideas o confesaban sus más profundos anhelos. Con ellos se sentía a gusto, como él mismo, y en más de una ocasión no le faltaron ganas de hablarles de los problemas que existían en casa, aunque siempre se refrenaba, pues eso habría significado la más alta traición contra sus

consanguíneos. Él no era un mal hijo, tan solo pensaba que su cariño era más probable que floreciera en la distancia.

Independientemente de estos acontecimientos, su decimoctavo cumpleaños se iba acercando y necesitaba dinero si quería encontrar un buen piso. Fue por ello que se decidió a ayudar en la Casa Rural familiar que, contra todo pronóstico y siendo de las pocas que había en Córdoba, resultaba un negocio con demanda y bastante rentable. Era algo que empezaba a ponerse de moda en las ciudades, cuyos habitantes anhelaban el descanso de una auténtica experiencia rural y decían envidiarlos profundamente por vivir en un entorno tan pintoresco y relajante. Cuando oía esto, Antonio no podía por menos que sonreír, siendo aquellas mismas palabras la sinfonía que resonaba en su cabeza cada vez que limpiaba las cuadras.

Había esperado librarse, como el resto de sus hermanos, por el excedente de contingente, pero sus expectativas fueron frustradas en cuanto recibió la carta anunciando su ingreso en el ejército. La noticia causó un gran revuelo en la familia. Su madre adoptó el papel de la desgraciada mujer que pierde a su único hijo y lloró lo que no está en los escritos. Su padre, por el contrario, se enorgulleció enormemente e incluso cazó un conejo para celebrarlo. Las opiniones de sus hermanos eran de lo más diversas, aunque todos coincidían en que tenía que escribirles semanalmente e informarles de lo que iba ocurriendo. Los primeros días sintió como si se hubiera producido un intercambio de roles en su vida, pasando de ser ganadero a una bestia de carga. “¿Un animal? No señor, así no se trata a los animales. Yo lo que soy es uno de esos engranajes que Chaplin aporreaba en *Tiempos Modernos*”, se dijo mientras avanzaba en la fila de vacunación.

Poco puedo hablar de la estancia de mi padre en el ejército pues poco nos contó de ella, tan solo que a pesar de las novatadas iniciales tuvo compañeros excelentes, que una vez estuvo a punto de morir a manos de uno de ellos y que la comida que allí servían hacía que echara de menos el gazpacho aguado de la abuela. Sobre la cómoda del salón reposa una foto

de mi padre con su flamante uniforme verde y veinte años menos, junto a la que hay una banderita de España y una estatuilla del niño Jesús.

Al concluir su año de servicio volvió exhausto, sonriente y triunfador. Aunque si bien completar la mili constituía un chute de testosterona, volver a casa equivalía a una dosis de realidad. La inyección de peleas, cantos y silencios incómodos causó de inmediato efecto y no tardó en aplicarse a la tarea de encontrar un piso en la ciudad. Su escritorio pronto presentó el aspecto de un campo de batalla, con anuncios, recortes de periódicos, revistas y Páginas Amarillas esparcidas a lo largo de la superficie, y en medio del cajón de sastre se encontraba él, con boli y libreta, haciendo cálculos, buscando la opción más rentable.

Se licenciaría en Economía y se dedicaría a la Bolsa, lo cual sorprendió enormemente a su oyente. Biólogo, médico, veterinario, abogado, psicólogo... algo así se esperaba, ¿pero ciencias económicas? Aquel muchacho podía entender de todo menos de dinero. La razón no tenía vuelta de tuerca: los números le daban seguridad. No eran ideas, sujetas a la subjetividad de las personas; no eran árboles, sujetos a las leyes de la tiránica naturaleza; no eran nada que Antonio quisiera, por lo que no podían dañarle. Tan solo eran números, exactos y controlables.

Estaba entusiasmado ante la perspectiva de emanciparse y quiso compartir sus planes con el bueno de su tío. En unos días haría las maletas y marcharía para Málaga. Lo tenía todo planeado, desde el piso que elegiría hasta el trabajo con el que pagaría el alquiler (una sola palabra: McDonalds), incluso había calculado el tiempo de transporte. Ya había hablado con uno de los chavales que allí vivían y al día siguiente cogería un tren, marcharía hacia la costa, vería el piso y, seguramente, firmaría el contrato. Nicasio lo escuchaba y miraba a un punto fijo en la mesa, como ausente, mientras esperaba impacientemente a que cesara el ilusionado parloteo. Quería hablar, anunciarle aquel proyecto que había abrigado durante tanto tiempo, convencerlo, pero no veía el momento adecuado para hacerlo. Lo mejor sería dejarlo caer, y que fuera lo que fuera.

—Llévame contigo.

Pum, sin anestesia.

Dejó a Antonio KO por momentos. Una exhortativa tan directa requería una explicación y el joven creyó que se trataba de una broma, a pesar de que el tío Nicasio estaba más serio que un vigilante jurado. A medida que avanzaba la conversación iba comprendiendo la propuesta de su tío, la cual descartó enseguida por no entrar en sus planes, finalmente enzarzándose en una discusión.

—Mira, muchacho, a mí no me vengas con pegoletes. Sé que acabas de regresar de la mili y te crees que ya el resto de tu vida va a ser pan comido, pero créeme mozo cuando te digo que la vida es dura. Lo ha sido, lo es y lo será siempre. Para ti y para todos; no te creas que los que lo tienen todo no sufren también. El ser humano es así, insatisfecho hasta la muerte. Puede que hayas superado una etapa difícil y ahora tengas grandes expectativas para el futuro que se aproxima, y estés ilusionado, y agradecido, y feliz y... Bueno, y todas esas mierdas que pensáis los jóvenes. Pero, piénsalo un momento: ¿qué harás tú solo allí? Estudiarás por la mañana, trabajarás por la tarde, ¿y cuándo harás lo demás? Porque supongo que no querrás dedicarte en exclusiva a tu vida laboral, ¿me equivoco? Querrás salir, conocer gente, dedicarte a tus aficiones, conocer a una chica... ¿Cuándo piensas limpiar la casa?

Le molestaba el tonillo de superioridad en que aquellas palabras habían sido pronunciadas, por no mencionar la verdad que había en ellas. Quiso marcar su territorio y buscó un argumento que pudiera neutralizar los ataques recibidos.

—Vamos a ser cuatro en el piso, ¿acaso te parece poco? Ya nos las arreglaremos.

—¡Oh, mejor que mejor! Vas a pasar tus próximos años en comunidad con chavales que no te dejarán dormir por las noches, cuyos hábitos, manías e incluso olores tendrás que aceptar, ¡sin conocerlos de nada! No,

Toño, no seas orgulloso. Admítelo, un poquito de ayuda no te vendría mal. He estado ahorrando, ¿sabes? Llevo toda mi vida ahorrando para cuando llegara este momento. Tengo suficiente dinero para comprar un piso y me sobra algo para los gastos de los primeros meses. Yo me encargaría del papeleo y podríamos repartirnos las tareas domésticas entre... —No pudo terminar porque Antonio lo interrumpió.

—¿De verdad me harías ese favor? —No se lo podía creer, era demasiado bueno para ser verdad—. ¿Así, sin más? ¿Pero qué sacas tú de todo esto?

—Lo mismo que tú, Toño: libertad. No te creas que es algo que se me haya ocurrido esta mañana mientras llenaba depósitos de camiones y servía bocadillos de tortilla: desde que tu madre se casó no he pensado en otra cosa. Durante toda mi vida he sido la decepción de la familia, el niño que no fue capaz de convertirse en hombre. Mi padre también me pegaba, por holgazán, por debilucho, por ser una carga. Yo no podía, me cansaba muy rápido y me costaba respirar. Me llevaron al médico, ¿sabes qué me dijeron? Que tenía asma. Fue un duro golpe para tus abuelos, nunca me lo perdonaron. Tu madre pensó que me faltaba iniciativa y que todo se solucionaría si me encontraba una esposa a la que mantener, solo que las mujeres que me presentó... Bueno, digamos que no eran mi tipo. Sí, lo admito, si me hubiera esforzado podría haber tenido una feliz existencia a pesar de la enfermedad, pero yo no soy como tú, Antonio. Yo no peleo, prefiero convivir con mis problemas y esperar a que llegue “el momento adecuado”, y si no se presenta, ¡ah, mala suerte! Prefiero pensar que todo el mundo es infeliz y que esforzarse no sirve de nada, así no tengo porqué preocuparme por nadie más que por mí mismo. No te creas que te estoy dando esta oportunidad porque seas mi sobrinito querido y tenga por afición practicar la caridad: yo lo que quiero es escapar.

—¿Pero por qué? ¿Por qué tenías que esperar a que yo quisiera irme a la ciudad? Si tan grande era tu deseo de irte de aquí, ¿por qué no lo hiciste en cuanto reuniste el dinero suficiente?

—¿Y me preguntas eso después de todo lo que te he contado? ¿Es que no te has dado cuenta ya, que no se me puede dejar solo? Dios me libre, con lo amargado que estoy ya, solo me faltaba pasarme el día encerrado para que por fin me decidiera a volarme los sesos. Desde luego, prefiero mil veces la

vida en el manicomio. Allí al menos se tiene el consuelo de no ser el único desgraciado.

Lo dijo con tal naturalidad y convicción que dejaron atónitos al joven. Se preguntó cuántas veces habría albergado aquel desgraciado tales pensamientos y sintió una pizca de pena.

—¿Y así es como pretendes convencerme de que me vaya a vivir contigo?

—¡Qué personaje! Anda, ánimo, no me digas que no soy un buen partido. Oye, te prometo que te ayudaré todo lo que pueda. De todos tus hermanos tú siempre has sido el que mejor me cae, ¡jurado!. El pequeño, el último en todo, el único que pensaba independientemente. En la ciudad continuaré trabajando y me encargaré de los gastos del piso, al fin y al cabo no hay jubilación sin cotizaciones. Tú podrás dedicarte a tus estudios y tus líos, lo único que pido es un poco de compañía y cariño para este viejecete, ¿trato hecho?

Antonio lo observó atentamente, alternando su mirada entre la mano que le ofrecía y la sonrisa de aquel cincuentón que ahora se le presentaba como un salvador.

Sonrió.

—No eres listo ni na, tito —dijo al tiempo que se la estrechaba, con tono de resignación y expresión triunfadora.

Dicho y hecho, en un par de semanas ya estaban cómodamente instalados en el piso que su tío había comprado, listos para empezar una nueva vida en Málaga, para algunos cordobeses hogar de veraneo; para Toño, majestuosa polis donde las hubiera. El tío Nica era un hombre de pocas palabras y se abstuvo de hacer el menor comentario durante el viaje. No fue hasta que estuvieron en el portal y soltaron todas sus maletas que separó sus labios y, con cierto orgullo, aseveró:

—Toñete, hemos llegado a nuestro destino. 506, no lo olvidés.

Antonio no lo olvidó.

Todas las mañanas se levantaba temprano y ponía rumbo a la universidad. Fue en aquella travesía cuando pudo contemplar el mar por vez primera, pisar su arena y bañarse en su sal. Desde entonces las olas fueron sinónimo de libertad.

Como habitante del 506, ironizo cada vez que mi padre se deshace en alabanzas sobre nuestro piso; como hijo, lo venero por ser su lugar de renacimiento. Ante todo, Málaga es un hermoso sitio y no me refiero solamente a sus calles, sus plazas y sus puertos marítimos: lo más bonito son las historias que en ella se desarrollan. Allí conoció a su esposa, Inés, ser divino e inteligente, de temperamento algo colérico pero extremadamente bondadoso. Natural de Jaén, ella le enseñó a apreciar el arte en lo pequeño y cotidiano, llegando a convertirse en su compañera de hazañas y la madre de sus hijos. Incluso contaba con la aprobación del tío Nica. “Ojalá tu madre me hubiera presentado una de estas”, le susurró a su sobrino en la cena de Nochebuena. El secreto de su éxito: un buen pato a la pekinesa.

¿Y el tío Nica? Él cumplía su parte del trato, trabajaba y se encargaba de las labores de la casa, escuchando música y viendo la tele durante el resto del tiempo. Por lo general era reservado, pero había días en los que se encontraba de buen humor y cantaba, tocaba las castañuelas y cocinaba para los novios. Fue el padrino en su boda y el chófer que los condujo hacia el altar. El próximo sería él, era lo que decían ellos, que sospechaban que tenía un romance con una cincuentona del tercero. De vez en cuando salía y no decía una palabra de a dónde iba. Así era el tito, un espíritu libre, nunca mejor dicho.

Realmente me habría gustado conocerlo, pero murió en un ataque de asma con 61 años, una semana después de que mis padres se hubiesen ido a Jaén a visitar a los suegros. Los médicos no se explicaban cómo el enfermo no había advertido señales de una crisis aproximándose. Por su parte, el matrimonio lo había notado gruñón, tal vez un poco más huraño, pero nada que anunciara una muerte inminente. Más tarde supieron por los vecinos que un par de semanas antes había ido a hacer testamento, dejando a mi padre como único heredero de sus bienes. Antonio hizo aquello que tan frágil y

avergonzado lo hacía sentir, y lo hizo con rabia, con resentimiento, diciendo que nunca le perdonaría que se hubiera dejado morir.

Pero Toño no lloró por odio, ni por pena, ni por sorpresa, ni por impotencia.

Lloró porque realmente había querido al viejo diablo.

Mi padre tiene una habitación dedicada exclusivamente a los discos, libros, y cartas que dejó. Cada cierto tiempo entra y habla con la guitarra que le regaló por su cumpleaños, un año antes de que el asma se lo llevara, y le cuenta lo que ocurre en nuestras vidas. También le pregunta cómo van las cosas por allí arriba y hace bromas del argot financiero, las cuales explica muy detalladamente en caso de que mi tío no las haya entendido. Reza por él todas las noches, a pesar del ateísmo de mi tío, y ha inventado su Credo personal. No cree, por ejemplo, ni una sola de las palabras que mi tío abuelo pronunció el día que le hizo aquella propuesta. Piensa que la vida es como en aquella película italiana con la que tanto lloró, y opina que hay esperanzas para el que las tiene. No obstante, también está de acuerdo con mi tío en otras muchas cosas y lo cree firmemente cuando dijo que su destino estaba allí, en la quinta planta del observatorio desde el que no se ven las estrellas, también conocido como el 506.

## LA MALDICIÓN DE FENSARIS

**Rosalía Nogal Villaverde**  
**Roquetas de Mar (Almería)**  
**RELATO 12-14 (14 años)**

Corro por un bosque, muy asustada. Noto que algo me persigue, y que no tardará en alcanzarme. Miro atrás, pero está demasiado oscuro como para ver nada. Tropezco con una raíz, y caigo rodando varios metros. Me levanto con dificultad, y continúo corriendo. Al llegar a un claro me detengo, agotada. Entonces, detrás de mí, oigo un gruñido. Me giro, y preparo un hechizo de ataque. Repito las palabras en mi mente, esperando a que mi atacante se deje ver. Pero no sé hacia dónde apuntar.

De repente, oigo un crujido detrás, y, cuando me doy la vuelta, un enorme lobo salta sobre mí. Grito y trato de atacarlo, pero él es mucho más fuerte. Entonces, noto cómo me clava los dientes en el hombro, profundamente. Y grito de nuevo, esta vez de dolor.

Me despierto sobresaltada. Noto cómo me palpita la herida del hombro. Inspiro hondo para relajarme. Me incorporo y me siento en la cama. Miro a mi alrededor, y compruebo que todo está donde lo dejé. Esta noche no ha pasado nada.

Ya ha pasado casi un mes desde el incidente del bosque y no dejo de revivirlo todas las noches. Menos cuando me transformo, claro.

He tomado muchas precauciones para que nadie me descubra. Mi habitación está hasta arriba de hechizos para aislar el sonido, reforzar las paredes y todas esas cosas. También he recurrido a la técnica de conjuros para dormir. Eso suele minimizar los daños.

Me levanto y me acerco al espejo. Mi propia imagen casi me asusta. Mis ojos castaños están cansados y hundidos, rodeados de profundas ojeras.

Tengo un aspecto pálido y demacrado, y mi cabello oscuro está totalmente desgreñado. Aparto la tela de mi camiseta de mi hombro izquierdo, y observo la profunda cicatriz. En ella se advierten con claridad las veintitantas marcas de dientes de lobo. A pesar de todo el tiempo transcurrido, la herida no termina de curarse del todo. Hay días en los que está mejor, pero en otros me duele horriblemente. Lo he intentado todo con ella, pero nada funciona. Suspiro, y murmuro las palabras de un hechizo. Me paso las manos por la cara, y oculto mis ojeras y mi mal aspecto. Para el resto del mundo la expedición al bosque fue totalmente normal.

He estado investigando, claro. Y ya sé qué es lo que me atacó. O más bien quién. Fensaris, el señor de todos los lobos. Es una criatura ancestral, que aparece cada milenio o así. Y claro, yo había tenido la mala suerte de encontrarme con él la primera vez que se le veía en siglos. El caso es que su mordedura transmite algo parecido a una maldición, que te convierte en una especie de hombre lobo. La diferencia es que los hombres lobo solo se transforman una vez al mes, con la luna llena, y el resto del tiempo hacen lo que quieren. Sin embargo, la maldición de Fensaris actúa con cada vez más frecuencia y durante más tiempo, hasta que llega un punto en el que te transformas en monstruo para siempre. He calculado que me queda como mucho un año, en el mejor de los casos. Y he optado por no decirle nada a nadie porque en la mayoría de ocasiones se suele matar al portador de la maldición. Pero yo no estoy dispuesta a rendirme tan fácilmente. Y es que sí que hay una forma de detener la maldición. Se trata de un objeto muy antiguo, llamado la Piedra de Yris.

Yris fue una hechicera de la antigüedad. Se dedicaba a curar a toda la gente que lo necesitaba con su magia, y para eso creó la Piedra, que viene a ser el destructor de maldiciones más potente del mundo. Por desgracia, Yris murió hace siglos. Su piedra fue pasando de mano en mano, hasta llegar hasta su actual propietaria: Morgana.

Morgana es una bruja oscura, famosa por su gran habilidad y por su amplia colección de reliquias, una serie de objetos únicos y con

propiedades mágicas que ella se dedica a coleccionar. Supongo que es como un hobby. Sin embargo, Morgana no es como Yris. Yris dejaba usar su piedra a quien lo necesitase, mientras que Morgana no le presta nada a nadie. Al menos, no gratis. Y por lo que sé, suelen ser cosas bastante difíciles de conseguir. Pero yo no tengo tiempo para estar dando vueltas por el mundo buscando algún objeto mítico. Así que he estado desarrollando otro plan. Tengo pensado presentarme en su torre como aprendiz, y si me acepta, podré estar en su torre el tiempo suficiente como para conseguir la reliquia que necesito. Y si no me acepta... bueno, puede que sí tenga que patearme el mundo buscando algún objeto mítico. Quizá sí esté un pelín desesperada. Como no se me ocurre nada mejor, recojo mis cosas y bajo a las cocinas a por comida. Como es muy temprano, no hay casi nadie, y solo tengo que esquivar a una de las cocineras, que parece que nunca termina de irse de su lugar de trabajo. Después de llenar mi morral, salgo de la torre y me dispongo a encaminarme hacia la torre de Morgana. Por fin tras unos cuantos días de camino, vislumbro la torre a lo lejos. Se alza entre dos montañas picudas que parecen aprisionarla. Es totalmente negra, y parece querer arañar el cielo de lo alta que es.

Tardo más en llegar de lo que pensaba, porque la torre es más grande de lo que parece. Sus muros de obsidiana son lisos y pulidos, cuajados de ventanitas. Me acerco a la enorme puerta de doble hoja y, no sabiendo qué más hacer, agarro la gigantesca aldaba con forma de gárgola. Es bastante pesada, pero cuando la suelto el sonido retumba por todo el valle. Ahora todo el mundo en diez kilómetros a la redonda sabe que hay alguien llamando a la puerta de Morgana. A pesar del sonido, la torre permanece inmóvil, y nadie contesta a mi llamada. Espero unos minutos, pero la puerta no se abre. Algo irritada, decido golpear la puerta otra vez, esta vez con más fuerza. Ahora las puertas se estremecen, hasta que finalmente se abren, dando paso a un enorme pasillo. Doy un paso hacia el interior, algo intimidada y, cuando lo hago, las antorchas de las paredes se encienden con un chasquido. Me quedo parada un momento, sin saber qué hacer, hasta que una corriente de aire me empuja hacia delante. Recorro el pasillo y me doy cuenta de que las antorchas parecen marcar el camino, con sus llamas púrpuras titilando hacia la direc-

ción correcta. Subo varios pisos hasta llegar a una enorme habitación. Tiene una gran cristalera que da hacia el valle del exterior, y una larga mesa ocupa su centro. Al fondo, de espaldas, en una esquina de la estancia, está Morgana. Es evidente que es ella, y no solo por ser la única persona que parece haber aquí, sino por su potente aura de poder. Va de negro y dorado, y de su alto recogido caen tres velos de gasa violeta. Cuando se gira hacia mí, descubre un rostro que parece atemporal, de esos que podrían ser de alguien muy joven o muy viejo. Sus ojos son totalmente violetas, rodeados de una exagerada sombra fucsia. Me mira fijamente un momento, como esperando a que haga algo. Como no tengo muy claro cómo actuar, me revuelvo un poco, incómoda.

—¿Y bien? —dice—. ¿Piensas quedarte ahí todo el día?

Un poco confusa, entro en la estancia. Me acerco un poco, hasta quedar al borde de la mesa.

—¿Qué quieres, niña? —me pregunta.

—Eh... venía a pedirle... —respondo, pero ella me interrumpe.

—¡Oh, otra persona que viene a pedir cosas! Puedo prestarte cualquier hechizo, pero antes... Llevaba tiempo queriendo conseguir un viejo libro de hechizos del desierto de...

—En realidad no venía por eso —digo, y la bruja se corta en seco.

—Ah, ¿no? —me pregunta con cara ofendida.

—No. Venía a pedirle... si podría aceptarme como aprendiz —le suelto.

Morgana me mira con interés y, aunque no estoy segura, con algo de malicia.

—¿Qué te hace pensar que yo quiero tener un aprendiz?

Me quedo en silencio, sin saber qué responder. Entonces, Morgana sonrío, y esta vez sí noto un escalofrío.

—Vaya, vaya —dice—. Supongo que podré hacer una excepción con-

tigo. Te daré un par de semanas de prueba. Por lo pronto, puedes empezar por apagar todas las luces que me has hecho encender.

Me despide con un gesto, y yo salgo por la puerta, aún sintiendo su mirada malvada pegada a mi nuca.

Lo cierto es que la primera tarea que me ha encomendado no es demasiado fácil. He probado ya unos seis hechizos, pero ninguno funciona. Hasta he probado a decirle “apágate”, lo que obviamente no ha servido de nada. Ahora estoy tratando de recordar las propiedades del fuego mágico, porque el fuego normal no es púrpura ni se enciende solo. Tiene pinta de ser un fuego fatuo, lo cual explicaría que se encienda cuando te acercas. Los fuegos fatuos se alimentan de magia feérica, y la magia feérica es sensible al fuego. Así que... ¿podría apagar el fuego fatuo con más fuego? La idea parece bastante descabellada, pero es la conclusión más lógica que he logrado sacar. Me concentro y murmuro las palabras de un hechizo de fuego. Las llamas salen de mis palmas, y las envío directas hacia el supuesto fuego fatuo. Para mi sorpresa, las llamas púrpuras titilan un momento y luego se apagan.

—¡Sí! —exclamo.

Con un movimiento, hago que el fuego de mi hechizo recorra las antorchas del pasillo formando dos enormes arcos. Después continúo subiendo las escaleras, hasta que finalmente llego al piso en el que estaba Morgana. Cuando llego, ella está saliendo de la habitación. Cuando me ve, me mira enarcando una ceja.

—¿Aún sigues ahí?

—Pues sí —le contesto bruscamente.

Morgana ni se inmuta.

—Bueno, pues puedes buscarte un cuarto en el séptimo piso. O quizá era el decimoséptimo. Da igual. Tú búscate uno y ya está.

La hechicera se dirige a la escalera, y cuando pasa por mi lado sus velos de gasa me acarician el rostro, lo que me provoca una sensación bastante desagradable. Por muy bruja que sea, Morgana está empezando a hartarme. Y no he hablado ni cinco minutos con ella. Inspiro hondo y me recuerdo por qué estoy aquí. Me dirijo hacia la escalera ascendente, contando los pisos. Tengo la esperanza de que las habitaciones estén en la séptima planta pero, para mi decepción, allí solo hay una especie de sala con brebajes extraños, que tienen pinta de llevar ahí siglos. Me resigno a subir otros diez tramos de escaleras, y decido que mañana le preguntaré a Morgana si hay otra forma más fácil de moverse de un extremo a otro de la torre. Por suerte, las habitaciones sí que están en el decimoséptimo piso. Me asomo a unas cuantas y todas son prácticamente iguales: camas bastante grandes con pequeñas mesillas al lado, un par de sillones, una mesa baja y un tocador. Y absolutamente todas están cubiertas por una capa de polvo. Opto por quedarme con la primera del pasillo, para poder encontrarla con más facilidad. Abro la ventana de par en par, e invoco un hechizo de viento. La verdad es que hoy estoy gastando bastante energía en hechizos. Lo del viento no ha sido muy buena idea; parte del polvo sí se va por la ventana, pero el resto se revuelve por la habitación y me hace estornudar. Me tapo la boca y la nariz hasta que el polvo se asienta de nuevo. Arrojo mi bolsa sobre la cama y me dejo caer pesadamente. Llevo unos cuantos días durmiendo al raso, y estoy agotada. Si supiera utilizar hechizos de teletransporte podría haber aparecido aquí directamente, pero el encantamiento es bastante complicado y si no se hace bien, puede tener efectos secundarios desagradables.

Tras un rato me obligo a levantarme. Si quiero echarme a dormir, primero tendré que colocar todas las protecciones correspondientes para controlar las transformaciones. Voy poniendo los hechizos capa a capa, hasta llenar cada centímetro de la habitación. Tendré que preguntarle a Morgana cuánto duran activos los encantamientos. Cuando termino, casi no puedo tenerme en pie. El largo camino y toda la magia que he usado me han pasado factura. Me echo sobre la cama, y los ojos se me cierran inmediatamente. Es la primera noche que no sueño nada.

Cuando me despierto, el sol está bastante alto en el cielo. Me levanto a toda prisa, me cambio de ropa y oculto mis ojeras. Cuando llego a las escaleras, me pregunto a donde debería ir. Recuerdo haber visto una puerta que parecía llevar a las cocinas en el piso de abajo, así que decido dirigirme hacia allí. Miro las escaleras con resignación pensando en el largo trecho que voy a tener que bajar. Efectivamente, la puerta que vi ayer conduce a las cocinas. Se trata de una estancia bastante grande, creo que ocupa media planta. Toda la zona del fondo está llena de fogones, que están todos apagados menos uno. El resto son largas mesas, en las que podrían entrar cómodamente entre cien y doscientas personas. Supongo que esto estaba pensado para todos los aprendices que debería haber aquí. Pero la sala no está vacía. Al fondo, rebuscando en un cuartillo lateral, se encuentra Morgana. Por suerte o por desgracia, se percata de mi presencia inmediatamente, y se gira hacia mí.

—Oh, aún sigues ahí —me dice.

—¿Y dónde si no iba a estar? —replico sin poder contenerme.

—No lo sé. Quizá deberías preguntarte donde no ibas a estar —dice mientras se gira y vuelve a dirigir su atención hacia el cuartillo de al lado.

Su respuesta me deja algo perpleja, pero trato de ignorarla. Deslizo la mirada por la habitación, buscando algo que comer. Veo algo de comida en un armario, y me preparo un desayuno rápido. A mi espalda, oigo murmurar a Morgana.

—¿Dónde estará ese condenado mapa? —dice mientras lo revuelve todo. Cuando empiezo a comer, la bruja aún sigue murmurando entre dientes.

—Estoy segura de que lo dejé por aquí... ¿Cuándo sería eso? ¿Hace un par de años, tal vez?

La miro algo irritada, pero ella sigue con lo suyo.

—Bueno... ¡Se acabó! —exclama de repente, haciendo que dé un respingo.

Hace un movimiento rápido con ambas manos, y se oye el sonido de algo moviéndose dentro del cuartillo. Entonces, de debajo de un enorme baúl, sale disparado un viejo pergamino. Morgana lo agarra y lo despliega ante sí.

—Ajá —dice—. Era este.

Se da la vuelta y se dirige hacia la salida sin hacerme ni caso. Entonces me acuerdo de algo.

—Morgana —la llamo.

Decir su nombre en voz alta me provoca una sensación extraña, como si fuera algo prohibido. Pero creo que no estoy dispuesta todavía a llamarla “Maestra”. Ella se gira lentamente hacia mí. Me mira con una expresión extraña, algo amenazadora pero también desconcertada.

—¿Sí? —me pregunta.

—¿Cuánto duran los hechizos que se hacen en el interior de la torre?

Su gesto cambia completamente. Ahora vuelve a dirigirme esa mirada que es una mezcla entre astucia, malicia y diversión con la que me miró cuando me aceptó como aprendiz. Me da la sensación de que sabe exactamente por qué lo pregunto.

—Los míos, todo lo que yo quiera —me responde—. Los del resto de la gente... unas veinticuatro horas.

Inspiro hondo discretamente. Eso me obliga a restablecer todos los encantamientos a diario. Morgana va a marcharse, pero la detengo con otra pregunta.

—¿Hay alguna forma de recorrer la torre que no sea subir y bajar todos los escalones?

—Claro que sí. Saltas por la ventana y vuelas hasta el piso que quieras.

Eso tiene sentido, pienso. El problema es que yo no sé volar. Puede parecer absurdo, pero el de vuelo es un encantamiento bastante complejo. Morgana debe adivinar lo que estoy pensando, porque me dice:

—¿No sabes volar? Supongo que tendremos que remediarlo.

—¿Qué?

—¿Acaso no eres “mi aprendiz”? —me responde, burlona—. Pues voy a enseñarte a moverte por mi torre.

Morgana me hace seguirla hasta el exterior de la torre, y nos colocamos debajo de un balcón del primer piso.

—Muy bien —me dice—. Vas a subir hasta ahí arriba.

Le dirijo una mirada ligeramente escéptica.

—No me mires así, niña. Es la forma más fácil que tienes de subir toda la torre. O si no, puedes subir y bajar todas las escaleras.

—Me llamo Lena —le digo, molesta.

—Sí, ya. Bueno, ¿qué sabes de los hechizos de vuelo?

Desvió un poco la mirada.

—Pues...

—Lo que imaginaba —murmura ella para sí misma—. Cada año los mandan peor. ¡Bueno, como veo que no tienes ni idea de volar, y no me apetece explicártelo, no basaremos en que simplemente vueles!

La bruja procede a recitarme las palabras del hechizo. Tiene que repetírmelas un par de veces porque es una frase larga y compleja.

—Bueno, y ahora la dices canalizando tu poder, como en cualquier hechizo. Y, simplemente, ¡vuela!

A mí no me parece tan sencillo, pero sigo sus instrucciones. Digo las palabras del hechizo y noto como la energía fluye de mi interior. Pero no pasa nada. Cierro los ojos y me concentro, pero cuando los abro sigo en el mismo sitio.

—Bueno, ¿y bien? —dice Morgana a mi espalda.

Doy un resoplido, irritada.

—Bueno, pues vuélvelo a hacer —me ordena.

Lo intento varias veces más, pero mis pies siguen obstinadamente pegados al suelo.

—Ah, cada año son más torpes —masculla Morgana—. Esto va para largo. Bueno, Lira, tú sigue intentándolo. Yo tengo asuntos más importantes que atender.

—Me llamo...

Pero antes de que termine, Morgana comienza a levitar y entra por una de las ventanas del quinto piso con insultante facilidad. Le dirijo una mirada fulminante al lugar por el que ha desaparecido, inspiro hondo y sigo tratando de elevarme en el aire. Horas después, estoy agotada. Llevo toda la mañana intentándolo, pero no he sido capaz de subir ni un centímetro. Prácticamente me arrastro hasta mi habitación y me derrumbo en la cama. Me quedo allí durante un rato, hasta que tengo tanta hambre que decido bajar de nuevo a las cocinas. Esta vez, el trayecto se hace más corto. Me asomo con precaución y compruebo que Morgana no se encuentra allí. En estos momentos no me apetece nada encontrarme con ella para que se siga riendo de mí. Tras recuperar algunas energías, decido ir a investigar. Al fin y al cabo, no he venido aquí a aprender a volar, si no a buscar la Piedra de Yris.

No tengo muy claro donde guardará Morgana sus preciadas reliquias, pero mi intuición me dice que cerca de sus aposentos. Las habitaciones del

Señor de la Torre suelen estar en el último piso, pero decido ir registrando la torre desde los pisos inferiores a los superiores. Registro todo el piso de abajo, pero no encuentro ninguna puerta secreta ni nada parecido que pueda conducir hacia las reliquias de Morgana. Como aún quedan algunas horas hasta el anochecer, acabo recorriendo también el segundo piso. Cuando llego a mi habitación estoy casi más cansada que ayer. Restauro todos los hechizos de protección, y cuando me tumbo me quedo dormida de inmediato.

Al día siguiente, me levanto tarde de nuevo. Esta vez Morgana no está en las cocinas cuando voy a desayunar, pero cuando estoy saliendo me la encuentro en el pasillo.

—Bueno, Lisa —me dice—. Vamos a probar otra vez.

—Me llamo Lena —le respondo.

Mi intento es tan desastroso como el de ayer. Por mucho que lo intento no soy capaz ni de flotar unos centímetros por encima del suelo.

—¡Vamos, es muy fácil! ¡Solo tienes que volar! —exclama Morgana, algo exasperada.

—¡Por mucho que me repitas eso, no lo voy a hacer mejor! ¡No es tan fácil como simplemente “volar”!

Morgana da un suspiro de irritación.

—Yo me voy —me dice—. Tú sigue probando a ver si funciona.

—¿A dónde vas? —le pregunto.

—¡A buscar un hechizo que elimine la torpeza! —me grita mientras se aleja.

Siento que me invade la ira. Me dan ganas de lanzarle algún hechizo para cerrarle la boca. Sin embargo, trato de relajarme y continúo intentándolo. Por la tarde, registro el tercer y cuarto piso. Hasta utilizo hechizos reveladores para ver si encuentro algo nuevo. Pero cuando regreso a mi habitación,

sigo con las manos vacías. Aún sigo teniendo la impresión de que la Piedra de Yris estará en el último piso, pero todavía no me atrevo a subir. No tengo muy claro si Morgana lo permite o no. Me conformo con seguir como hasta ahora. Restablezco las protecciones, guardo mis cosas y me acuesto de nuevo.

Los días siguientes son similares a los primeros. Me levanto, intento levitar, como, registro dos pisos más, coloco los hechizos y me voy a dormir. Morgana parece cada vez menos interesada en mí, si es que tenía algo de interés en un principio. Eso me beneficia, porque así tengo más libertad para moverme por donde quiera. Aún así, la bruja aún sigue viniendo todas las mañanas a ver mis fallidos intentos de alzar el vuelo. Es al séptimo día de mi estancia en la torre cuando ocurre. Es otra mañana cualquiera en la que intento levitar, pero sin conseguirlo. Pero esta vez, cuando murmuro el hechizo y trato de canalizar mi energía, noto una especie de tirón en el estómago. Miro hacia abajo y veo que me he elevado ligeramente del suelo. Doy un respingo, sobresaltada, y pierdo la concentración. Siento cómo la magia se me escurre entre los dedos y caigo al suelo con estrépito. Morgana me mira con interés.

—Bueno, veo que vamos progresando. Hazlo otra vez.

Lo repito, esta vez tratando de mantenerme en el aire. No duro mucho, pero descubro emocionada que ahora me resulta más fácil.

—Será mejor que practiquemos a ras de suelo por ahora —dice Morgana—. Hasta que no seas capaz de mantenerte flotando no sería buena idea subir demasiado alto. Uno de los posibles efectos secundarios sería la muerte.

La bruja se ríe entre dientes, pero yo no le veo la gracia. Trato de ignorarla y sigo probando. Cuanto más hago el hechizo, más fácil me resulta. Es más, ya no tengo ningún problema en elevarme en el aire, solo en quedarme arriba. Es como si de repente hubiese abierto una puerta que ya no puede volver a cerrarse. Por fin entiendo lo que quería decir Morgana cuando me decía que era “simplemente volar”. Después de tantos años haciéndolo, para ella volar debe ser tan natural como respirar.

Hoy, Morgana se queda conmigo toda la mañana y, después de comer, toda la tarde. No puedo seguir registrando la torre, pero no me importa. Estoy tan emocionada con mi nuevo hechizo que no quiero dejar de practicarlo. Al final del día ya soy capaz de mantenerme en el aire sin dificultad. Subo hasta el séptimo piso, y luego bajo en picado. Me detengo bruscamente a unos metros del suelo y aterrizo con suavidad.

—Bueno —dice Morgana—. Parece que no eres tan torpe como yo pensaba.

A estas alturas, ya ni me molesto en ofenderme.

—Pero he de advertirte una cosa —prosigue la bruja—. La torre te ha dado permiso para entrar por todas sus ventanas. Todas, menos las del piso superior. Y no te recomendaría tratar de cruzarlas.

Trato de ocultar mi emoción. Eso probablemente signifique que Morgana guarda allí sus reliquias... y la Piedra de Yris.

—Ya podemos volver a entrar. Mientras tanto, buscaré algún otro hechizo que enseñarte. Aunque al paso que vas, me moriré de vieja antes de que hagas algún progreso.

Por primera vez, me pregunto cuántos años tendrá Morgana. Desde luego, debe ser bastante vieja, aunque con los magos poderosos nunca se sabe.

Morgana entra de nuevo en la torre, y yo la sigo. He gastado tanta energía hoy que creo que me resultará más fácil subir a pie que levitar hasta mi habitación. Cuando llego, me dejo caer sobre la cama. Tengo la molesta sensación de que se me olvida algo, pero estoy tan cansada...

Siento algo extraño. Es como si algo me burbujeara en el interior. Me revuelvo, pero la sensación se hace más fuerte. La herida del hombro me

palpita. Entonces noto como si algo intentase salir de mi interior, algo salvaje. Trato de retenerlo, pero no soy capaz. Siento como si cada centímetro de mi piel estuviera ardiendo, y la sangre de mis venas fuese fuego líquido. Entonces, noto como si mi piel se desgarrase con violencia. Oigo un grito, y apenas tengo tiempo de comprender que soy yo antes de caer en la oscuridad. Cuando me despierto, no sé dónde estoy ni qué ha pasado. Me duele muchísimo la cabeza, como si alguien me hubiese estado dando martillazos. Me giro, y suelto un gemido cuando noto un terrible dolor por todo el cuerpo. Solo hay algo que me deje en este estado. Abro los ojos súbitamente y me incorporo. Me arrepiento enseguida, porque es como si mil agujas me estuvieran atravesando la piel. Miro a mi alrededor y descubro con horror que no estoy en una habitación destrozada. Estoy en medio de una especie de bosque. Me miro las manos y veo que están manchadas de sangre. Inspiro hondo, tratando de calmarme. Ya sé que era lo que se me olvidaba. Restaurar los hechizos. Poco a poco el dolor se va calmando, aunque la herida del hombro no deja de palpar. Me levanto despacio, y trato de ponerme en pie. Las piernas no me sostienen y tengo que apoyarme en un árbol. Me encuentro en una situación complicada. Estoy sola en medio de un bosque desconocido, sin saber cuánto tiempo ha pasado. Apenas puedo moverme y la sangre en mis manos sugiere que he atacado a algo. O a alguien. Me estremezco. Decido que lo mejor que puedo hacer es tratar de encontrar la población más cercana e intentar averiguar dónde estoy y qué día es. Pero el aspecto que presento ahora mismo no es el más adecuado para presentarme en un lugar civilizado.

Comienzo a avanzar por el bosque, buscando algún arroyo. Al final descubro que no es más que una arboleda, pero para mi suerte, un pequeño riachuelo corre entre las dos últimas filas de árboles. Intento lavarme un poco y me recoloco la ropa de forma que no parezca que acabo de despeñarme de una montaña. Utilizo el mismo hechizo de siempre para ocultar mi aspecto, y para cuando salgo de entre los árboles ya consigo tenerme en pie y parecer medio civilizada.

Más allá de la arboleda hay una amplia llanura. Tiene pinta de ser un lugar de pasto, lo que debe significar que hay alguna población en los al-

rededores. La mala noticia es que este lugar no se parece nada a la estrecha garganta en la que se encontraba la Torre de Morgana. Y que no sé a qué distancia estaré de allí. Prefiero dejar esa cuestión para más tarde y continuar mi camino. Me siento muy cansada, pero no puedo dejarme caer en medio de la nada. Continúo avanzando hasta llegar a una pequeña elevación. Delante de mí hay una suave pendiente descendente. Al fondo hay una pequeña aldea. Me acerco despacio, procurando no tropezar. Se trata de una aldea de ganaderos, a juzgar por los productos que veo expuestos en algunas tiendas. Algunas personas me miran con extrañeza, como si se preguntasen qué estoy haciendo aquí. Otros lo hacen directamente con desagrado. La plaza central está bastante concurrida. Tiene pinta de ser día de mercado. Miro tímidamente a mi alrededor y al final opto por acercarme a una mujer que se encuentra en una esquina, que no parece estar ocupada.

—Perdone...

La mujer me mira con curiosidad. Ahora me doy cuenta de que es bastante joven, tendrá unos veintitantos.

—¿Sí? —me responde, mientras me clava sus enormes ojos azules.

—¿Qué sitio es este? —le pregunto.

—Este pueblo se llama Kes. Está a unos cuantos kilómetros de la capital.

Me relajo un poco. Tardaré como mucho un par de días en volver a la torre.

—Y... ¿A qué día estamos?

—Hoy es catorce de octubre.

Esas son muy malas noticias. Quiere decir que llevo tres días transformada. Antes solo era uno. Me parece que todos mis cálculos de tiempo se han ido al traste.

—¿Estás bien? —me pregunta la mujer, al ver que he palidecido.

—Sí, sí —le respondo esta vez, con más convicción.

Ella me mira con algo de preocupación, pero finalmente me dice:

—Si tienes pensado salir de viaje, yo no lo haría estos días.

—¿Por qué?

La mujer mira alrededor y me susurra:

—Algo ha matado a unas cuantas reses los últimos días. Y dicen los granjeros que no es un lobo.

—¿Y por qué piensan eso?

—Porque es demasiado grande. Y mucho más feroz que un lobo.

Esta vez sí que noto que me mareo, y tengo que apoyarme en la pared.

—¿Estás bien? —me pregunta de nuevo la mujer, esta vez realmente preocupada.

Oigo una especie de pitido en los oídos, pero asiento con la cabeza, le murmuro un gracias y salgo corriendo. Me meto en el primer callejón que veo y apoyo la espalda en la pared. Inspiro hondo un par de veces, tratando de calmar los latidos de mi corazón. Cuando mi pulso se normaliza soy capaz de ponerme a pensar en lo que he oído.

Llevo tres días convertida en una especie de monstruo salvaje, lo que significa que la transformación va mucho más rápido de lo que había calculado. Durante ese tiempo he matado a parte del ganado de la zona, pero por lo que parece no he ido muy lejos. Lo mejor que puedo hacer ahora es dirigirme a la Torre de Morgana, para alejarme cuanto antes de este lugar. Así que decido prepararme para salir con el amanecer.

Dos días después, vuelvo a hallarme ante las gigantescas puertas de la Torre de Morgana. Esta vez, cuando me acerco, la torre me abre camino sola,

como si me reconociera. En el interior los pasillos están tan desiertos y silenciosos como los recuerdo. Me dirijo a las cocinas a buscar algo que echarme a la boca y así recuperar energías. Después, subo hasta el decimoséptimo piso. En las paredes se notan algunos rastros de mi transformación. Algún mueble roto, algunos trozos de roca arañados. Pero el verdadero desastre está en lo que era mi habitación. Todo lo que había en su interior está destrozado y prácticamente irreconocible. De la cama no queda más que un montón de astillas y plumas, y de los demás muebles mejor no hablar. Las cortinas están hechas jirones en un rincón, y las paredes están llenas de arañazos y marcas de garras. No queda nada que rescatar allí, así que, con un suspiro, entro en la habitación de al lado. Me echo sobre la cama, y me quedo dormida de inmediato.

A la mañana siguiente todo sigue tranquilo. Me levanto bastante descansada y con mucho mejor aspecto que el día anterior. El sueño me ha sentado bien pero ahora ha llegado el momento de volver a encontrarme con Morgana y con las posibles preguntas que puede que haga. Bajo las escaleras despacio, tratando de retrasar el momento. Sin embargo, no me hace falta bajar hasta abajo del todo. Mientras desciendo por los escalones, oigo bastante alboroto unos pisos más abajo. Me acerco con curiosidad hacia el lugar de donde vienen los ruidos. En el décimo piso es donde el sonido tiene mayor intensidad. Que yo recuerde, esa planta estaba llena de amplias habitaciones en las que había extraños productos. Me acerco a la que está más cerca de la escalera, que tiene la puerta abierta. En su interior me espera un extraño espectáculo. Morgana está inclinada sobre una pequeña olla en la que borbotea un líquido de un curioso tono verdeazulado. Está rodeada de unos cuantos frascos de polvos. A su lado hay un extraño artefacto, que es el que produce el ruido. Pero Morgana no está sola. Al fondo, en una esquina, se encuentra un hombre pálido y de aspecto demacrado. Da la sensación de haber sido una persona grande, pero ahora está muy delgado y encogido sobre sí mismo. Mira el caldero de Morgana casi con ansiedad y no se percata de mi presencia cuando entro. Por el contrario, Morgana sí lo hace. Se vuelve hacia mí de inmediato y me dirige otra de sus miradas difíciles de interpretar. Parece una mezcla de indignación, molestia y... ¿Algo de alivio? Probablemente la última sea una falsa impresión. Sus siguientes palabras refuerzan esa idea. Nada más verme, me suelta:

—Oh, ¿dónde te habías metido? Hace días que no te veo el pelo. Ven aquí y remueve el caldero.

Hago lo que me dice, y pronto me veo envuelta en una nube de humo de diferentes colores con un extraño y penetrante olor. Morgana se dedica a añadir polvos y sustancias a la mezcla mientras me corrige el movimiento del brazo.

Al cabo de un rato la bruja me aparta con un gesto. Me retiro a un lado y observo cómo maneja la poción que acaba de hacer. La mete en un pequeño frasco y se la da al hombre extraño, que la mira con ansiedad.

—Hala, ahora lárgate —le espeta Morgana.

Él no parece oírla, pero se va con una pequeña sonrisa en los labios. Cuando el hombre desaparece del umbral Morgana hace un amplio gesto con los brazos y todas las cosas vuelven a su sitio, como si nada hubiera ocurrido. Por un momento reina el silencio.

—¿Qué era eso? —pregunto.

—Nada —me responde—. Un nuevo intercambio.

—¿De qué?

—Tú no preguntas, y yo no pregunto dónde has estado los últimos cinco días.

Ahí está otra vez, esa sonrisa maliciosa que da a entender que sabe exactamente lo que me pasa. Me quito la sensación de la cabeza. Si lo supiera, también debería saber qué es a lo que he venido y no me habría dejado quedarme.

—Bueno, ¿aún sabes volar o ya se te ha olvidado? —pregunta Morgana, con su habitual sarcasmo.

—Sí —murmuro.

—Sí, ¿qué?

—Que sí sé volar.

—¡Maravilloso! Algo que nos ahorramos. Bien, ahora quiero que hagas algo.

—¿El qué?

—Sígueme.

Morgana echa a andar y no me queda más remedio que ir detrás de ella. La bruja sube tres pisos y se detiene ante el umbral de una enorme puerta. Es de obsidiana y está grabada con unos extraños diseños de árboles. Morgana hace un gesto y la puerta se abre.

—Bienvenida a la biblioteca.

Nos encontramos en una habitación enorme que debe ocupar toda la planta. El techo es altísimo y debe subir hasta como mínimo dos pisos. Toda la sala está llena de enormes estanterías llenas de libros de todas las formas y colores, encuadernados en cuero, piel y muchos materiales más. También todas las paredes están forradas de libros.

—Te gusta, ¿eh? —dice Morgana—. Pues quiero que le eches un vistazo a un libro concreto. Se llama *Artefactos mágicos a lo largo de la historia*.

—Y... ¿Dónde está ese libro?

—Eso es parte de la tarea. Tienes que encontrarlo.

La miro fijamente, tratando de discernir si es una broma o va en serio.

—¡Vamos, no te quedes ahí todo el día! —exclama la bruja, y me señala con un gesto la estantería más cercana.

Me acerco a ella con resignación, para empezar a rebuscar entre los libros. Pronto descubro que esta biblioteca no tiene ninguna clase de orden. Los libros no están organizados ni por temática, ni por época; ni siquiera por tipo de material. Algunos tampoco tienen el nombre escrito en el lomo, o se les ha borrado con el paso del tiempo, así que tengo que ir sacándolos de uno en uno. Mientras yo trato de encontrar el dichoso libro, Morgana se sienta en una mesa y se pone a leer un extraño volumen de piel con unas letras dora-

das en la portada escritas en un idioma que no conozco. Me parece que tiene intención de quedarse aquí hasta que acabe. El libro que estoy buscando no está en las dos primeras estanterías, ni tampoco en las dos siguientes. No me extraña que Morgana no sepa dónde deja algunas cosas puesto que este sitio es un caos. Podría estar años revolviendo entre las estanterías hasta encontrar el libro, pero eso a Morgana no parece preocuparle. Al cabo de un rato la bruja termina marchándose sin ni siquiera echarme una mirada. Puede que sí tenga intención de dejarme aquí años buscando.

La mañana pasa muy rápido, y también la tarde. Cuando ya estoy empezando a hartarme de ver tanto libro, por fin lo encuentro. Medio escondido, entre un libro de hechizos y un recopilatorio de recetas de pociones, encuentro el volumen que estaba buscando. Es de tamaño medio, con tapas de cuero curtido. Tiene un desvaído color grisáceo, y en el centro, con unas letras de color indefinido, pone *Artefactos mágicos a lo largo de la historia*, aunque algunas letras no se ven del todo claras. Con una sonrisa de triunfo me dirijo hacia el piso de abajo pero Morgana no está allí. Busco en un par de plantas, pero como no encuentro a la bruja, decido llevarme el libro a mi habitación. Como es tarde decido meterme en la cama, pero esta vez no consigo dormir. No puedo esperar más tiempo. Yo pensaba que la maldición era gradual, pero ha dado un salto tan brusco que ya no sé qué pensar. Al principio eran cinco horas. Luego una noche. Luego, un día entero. Y de repente son tres. Así que, si yo había calculado que me quedaba un año, siendo optimistas, es probable que me equivoque. Y que sea mucho menos tiempo. Llevo aquí casi dos semanas y aún no he avanzado casi nada. Se me agota el tiempo. Entonces recuerdo que dos semanas era mi plazo de “prueba”. Lo que quiere decir que es posible que mañana sea mi último día en esta torre. Está decidido. Mañana por la noche trataré de conseguir la Piedra de Yris.

Según todas mis teorías, la Piedra de Yris se encuentra en el último piso, junto a los aposentos de Morgana. Ella me advirtió que no intentase entrar por estas ventanas, porque estaban selladas. Aún no soy lo suficientemente buena como para intentar desactivar hechizos mientras me mantengo en el aire, así que tendré que entrar por la puerta. Pero dudo mucho que

Morgana deje esa puerta abierta. Probablemente esté protegida por un par de hechizos como mínimo. Y me parece que no estoy demasiado capacitada para desactivar hechizos de Morgana. Pero eso no podré remediarlo hasta que esté delante de la puerta. Creo que había una forma de imprimir la energía de hechizos o maldiciones que pesan sobre el mago en un encantamiento. Así que es posible que pueda utilizar la fuerza de la bestia para romper el sello.

Las horas pasan rápidamente mientras repaso los últimos detalles de mi plan. Cuando termino, el sol ya asoma a lo lejos entre las montañas. Esta noche. Esta noche todo habrá terminado.

Me levanto un rato después, habiendo dormido apenas un par de horas. No encuentro a Morgana en las cocinas, así que cojo *Artefactos mágicos a lo largo de la historia* y me dirijo hacia la biblioteca. Allí también está Morgana, que alza la vista de su libro cuando me oye entrar.

—Vaya, al final lo encontraste, ¿eh? —me dice, refiriéndose al libro.

—Pues sí —le respondo, algo cortante.

Creo que echaré de menos esta torre cuando me vaya. Y Morgana me cae mejor que los Maestros de las otras torres, aunque no soporte hablar con ella mucho más de cinco minutos. Claro que eso no lo admitiría delante de ella. Me siento un par de mesas más alejada de Morgana y me dispongo a empezar el libro. Pronto descubro que es mortalmente aburrido. Como su título indica, habla de objetos mágicos famosos. Los enumera de uno en uno, nombra sus propiedades y algunas particularidades del artefacto. Después de los diez primeros, ya estoy deseando tirar el libro por la ventana. Lo hojeo un poco para ver si hay algo interesante, hasta que me detengo súbitamente en una página. Tengo que leer el nombre varias veces para enterarme de algo. La Piedra de Yris. La Piedra de Yris. Debe de ser casualidad. No es posible que Morgana me mande leer el libro en el que sale precisamente el objeto que quiero conseguir. Probablemente Morgana esté en posesión de más de uno de los artefactos de esta lista. Sin embargo... La miro de reojo. Ella me dirige una mirada divertida, acompañada de una de sus sonrisas malévolas, como si

supiera qué es lo que me perturba. Otra vez esa sensación. Sacudo la cabeza, y me centro en leer la página. Esta no dice nada que no sepa ya. Que perteneció a Yris. Que elimina toda clase de enfermedad y maldición. Bla, bla, bla.

Encontrarme esta entrada ha hecho que tener que conseguir acercarme a esa piedra sea mucho más real y cercano. Y soy plenamente consciente de que tiene que ser esta noche. Me levanto de improviso, y salgo de la biblioteca rápidamente. Mientras lo hago, siento la mirada de Morgana clavada en mi nuca.

Durante el resto del día, trato de evitar a la bruja. Supongo que puede parecer muy sospechoso, pero su presencia me pone extremadamente nerviosa. Creo que tiene que ver con lo que voy a hacer esta noche. Pero no estoy segura. Por fin, llega la hora. Al anochecer me asomo discretamente a la biblioteca. Morgana sigue allí, moviéndose entre las estanterías mientras hojea el mismo volumen de esta mañana. Decido que este podría ser un momento como cualquier otro. Además, Morgana suele subir bastante tarde. Me acerco a la ventana más próxima y me subo al alféizar. Conjuro el hechizo de levitación y subo rápidamente hasta el antepenúltimo piso. Subo las escaleras y pronto me encuentro ante una puerta cerrada. De inmediato, noto que no es una puerta normal. O al menos, que no está simplemente cerrada. De la gruesa madera oscura emana un extraño poder. Supongo que será el sello que bloquea la puerta. Inspiro hondo. Como había imaginado, se trata de un sello poderoso. Me va a costar desbaratarlo. Romper un sello es relativamente fácil. El problema está en hacerlo sin que la persona que lo ha puesto se dé cuenta y se plante a tu lado en el acto. El secreto está en transmitir la cantidad justa de energía para que se vaya desvaneciendo. La suficiente como para quitarlo, pero para que no desaparezca de golpe. Yo no dispongo de toda esa energía como maga, pero es posible que la maldición de Fensaris sí la tenga. Y conozco un conjuro que puede ayudarme a usar esa energía. Planto los pies en el suelo y abro los brazos. Murmuro una lenta letanía, tejiendo el encantamiento a mi alrededor. Cuando creo que está listo comienzo con el siguiente hechizo, el que romperá el sello de la puerta. Noto como mi energía mágica va fluyendo poco a poco hasta la puerta, tratando de abrirla. Cuando creo

que no puedo más, la energía cambia. Me resulta familiar, pero no es mía. Esta es más oscura y terrible, y mucho más poderosa. Tras unos minutos, oigo un chasquido, y la puerta se mueve un poco. Finalizo el hechizo y me quedo quieta, esperando a ver si aparece alguien. Pero el pasillo permanece vacío. Me acerco a la puerta y la empujo un poco conteniendo el aliento, pero no ocurre nada. Al otro lado, hay una amplia sala. La habitación está llena de extraños objetos, y todos sin excepción rezuman poder. Voy pasando junto a ellos lentamente. Hay desde varas mágicas hasta orbes de visión, pasando por copas, espadas, joyas y un sinnúmero de objetos más. Recorro toda la habitación, hasta encontrar lo que estoy buscando. Se trata de una piedra redonda y pulida, que más bien parece una joya. La luz de las antorchas le arranca extraños destellos irisados. Leo el nombre del objeto, y contengo el aliento: *La Piedra de Yris*. Me acerco a ella despacio, casi con reverencia. Pero entonces, una voz me detiene.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Me giro despacio, tensa. Detrás de mí se encuentra Morgana. Tiene un aspecto algo más amenazador que de costumbre. Sorprendentemente, no parece enfadada. Da la sensación de que la situación hasta le divierte.

—Ya pensaba que nunca lo intentarías. Me preguntaba qué truco utilizarías para abrir mi puerta.

La miro desconcertada. Al ver mi expresión, la bruja comienza a reírse a carcajadas. Nunca la había visto hacerlo. Tiene una risa extraña, como muy sincera, pero a la vez con un toque oscuro y malvado.

—¿De verdad pensabas que podrías presentarte aquí con una maldición como esa sin que yo me diese cuenta? Habría que ser un brujo muy incompetente como para pasarlo por alto. Aunque supongo que los magos de la otra torre no se dieron cuenta, ¿no es cierto?

Yo sigo sin responder.

—Fue un descuido por tu parte lo de destrozar media torre. Cuando te fuiste transformada en bestia, ya pensé que no volverías.

—Eh... —digo—. Entonces... ¿Qué?

—Supongo que te refieres a mi piedra. Lo de la puerta era como una prueba. Si lo hacías mal, iba a matarte. Pero has utilizado la maldición de Fensaris para abrirla sin que yo me diese cuenta, así que eso significa que me puedes resultar de ayuda. Voy a ofrecerte un trato —me dice.

—¿Qué trato? —le pregunto con desconfianza.

Ella me dirige una sonrisa malévola.

—Llevo mucho tiempo fuera del mapa. Esta torre ha permanecido vacía mucho tiempo. Se me había ocurrido que podría tratar de recuperar mi anterior influencia.

—¿Para qué?

—Cuando se está en los Consejos de Magos se tiene acceso a cosas interesantes. Y hace tiempo que me acabé los libros de esta biblioteca. Pero supongo que sabrás que para que una torre se incluya en ese Consejo debe tener aprendices. Estaba pensando a qué mago incompetente podría coger, pero entonces tú llamaste a mi puerta pidiendo ser mi aprendiz. Una oportunidad demasiado buena como para rechazarla, ¿no crees?

Debo de ponerle una cara extraña, porque se ríe de nuevo.

—Esto es lo que te propongo: tú te quedas en mi torre como aprendiz, porque creo que me puedes servir. A cambio, yo dejo que uses mi piedra todo el tiempo que haga falta. Porque no sé si sabías que la maldición de Fensaris no se va en el acto.

Admito que de eso no tenía ni idea.

—La otra opción que tengo es matarte por haberte atrevido a entrar aquí sin mi permiso —añade Morgana—. Tú dirás.

Suspiro un momento.

—Vale —acepto.

—¡Maravilloso! —exclama ella—. Me parece que esto va a ser divertido.

Lo cierto es que no estoy segura de que me guste su concepto de “divertido”. Pero no tengo más remedio que aceptar.

—Bueno, ¿piensas quedarte ahí todo el día? Cuanto antes empieces a usar eso, antes se irá la maldición. No me apetece tener a un monstruo sediento de sangre en mi torre.

Le dirijo una mirada desconfiada, pero finalmente me doy la vuelta y me acerco al pedestal sobre el que está la piedra.

Quizá me he precipitado al aceptar este acuerdo. Tampoco es que la otra opción fuera muy apetecible, pero no estoy muy segura de querer vivir sola con Morgana. Por otro lado, me parece que va a ser interesante ver a Morgana metiéndose en los Consejos de Magos. Por lo que dicen de ella creo que no les va a hacer mucha gracia. Acercó las manos a la Piedra de Yris, y la cojo. Al principio no siento nada, pero luego noto como la energía oscura que latía en mi interior se va desvaneciendo. Parece que la maldición de Fensaris va a desaparecer como si nunca hubiese existido. De pronto, noto algo extraño. La energía límpida y pura de la Piedra de Yris se encuentra con mi propia energía mágica. Al principio temo que se desvanezca también, pero ocurre todo lo contrario. Siento como si se expandiera por mi interior, creando un poder nuevo que nunca había sentido antes. La sensación me gusta, y por primera vez me siento poderosa. Puede que al final este trato no haya sido tan mala idea.

## REENCUENTRO

**Elvira Fabregat Feliu**  
**La Guardia de Jaén (Jaén)**  
**Relato 12-14 (14 años)**

Apenas surgió de la oscura limusina fue receptor de una ardiente mezcla de olor a perfume, tabaco y mil inciertos componentes más, como una dulce bofetada. La aterciopelada alfombra escarlata casi no notaba el peso de sus pies, que, aquella noche, caminaban hacia una multitud anhelante de su figura. Asimismo, era su propio nombre el que brotaba de la garganta de aquel gentío. Incluso la luz nacida de un refulgente cúmulo de focos parecía querer bañar su piel, antes que la de cualquier otra realidad. La noche, de luna llena y suaves estrellas, era enteramente suya. Decidió pintar en su encantador rostro una media sonrisa, dedicada a las cámaras y micrófonos que se arrastraban a su alrededor. Era consciente de lo que sus mentes buscaban: desvelar el enigma de aquel misterioso y cautivador novelista cuyas historias y poemas habían atravesado las almas de la población del país. Sin embargo, no irían más allá de insinuar sobre sus amantes, contrastando así con el fino tul y seda que los vestía.

Casi se encontraba libre de aquella exaltada pasarela, a escasos pasos del edificio donde una suntuosa fiesta le esperaba, elegante para algunos, pretenciosa e insignificante para él, cuando fue consciente de una presencia que le observaba entre la multitud. Súbitamente, se detuvo, preso de una perturbación difícil de percibir. Sintió el aire que respiraba atravesarle dolorosamente los pulmones, como agujas heladas, a su pensamiento nublar-se, a su cuerpo estremecerse y a sus propios latidos ahogar el rumor de sus admiradores. Volvió de nuevo sus ojos oscuros hacia aquella figura, aquella memoria viviente, que solo él podría haber distinguido: sin saber cómo, allí permanecía ella, esperándolo. Ni su cabello, ni sus ropas, ni su rostro continuaban igual a como él los recordaba, probablemente ya nadie los encontraría hermosos, como años atrás, dirían que los cubría un velo de melancolía y

derrota. Con todo, fue su mirada, teñida de un inescrutable dolor, como una promesa olvidada, la que consiguió abrirse paso a través de la noche y mandarla callar, para que los recuerdos del escritor, tras haber sido enterrados, volvieran a aflorar.

.....

### **El tren**

Ni el caminar ondulado del tren aplastando las vías, ni la ensordecedora lluvia y su reiterada caída sobre el metal que hacía de techo, ni el furioso sollozo del viento que atravesaba las paredes del turbio vagón, propagándose a través del aire viciado eran capaces de quebrantar el silencio que anidaba en su propia mente. No importaba que llevase horas allí sentado, el cuerpo le seguía temblando y habría jurado que el corazón ya no le latía. “Mamá ha muerto, ella ya no existe”, quiso gritar en aquel momento. Quizá fue la certeza de saber que a nadie más en el mundo le importaba aquello lo que le obligó a callar. “No llores, mi pequeño”, casi escuchó la frágil voz de su madre chirriar en la oscuridad. Volvió a querer gritar. Huyendo, cerró los ojos, ignoró el frío que lo abrazaba y a la gente fantasma que compartía el vagón con él. En breve, aquel tren se detendría en la minúscula estación de un pueblo esclavo de las montañas, la vida lo arrojaría al vacío y comenzaría de nuevo, esta vez acogido por unos antiguos amigos de su madre. Todo lo demás serían solo recuerdos.

### **Las violetas**

El pueblo se mostraba desnudo, sin filtros de ninguna clase. El pintor de la naturaleza lo había cubierto de colores blancos turbios, marrones madera y azules hondos. Y los había repartido tímidamente: por las colinas que vigilaban todos los márgenes del pueblo; por las vías, alimento del tren; por las desordenadas casas asfixiadas por el musgo; por las suaves lanas de las ovejas; por los árboles, ya fuesen los solitarios o los que se abrazaban en el bosque; por el río y el lago cuyas aguas componían la melodía de la aldea.

Sus ojos observadores tuvieron que dejar el cuadro del pueblo atrás. El camino, que había guiado fielmente a sus pies salidos de la estación, llegó a morir a las puertas de un hogar dormido encima de una pequeña colina, tan blanco como el resto, pero apartado de él, pues casi se internaba en el bosque, que algún día se lo tragaría. Entonces, surgió de la humilde casa una mujer de vestido color tierra y tuvo lugar la bienvenida. Aquel lugar se adhirió profunda pero imperceptiblemente a su piel. Mientras él lidiaba con el aturdimiento del cambio, la mujer sonrió y lo abrazó, cargó parte de su equipaje hasta la planta superior de la vivienda y se sentó junto a él en el diminuto y desvencijado salón. Hablaba rápido y a tropezones, mezclando mil ideas. “No sabes cuánto me alegro de conocerte”. “Tu madre vivió con mi familia de niña, cuando se quedó huérfana”. “Fue, para mí, como mi hermana”. “Lo siento muchísimo, es horrible, lo siento”. “Mi marido y mi hija están fuera”. “Ella tiene tu edad”. “Aquí estarás bien y a salvo”, le susurraba aquella mujer en el fondo tan ajena a él. Al mismo tiempo, como si de un coro se tratase, la madera crujía y en algún lugar un pájaro emitía el último canto del día, burlándose de él antes del inminente anochecer.

Terminó la conversación disculpándose y afirmando que le invadía el cansancio. Subió hasta encontrarse con su equipaje en mitad de una habitación cuyas cuatro paredes y escasos muebles se abrazaban silenciosamente a él, como queriendo deshacer su esencia de intruso. Casi por inercia buscó y encendió un candil, como solía hacer antes en la ciudad, para encontrar la noche menos extrañamente vacía. Sus ojos repararon entonces en la ventana, que le devolvía el cuadro del pueblo, aunque ahora bajo la luz de la luna este se encontraba dormido. Pero no fue eso lo que captó su atención. En las entrañas de un jarrón de cerámica, y asomando tiernamente fuera de él, descansaba un ramito compuesto por decenas de flores azules, como estrellas invernales. Las mismas que solía poner su madre. Junto al olor de las flores, una voz inundó entonces la estancia.

—Espero que te gusten las violetas. Las encontré en la linde del bosque.

Se giró y su mirada se detuvo, por primera vez, en la dueña de la voz. Allí, bajo el umbral de la puerta, vestida de blanco, bañada por luz de luna y con

una violeta entre las ondas de su pelo largo y oscuro, ella, hija de la casa, lo miraba. Llevaba consigo una pluma y un cuaderno de páginas amarillas cubiertas de palabras. Sonrió. Su risa trajo entre sus pliegues un invisible atisbo de esperanza.

### **El corazón del bosque**

Sin avisar, había llegado otra vez la primavera. Los campos rodaban en el viento y eran refugio de mil flores. El pueblo había recibido una nueva pincelada, de verde esta vez. Las sombras escondidas debajo de las copas de los árboles adyacentes al río, sumidos en lo más profundo del bosque, eran ahora su refugio, lugar al que iba antes de la llegada del alba, antes de la odiosa rutina de su trabajo en el pueblo. Aquel último año se había derramado entre sus dedos: fugaz, libre, imprevisiblemente hermoso. Ahora, justo antes de que el sol naciera, un cuaderno de páginas amarillas yacía en sus manos. Sin embargo, no era aquello lo único que se encontraba a su lado. También ella. La miró: apenas despierta, mojada tras haberse sumergido junto a él en las aguas celestes del río, abrazada a su lado le contaba historias nacidas de su exuberante imaginación, historias que él transcribía a la libreta, palabra por palabra, historias que eran ella misma y que había nacido para escribir. Descalza, con el vestido empapado, se había olvidado su único chal en el interior de la casa de sus padres, la humilde casa de la colina, donde él vivía ahora, donde entre blancas paredes había nacido su amor. Temblaba y, aun así, el azul del arroyo perdía el sentido al competir con el añil de sus ojos, inteligentes, repletos de vida, desafiantes, como la joven. No, no importaba el río, ni la gente del pueblo, ni la inminencia del alba, ni el resplandor de su rutinario candil en la casa de la colina. Todo se diluía en aquel oasis. Todo, excepto ella.

—Un día, subiremos al tren y nos iremos lejos, como en tus historias.

La respuesta de ella tardó unos segundos en llegar.

—A un lugar donde también crezcan violetas.

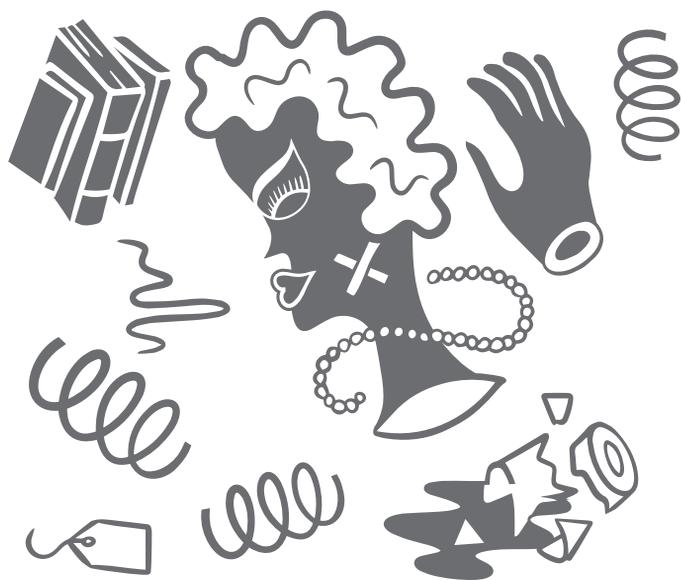
## El candil

En mitad de una noche de bruma, no tendría que haber visto el candil desde la estación. A no ser que no fuese un candil. Lo ahogó un presentimiento. Deseó no haber viajado aquel día a la ciudad. Vigilado por las titánicas montañas, se encaminó, angustiosamente, hacia la casa de la colina. El oscilante humo de los trenes parecía huir lejos de las peñas, dejándolo solo. El mugido del viento descomponía el sereno pecho del lago, así como el suyo propio. Fueron varias las personas sin rostro que se acercaron entonces a hablar con él. No quiso escucharlas. Comenzó a correr, más que nunca, buscando a alguien que sabía que ya no encontraría. Su sombrero cayó al suelo y se perdió en el camino. El bosque se apartaba de él, se negaba a continuar siendo su refugio. Quizá en el corazón de este, entre los árboles, se escondía algún recuerdo pasado, pero él no lo vio. Aunque faltaban unos metros para poder contemplar de cerca aquel infierno, sus pulmones ya habían comenzado a llenarse de humo ardiente. Cuando llegó, ya no pudo dar marcha atrás; sus entrañas se desgarraron. La casa ardía y el mundo ardía con ella. Quiso entrar, buscarla, abrazarla, morir a su lado, calmar o despedazar al fuego, pero no pudo, pues las llamas no eran corpóreas y las cenizas no lo suficientemente sólidas. Ni siquiera sus lágrimas sobrevivieron a aquel incendio de verano, se evaporaron nada más brotar de sus ojos, testigos del apocalipsis. Se preguntó cómo había nacido aquel asesino. Quizás por un candil. Rasgó la oscuridad gritando su nombre. Le respondió el olor a madera quemada, el crepitar del fuego y la pérdida. Luego, lo vio. El cuaderno de páginas amarillas. Tan frágil que parecía hecho de aire, pero totalmente intacto; ni una sola quemadura se había atrevido a brotar sobre él. Se agachó, sintió su cuerpo como el de un extraño, frío e inseguro; recibió una bofetada de aire caliente en el rostro. La noche depositó el cuaderno entre sus manos. La luz callada de mil historias vivía en su interior. Le pareció escuchar la suave risa de ella al pasar las páginas. Al igual que la luna, esperó a su primer amor toda la noche, solo en aquella cumbre. En el transcurso de su soledad, lo ahogó la niebla. Al alba, huyó y se llevó el cuaderno bajo el brazo, apropiándose de la parte no tangible de ella. No volvió a pisar aquellos escombros nunca más.

.....

Tras terminar de renacer, los recuerdos dejaron de sucederse. Sin embargo, sus miradas permanecieron entrelazadas unos instantes más. Luego, el escritor, cuya identidad era poco más que polvo, contempló cómo aquellos ojos añiles comenzaban a llorar, ocultos entre la multitud, rotos por el fuego y la luna. Bajo la luz de los focos, sobre la alfombra, bañado por la fría brisa, creyó captar en ellos, mezclada con el dolor, una última brizna de ternura. Fue testigo de cómo, igual que una llamada, o una acusación, aquellos labios familiares susurraban impotentes su nombre. Anheló, como lo había hecho todas las noches desde aquel día, reunirse con ella de nuevo, llorar de alegría por su inconcebible regreso; sin embargo, vigilado por las cámaras, no se movió. De alguna manera, la oyó deslizarse fuera de aquella gala, diluirse otra vez en la noche, lejos de él, sin saber si el amor habitaba aún en el interior de ella, protegido por sus costillas. Envolvió entonces su rostro con la mirada una última vez, antes de regresar a una vida que no le pertenecía, en la que había ardido la escritora de la casa de la colina.

# RELATO 15-17 años



## IMAGINA, LLORA, HIBERNA

**Samuel Díaz Castañeda**  
**Marbella (Málaga)**  
**RELATO 15-17 (16 años)**

Las noches en las que no puedo dormir me levanto de la cama y me siento con las piernas cruzadas en el suelo frente al espejo. Es rectangular, alargado y forma parte del armario. En él intento verme. Me dice que tengo los párpados caídos y que debajo de ellos hay unos resplandecientes ojos negros; que mi piel, a pesar de no tener color, tiene voz propia; que mi pelo, además de ser corto y liso, da vida a mi rostro y ensalza mi figura alta y delgada. Y yo, intento verlo y no lo veo. Todo lo llena una gran tormenta que a mis espaldas está orquestando un diluvio o a punto de clarear. Hay dos pájaros intentando alzar el vuelo, pero no lo consiguen. El viento les impide volar.

Marcan la una y mi copa de vino sigue aún llena. Le doy algunos sorbos esperando a que venga el sueño. Siempre he pensado que, durante el día, el sueño va tejiendo una red poco a poco y, cuando la termina, me atrapa con ella. Para que la rompa al despertarme y le obligue a volver a empezar a tejer. Llegará la vez en la que me será imposible escapar y, como los pájaros que intentan navegar en la tormenta, no pueda volar. Mientras, disfrutaré de lo que es la vida y de lo que pueden ser los sueños, que no son más que ilusiones para odiar la vida y amar el sueño. Porque, ¿qué persona no ha soñado alguna vez despierta?

Enciendo la radio y suena 'Peces de ciudad'. No veo nada en el espejo, mi vello se eriza y siento el suelo aún más frío. Empieza a quemarme la piel y sigo sin ver nada en el espejo, la tormenta lo cubre por completo. Creo que he bebido demasiado vino. Creo que el sueño ya ha tejido su red. Atrápame sin dolor, solo soy un pez que ha abandonado su acuario para vivir sus sueños. Déjame vivir mis sueños.

Que sean las seis de la mañana y todavía siga sonando ‘Peces de ciudad’ me hace pensar que el tiempo se ha detenido. Al menos en la habitación. Es una sensación extraña. No tengo sueño, pero parece como si no hubiese dormido. Todo sigue igual, salvo que se ha evaporado el calor que abrasaba mi piel y se ha disipado la tormenta. En el espejo logro verme y estoy tan feo como se está tras dormir cinco horas en el suelo. Ahora toca la ducha, el café y la rebanada de pan diaria. En menos de veinte minutos lo primero y en diez lo segundo.

Mi habitación está llena de cuadros. Tengo tres Monet, un Goya, un Tiziano y un Dalí. También hay un reproductor de CD, que también es de vinilos, junto a seis estanterías llenas de libros. Y una colección de poesías encima del escritorio, donde, aparte de los versos, solo hay libretas viejas, mi portátil y un vinilo de Rachmaninoff junto a un ejemplar antiguo de ‘La muerte de Iván Ilich’ y la isla artificial de mi cándida tortuga que lucha por sobrevivir y me cuida en las turbulentas noches con su compañía silenciosa. Costó lo suyo recrear mi concepto de habitación perfecta. Siempre que salgo de ella, sobre todo por la mañana, me duele tanto como la muerte de un hijo. Tal vez sea porque la considero fruto de mi mente o porque quiero seguir envuelto en sábanas. Pero, al final siempre toca salir. Adiós, querida.

Las despedidas siempre son duras y más si se trata de dormitorios. Aunque, contra todo pronóstico, hoy el dolor ha sido un reducto de lo que suele ser. Ha sido como si partiese hacia un viaje del que sé que voy a regresar pronto. De esos viajes en los que dos amantes se escapan al amanecer para ir en avión a Italia, follar como animales en una suite del Palazzo Manfredi, hacerse una foto con la torre de Pisa, pedir un helado y atardecer en la estación de tren de la ciudad con el inocente abrazo del esposo o la esposa que te espera tras tu viaje de negocios o de inspiración.

Abro la puerta del baño. Seguro que la tapa del retrete está abierta y hay ropa por el suelo, siempre me dejo alguna camiseta por ahí tirada. Y no. La tapa estaba abierta pero no había ninguna prenda en el suelo. Fallé. Me empiezo a desnudar y me quito el reloj, el collar y los anillos. Un cuenco

en una mesita con un jarrón de flores rosas atesora mis enseres. Pero, justo cuando voy a descorrer las cortinas para ducharme veo un sujetador en el suelo. Un sujetador marrón que se esconde debajo de la mesa. Tiene el encaje cerrado. Lo cojo y está húmedo, pero a punto de secarse.

¿Cómo ha acabado ahí? Ninguna mujer ha pisado este piso desde hace más de seis meses, ni yo tenía en posesión ningún sujetador y mucho menos he mojado uno.

Mi corazón tiembla. A través de la piel puedo ver como saltan mis venas atemorizadas. Por impulso, descorro las cortinas y en la bañera hay un cuerpo.

Una mujer desnuda yace en mi bañera. Pego un grito. Hincó las rodillas en el suelo y pego otro grito. No puedo mirar. Lo intento y además de no poder empiezo a oler un olor desagradable. Sin haber olido ni visto un cadáver nunca, sé que está muerta. No quiero creerlo, deseo que mis sentidos me engañen. Pego un tercer grito para callar el miedo. Un miedo que avanza tembloroso y que me consume. Joder, qué ha pasado. Dejo libertad a mis párpados y se abren. Es una mujer joven a la que la vida le ha robado la paleta de colores que tenía amarrada a sus veinticinco o treinta primaveras.

Lo que me sorprende son sus ojos. Como si de una espiral infinita se tratase van devorando mi mirada, como si absorbiendo mi energía fuera capaz de revivir. No vendría mal, así me explicaría el porqué de todo. Una mujer en mi bañera, desnuda, muerta y con dos agujeros negros en las cuencas. Y el sujetador que no he sido capaz de soltar, hasta ahora, por temor a que apareciese algo aún peor.

La sombra de la noche oscurece mi sangre envileciendo la luz tardía del amanecer. Por la ventana veo como se van apagando las farolas y encendiéndose el sol. Aparte del cadáver es lo único que puedo ver.

Fijándome en ella me resulta familiar. Me asaltan las dudas de si fui yo quien la mató, siempre me he sentido atraído por la muerte y la pasión con

la que los asesinos matan, pero sin el anhelo de querer llevar a cabo nada. Acostumbrado al olor y al pánico y a la sangre van reduciendo la velocidad mis latidos, que por inercia me ordenan abrir el grifo. Y ahí estoy, bañando con mis manos a un cadáver que se parece cada vez más a un maniquí. Haciendo desaparecer la sangre a la vez que el miedo.

Bip, bip, bip. Suena la alarma de mi reloj. A esta hora debería estar saliendo de casa para trabajar y estoy encerrado en el cuarto de baño.

Pensándolo con claridad, sé que yo no he sido quien ha matado a la mujer, así que llamar a la policía podría ser una buena opción. Pero, es mi casa y no hay testigos que corroboren mi versión por lo que pensarán que fui yo. Tengo que deshacerme del cadáver. Doy un grito y un puñetazo a la pared. No puedo pensar con claridad y no se me ocurre ninguna otra idea. Tendré que deshacerme del cadáver.

Para ocultar un cadáver puede ser esta la hora perfecta. Cuando quienes están despiertos ya están de camino al trabajo y quienes están dormidos no se van a despertar. Lo primero es acercar el coche a la puerta de la casa para desplazar lo menos posible el cuerpo. Luego cogería toallas y las pondría en el maletero, donde llevaría el cadáver cubierto por chaquetones. Lo idóneo sería enterrarla en el bosque o tirarla al mar. Incluso incinerarla.

Si la entierro puede encontrarla cualquiera, pueden cotejar las pruebas de ADN y encontrarían muestras del mío. Porque claro, con 22 años fui yo quien tuvo un accidente automovilístico con el coche de su padre, atropellando a un anciano con su perro. Menos mal que no había bebido, menos mal que mi madre era buena abogada y menos mal que solo murió el perro. Opción descartada.

Arrojándola al mar sería más de lo mismo. Opción descartada por el anciano y su perro. Incinerarla sería la mejor opción. Solo quedarían sus cenizas, pero, claro, ni sé ni soy capaz de cremar a una persona. Ni tampoco soy un asesino ni un loco. Opción descartada.

También podría cortar el cadáver y sumergirlo en productos químicos, pero más que una solución es una psicopatía grave o un engorro.

Lo mejor va a ser llamar a la policía. Soy inocente y no me pasará nada. Tengo que confiar en la justicia.

“Si lo haces, te culparán”.

“Si lo haces, te atraparán”.

“Si lo haces, te matarán”.

Unas voces empiezan a retumbar por toda la habitación. Son oscuras, agudas y muy diferentes las unas a las otras. Serán efecto del estrés. Al salir de la habitación llamaré a la policía y todo se arreglará.

“No puedes salir, estás encerrado”.

“No puedes salir, estás atrapado”.

“No puedes salir, estás acabado”.

La puerta está cerrada, era verdad. Por más que lo intento no puedo. Estoy encerrado. Estoy atrapado. Estoy acabado.

No sé qué son esas voces, pero tienen razón. Parecen leer mi pensamiento o, tal vez, solo son producto de mi imaginación y fruto del miedo. Incluso el miedo podría impedirme tener la suficiente fuerza como para girar el pomo.

“Somos reales, escúchanos”.

“Somos reales, óyenos”.

“Somos reales, siéntenos”.

Doy un grito y otro y otro. Pego una patada a la mesita y la rompo. Esto no puede estar pasando, no pueden existir. Soy yo, soy yo, joder.

“No nos creas, morirás”.

“No nos creas, fallecerás”.

“No nos creas, perecerás”.

Me rindo. Si tengo que aparecer junto al cadáver de la mujer, que así sea. Si tengo que asumir el asesinato, que así sea. Solo quiero salir de aquí y que cesen las voces.

Me dirijo a ellas y les grito: “¿Qué queréis de mí?”

Silencio. Todo parece haber cesado, no se escucha ningún murmullo, ni siquiera se huele nada, tan solo se respira paz y tranquilidad. Me doy la vuelta para comprobar si también ha desaparecido el cadáver, pero sigue ahí. Parece como si no le hubiese importado morir, como si lo hubiese estado esperando un largo tiempo. Sin sangre en su rostro puedo apreciar la magnitud de su figura. Es una mujer bella, con la piel clara y un cabello que cubre su rostro dejando entrever unos fieros ojos con los que ya no podrá ver más. Pero lo que más me seducen son sus labios finos, iguales a los que sueño en mis sueños y deseo besar. Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias, te habría invitado a bailar y tal vez hubieras dicho que sí al compás de la noche y su manto lunar. Podría haber apartado los mechones de tu rostro mientras tú me dedicarías una sonrisa con la que se cerrarían aún más tus ojos rasgados. Y, sobre todo, podría haberte llevado a pasear a la playa, a tumbarnos en la arena a contar estrellas e imaginar historias y futuros en los que vivir juntos fundiéndonos con las olas y con los labios del otro. Historias donde en la pasión tus senos reposasen sobre mi pecho y tu sombra dominase a la mía en el juego del amor. Pero, estás muerta y nuestro “nosotros” solo es licor del mar.

Esta habitación es mi perdición, se acabarán mis días y aún seguiré imaginando sin poder vivir. Mi fin se acerca.

Oliendo mi debilidad la tormenta empieza a gestarse y aparecen los pájaros. Soy capaz de ver cómo inunda toda la habitación una gran nube negra. Es más grande que la del espejo, parece más real que nunca. En ella solo

se puede apreciar el incesante aleteo de dos pájaros que van logrando salir. Y se acercan a mí. Se sacuden y se posan sobre mis hombros.

No sé qué quieren de mí, pero si esto es la muerte me alegro de que no sean cuervos y sí jilgueros. Lo que me faltaría sería ver a dos cuervos en mi hombro, con una gran nube negra inundando una habitación sin salida, llena de voces y una bañera con un cadáver.

“No te relajes, será peor”.

“No te relajes, será aún peor”.

“No te relajes, será lo peor”.

Pego un grito. Dos grandes buitres acarician mi cráneo con sus alas. Intento apartarlos y alzan el vuelo hacia el techo. Un techo que no se puede lograr ver y donde la inmensidad de la habitación se ve reflejada en el baile lento y circular que los buitres hacen antes de comer. Si antes intentaba disuadir el miedo, ahora es el momento de tenerlo.

“Si nos haces caso, vivirás”.

“Si nos haces caso, saldrás”.

“Si nos haces caso, olvidarás”.

Las voces no son reales. Esta habitación no es más que un espejismo creado por mi mente. Tengo que recordar las palabras del poeta Jaime López: “Quien intenta vencer en la guerra, solo tiene que vencerse a sí mismo.” Es esta una batalla en la que el único enemigo soy yo.

Si tengo que hacer algo necesito saber qué es. Pero antes no me han contestado, es más, han aparecido la tormenta y los buitres. Puede ser que la forma de preguntarlo no haya sido la adecuada y deba actuar como si fuese un acertijo. Tengo que hablar como ellas. Ellas cuando hablan las tres, hablan como si fuesen una. Hablan las tres y las tres son una. Para que me escuchen voy a hablar como ellas: “Voces, qué queréis. Voces, qué deseáis. Voces, qué ordenáis”.

Silencio de nuevo. No ha funcionado.

“Túmbate e imagina”.

“Túmbate y llora”.

“Túmbate e hiberna”.

Sí. Me han hablado, me he hablado. Debo hacerles caso, no puedo esperar más. Si estoy un segundo más en este sitio acabaré por pudrirme.

Lo primero es tumbarme.

Ahora imagino.

Imagino que salgo de aquí, que vuelvo a mi querida habitación donde están mis libros, mis cuadros, mis vinilos y mi tortuga. Imagino que me tumbo en mi cama y las sábanas cubren mi cuerpo sin que yo se lo pida. La radio empieza a sonar por sí sola sin que yo la tenga que encender, la luz se apaga por su cuenta y las persianas se abren dando a ver un cielo estrellado que brilla solo para mí. En él veo constelaciones que inventé junto a mi padre en aquellas noches de verano en las que tener diez años no era ningún impedimento para ser lo que quisiera. En las que aparecía mi madre detrás y nos tumbábamos en el césped sin importarnos ni el frío, ni las hormigas que huían de la senda de baba de los caracoles, ni del fuego encendido en el que mi madre calentaba un puchero a punto de hervir por el cual se evaporaban todos sus lamentos y que recordaba al olor de mi abuela y a su sonrisa de ojos rasgados y labios finos que tan parecida tenía mi madre.

Ahora lloro.

Lloro y no puedo hablar. Solo quiero salir de esta habitación. Quiero que desaparezca todo. Pero solo lloro. Lloro y no puedo hablar. Si desaparece todo pararé de llorar, podré seguir con mi vida dejando esto atrás. No será más que una anécdota que jamás recordaré. Haré que se me olvide

que estuve encerrado junto a un cadáver y a una gran tormenta en la que dos buitres me perseguían.

Los buitres. Siguen ahí arriba, no me acordaba. Me he tumbado tan tranquilo sin preocuparme de nada. Parece como si estuviesen más cerca. Mi instinto me dice que huya, que van a abalanzarse sobre mí. Pero solo lloro. Soy incapaz de dejar de llorar, siento miedo, pánico, desesperación y tristeza. Cada vez parecen descender más y más, hasta que paran de dar vueltas y empiezan a caer en picado hacia mí.

Si la vida acaba aquí, he vivido bastante como para marcharme sonriendo. Jamás imaginé que moriría tumbado en una habitación, junto a una mujer muerta, una gran tormenta negra, unas voces profetas de mal agüero y unos buitres que culminarían mi existencia.

Me marchó sin entender todavía por qué no puedo salir del cuarto de baño, ni tampoco por qué hay un cadáver, ni un sujetador mojado, ni tan siquiera unas voces ni una gran nube negra acompañando a los silenciosos heraldos de la muerte. Tan solo me aferro a las últimas palabras de las voces. Imagina. Lloro. Hiberna.

Cierro los ojos y extendiendo mis brazos me encuentro con el sujetador. Lo agarro y junto mis manos apretándolo con fuerza. Doy un último suspiro.

Ahora hiberno.

Son las seis de la mañana, suena *Al alba* en la radio.

## BRUJERÍA DEL ALMA MÍA

**Ada Giménez Gutiérrez**  
**Málaga**  
**RELATO 15-17 (17 años)**

La Bruja tuvo un amigo. Hasta las brujas tenían de eso. *¡Ya está bien!* *¡Pero ahora sí que no hemos hecho nada!* *¡Cállate, tú y Manolo, Manolo y tú!* *¡Ya está bien!* (Hacen el amago de correr por el pasillo y salir por la puerta de la casa). *¡Oye, venid aquí de inmediato!* *¡Manolo!* (Éste iba el primero de los dos). *¡Como yo llame a tu madre te vas a enterar!* *¡Mi madre no, mejor déjala tranquila, mujer!* *Bueno, ¡ya está bien!* (Coge a ambos de los brazos y los detiene antes de doblar la última esquina que daba a la puerta a la que tanto ansiaban llegar). *Venga, ¿quién de los dos ha sido? ¿Has sido tú, hija? No, yo no.* (Mira a su amigo sin un ápice del nerviosismo que sí que tiene este, como si tuviera la absoluta certeza de cómo se va a resolver el asunto). *Será posible... ¿Y tú, Manolo Morales? ¿Has sido tú? No, yo tampoco.* (Mira furtivamente a su compañera). *La madre que os trajo... ¿Será posible? ¡Me tenéis harta!* *¡Tranquilícese, señora!* *¿Señora? ¿Señora le acabas de decir a tu madre? ¡Esto es lo último ya!* *¡Ahora te vas a enterar!* (La Bruja consigue abrir la puerta de la casa y ambos escapan).

Manolo Morales. La Bruja recordaría ese nombre siempre. Llegó un punto en el que todo le recordaba a él. Moralidad. Morales. El mural para la clase. Morales. Las moras que le había traído el tío Jose del campo. Morales. Un montón de monedas. Manolo. Un monociclo. Manolo. Monosílabos (recordaba haber escuchado esa palabra en clase. Incluso se sorprendió a sí misma recordando cosas de clase). Manolo. ¡Ten ciertos modales! Morales. Manolo. Morales. Manolo Morales. No imaginaba un nombre más genial que ese. A veces le daba envidia.

Manolo Morales, sin embargo, iba por otro lado. Él sí que siempre recordaría a la Bruja. A Manolo Morales le embelesaba la vertiginosidad con la que la Bruja maquinaba la siguiente diablura que le iban a hacer a sus madres.

La urdimbre que siempre andaba urdiendo. Para Morales era algo subyugante. Y pernicioso. Con cinco años más, ya era demasiado pueril. Era oprobioso tanto para él como para las pobres mujeres que se las habían arreglado para criarlos. A medida que crecía, esa impulsividad se fue transformando, y Manolo se alegró por su amiga, incluso se sintió aliviado. Pero le daba “como pena”, como él decía. Ya había dejado eso de asustar a los niños de su clase con juegos que supuestamente podían invocar espíritus, o darle soplidos en el pelo a las niñas que no le caían bien o que le habían llamado “gafotas” (un insulto muy básico, apuntaba la Bruja) o “bruja piruja” (uno algo más ingenioso que inspiró a la Bruja su actual apodo). Un día, Manolo vio en la Bruja la intención de hacer una de las suyas y cómo en medio segundo abandonaba esa idea. Ahí estaba la madurez. Como cuando tu padre te regaña por algo que no has hecho bien y tú, en lugar de enfadarte con ellos, entiendes que te lo están diciendo por tu bien y que estás recibiendo una valiosa lección. Que te están intentando llevar por el buen camino. Eso vio Morales de un día para otro en la Bruja. Pasó de ser Gafotas o Bruja Piruja a ser la Bruja sin que ninguno de los dos se dieran cuenta. Habían crecido, cada uno de una forma. Y tal vez ahí estaba el problema.

¿Cómo te podías hacer a ti mismo partícipe de algo que te había ocurrido a ti? Así podrías fingir que aquello de lo que quieres librarte es ajeno a ti, es problema de otro. No sabes exactamente de quién se trata, pero por lo menos no eres tú. A Morales le hubiera gustado saber cómo hacer eso. Cómo deshacerse de un sentimiento que ojalá no fuera suyo. Él sabía perfectamente que podría fastidiarlo todo y lo que podría provocar. Una catástrofe. Una calamidad. Y es que Morales quería mucho a la Bruja. Morales amaba a la Bruja tal y como Lorca amaba a Dalí. Pero la Bruja amaba a Morales como Dalí amaba a Lorca. La Bruja sí que amaba a Morales, cuidado. A veces amaba más la idiosincrasia entre ellos. Amaba las tardes dando vueltas por los callejones de Sevilla espantando las palomas a quienes buenamente les echaban migajas de pan o robando cartuchos de patatas fritas a los turistas (“guiris”, como ella decía), para terminar de vuelta en casa de Morales. Subían rápidamente por los tres tramos de escaleras de la casa a la buhardilla, la parte de la casa que más le gustaba a la Bruja, sin prender ninguna luz y con cuidado de no

ser vistos, la Bruja entreabría la claraboya sin preguntar a su amigo, *¿Para qué abre la ventanita si se ve perfectamente el cielo?*, y se tumbaban en el suelo de madera, tirados en él, asistiendo al espectáculo de colores que ofrecía el cielo a aquella hora de la tarde. Abatidos.

—Venga, ahora, cuando se haga de noche (“denoshe”), te pones a contar estrellitas —le decía la Bruja a Morales—. Luego, me cuentas qué tal te ha ido, ¿vale?

Y la Bruja, tras dejar sus gafas sobre el suelo, se echaba a dormir. Y Morales, acurrucado en su esquinita, contemplaba. No al manto negro que ya se adivinaba a través del tragaluz, sino a la Bruja. Y ella lo sabía. Sabía que estaba siendo contemplada como se contemplaba a una obra de arte que debía ser contemplada con suma contemplación. O más bien, admirada. Sabía que estaba siendo admirada como se admiraba a aquella que merecía ser admirada con suma admiración. Y a la Bruja, razón no le faltaba.

Ahí estaba la furtividad. La complicidad. Lo implícito que había en ambos. Algo tácito entre los dos que los dejaría fuera de sí si a alguno se le ocurría nombrar. Pero que tampoco parecía importarle a ninguno. Simplemente, ahí estaba. En las palabras. En los hechos. Morales fumaba esperando algo. *A ver si se da cuenta. Hoy va a ser el día, estoy seguro. Pero, como se dé cuenta ¿qué? Me fumaré otro y ya está.* Entonces la Bruja se despertaba de su cabezada, miraba a Morales, *míralo, no se ha movido ni un pelo, ahí sigue el tío*, abría la claraboya del todo, *pues ahora ya la voy a abrir entera*, se acercaba a Morales y le cogía el cigarro de la boca, porque sabía que Morales se lo permitiría, lo colocaba en la suya y, con la agilidad de un gato, se subía al tejado para volverse a tumbar, *como se te ocurra cerrar por dentro, la tenemos, Manolo Morales*. Y ahora era ella la que fumaba. Ahora se hacía la desentendida. *¿Este cigarro, dices? Mío, de toda la vida, si me lo acabo de encender. Y este, ¿habrá contado alguna estrella? Porque para liar un cigarro así de mal, muy pendiente no ha debido estar. Valiente compinche... ¿Y qué andará haciendo ahora?* Cuando llegaba a ese punto, la Bruja se empezaba a hacer más y más preguntas. Incluso ya intuía algo, hasta el disparate más insospechado e inverosímil

le parecía que tenía todo el sentido del mundo. Era esa concatenación de teorías y suposiciones, ese sincretismo lo que realmente le divertía. Quería comprobar si de verdad conocía a Morales, a sabiendas del riesgo que podía estar corriendo. *¿Y si Morales no fuera sevillano de verdad y finge muy bien el acento? Porque llevamos juntos desde que echamos los dientes, pero ¿por qué me ha seguido hasta aquí este (la Bruja solía llamarle “este”)? Él sabrá. A ver si es que le gusta mi hermana.* Todo esto era algo inmanente en la Bruja. Ni ella sabía por qué llevaba a cabo tan ardua tarea para no sacar ni una conclusión con validez. A veces ella misma se asustaba de la vertiginosidad con que desarrollaba teorías y suposiciones absurdas, pero le asustaba aún más darse cuenta de que quizás no conocía tan bien a Morales como ella creía. Tal vez también le asustaba su posible ignorancia sobre los más oscuros secretos de su amigo, aquello que aguardaba en lo más recóndito de su ser. Sin embargo, Morales tenía la absoluta certeza de conocer a la que le había robado el cigarro. La Bruja cantaba en la ducha, le divertía fumar boca abajo y le gustaba contar las historias más distópicas mientras garabateaba con un boli en el ticket de la compra que había hecho una tarde cualquiera. Algo sí que sabía de ella. Y, precisamente, a Morales le asustaba eso. Conocer muy bien a alguien o solo creer conocerla (o solo querer creer conocerla).

Mientras tanto, Morales seguía postrado en la buhardilla, sin saber muy bien por qué seguía ahí abajo, destinado a la condición de la otredad, dándose lástima de él mismo y de su ocioso deseo y queriendo eludirlo de la forma que fuera. Y para hacerse aún más daño, se asomaba por la claraboya sin levantarse de su cómoda esquinita, consiguiendo un ángulo perfecto. Solo advertía las piernas recogidas y el brazo derecho de su amiga, el cual se iba moviendo de atrás hacia delante para darle una y otra calada a un cigarro que no era suyo. De vez en cuando se acercaba a la buhardilla para intercambiar alguna frase con Morales. Y ahí empezaba a tocar a la puerta de la memoria de Manolo un recuerdo tras otro. Ahora se acordaba de las veces en las que la Bruja había asomado la cabecita por la puerta de su clase. *¡Pero bueno! ¿Qué haces tú aquí? ¿No se supone que tienes clase?* Manolo se aprovechaba de su sitio al lado de la puerta. *Claro, pero me aburría.* La Bruja le hablaba con absoluta normalidad. *¿Y cómo has llegado hasta aquí? Pues andando. Vaya*

*pregunta...* Manolo se desesperaba en este punto. *¡Vete, vete! ¡Cómo te vea la monja!* Ahora Morales, siguiéndole a la Bruja el juego, se preguntaba cómo la monja de turno no había notado su ausencia. *Me voy, Manolo Morales, luego nos vemos.* Y la Bruja besaba la mejilla de Morales y se marchaba. Ya Morales estaría desconcentrado por el resto de la clase.

Ese día, la Bruja se había puesto unos vaqueros cuyo uso saltaba a la vista por el estado de los mismos, por sus dos parches en las rodillas (uno normal y corriente y otro que había recortado de un mantel de su madre) y el dobladillo que ella misma había cogido años atrás y que ya le iba haciendo falta un retoque, un retoquito, como decía ella. Además, en el bolsillo derecho de la parte trasera había un bordado que Morales conocía perfectamente. Él mismo, hacía ya algún tiempo, le había bordado su nombre con su propia caligrafía, nada uniforme y despreocupada, en hilo blanco. La Bruja le había enseñado a bordar durante una tarde lluviosa en la que no tenía a nadie más a quien molestar. Le enseñó cómo hacer una puntada que ella misma se inventó y, cuando consideró que Morales se había enterado bien de cómo hacerla, propuso que cada uno hiciera un bordado para regalárselo al otro, como prueba (y ya puestos, pensó la Bruja, *se le podría ocurrir a Morales bordar una florecita en una servilleta y así no tengo que preocuparme este año por el Día de la Madre*). Y se arrepintió de ello. *¡Pero Morales! ¿Cómo se te ocurre?* (Corriendo por los pasillos de la casa con los vaqueros en las manos) *¿Tú lo ves normal? ¿Lo ves medio normal?* (Cuando por fin llega a él empieza a sacudir los pantalones frente a Morales) *¡Con la poca gente que me conoce por mi nombre! ¡Y te aseguro que no le interesa a nadie! ¡Ahora no tengo escapatoria!* (Morales empieza a reírse). *Bueno, chiquilla, pues si tan poco te han gustado, procura combinar los vaqueros con una camiseta que te quede larga, ya ves tú el problema.* (Morales sigue riéndose, y aún más cuando ve a la Bruja con los ojos a punto de salir de sus órbitas) *¿Procura? ¿Que procure, dice... ¡Procura tú, Manolo Morales* (dice su nombre y apellido, porque sabe cómo le molesta), *que como yo encuentre tus vaqueros los prendo fuego! Cómo has podido... ¡Cómo has podido!*

A Morales le sobrecogía el punto al que podía llegar su amiga por cosas tan sencillas, como unos vaqueros antiguos. Como cuando estuvo más

de una semana pensando y sufriendo por la soledad de los números primos. Sin embargo, Morales decía para sí, “es que es muy barroca, ya se le pasará”. Tampoco tenía intención de que ella cambiara. ¿Para qué? Morales estaba convencido de que cada uno es como es, y eso es inamovible. La barroca no puede dejar de ser barroca. Es como cuando uno intenta falsificar la letra de su madre para que le autorice a hacer algo o enviar una carta comprometida a la vecina para gastarle una broma. Va letra por letra, imitándolas con sumo cuidado. Va por la tercera frase y se cree un experto en esto, la ‘n’ la ha clavado, la ‘y’ es imposible distinguirla de la original y la ‘h’ es idéntica a la de su madre. Hasta que llega la ‘j’ y hace el punto más hacia arriba que el original. Todo lo que ha hecho se resume en ese fallito. Morales creía en esto. No podemos escapar de quienes somos. Y, cómo le dolía a Morales esta filosofía barata que él mismo había inventado basándose en letras y en el arte barroco.

Entonces, Morales reunía el valor suficiente para levantarse de su esquinita, colarse por la claraboya y sentarse al lado de la Bruja. Morales hacía el esfuerzo de mantener la mirada al frente, permitiéndose solo mirar de reojo y con pena al cigarro que hacía menos de quince minutos era suyo y a quien ahora lo sostenía entre sus dedos.

—¿Qué haces? —decía Morales de pronto.

—No sé —respondía la Bruja, dándole toquecitos al cigarro para quitarle la ceniza—. Fumo esperando algo.

—Te estás fumando uno de los míos.

—¿Uno de tus qué?

—Uno de mis cigarros.

—¿Así que esto es un cigarro, no? —preguntaba la Bruja, mirando a Morales con picardía. La Bruja se divertía vacilando a Morales.

—No, una bici, ¿no le ves las ruedas? —Morales se divertía mucho más vacilando a la Bruja.

—No, la verdad es que no —concluía la Bruja. Sabía que había perdido—. Me estoy fumando uno de los tuyos. Claro que lo sé. —La Bruja sabía que, en realidad, a Morales no le molestaba ese cigarrillo. Ambos permanecían en silencio por un momento que se hacía eterno, un momento en el que

a la Bruja le habría dado tiempo a fumarse otro cigarrillo y a Morales a empujar una bandeja entera de filetes mientras la Bruja lo observaba, criticando la forma en que lo hacía y proponiendo una que según ella sería más sensata.

—¿Qué haces? —decía la Bruja, rompiendo de nuevo el silencio.

—Nada. —Morales ahora sentía la urgencia de continuar hablando—.

¿Estás más delgada, verdad?

Y ahora la Bruja volvía a sospechar. *¿Se está metiendo conmigo, con mi cuerpo? ¿Tendré más estrechas las muñecas? ¿No se estará fijando en mí demasiado?* Partiendo de esta lógica, los cabos se podrían atar solos. Pero la Bruja solo llegaba a preocuparse de si estaba más delgada o no. Por su parte, a Morales le preocupaba lo que la Bruja pudiera pensar de la estupidez que acababa de decir, se reprochaba a sí mismo la impulsividad que le llevaba a no poder permanecer callado cuando eso era lo mejor. En general, a Morales le preocupaba cualquier imagen que la Bruja pudiera tener sobre él.

La Bruja ignoraba ese tipo de comentarios o preguntas que su amigo hacía llevado por los nervios, y esta vez no iba a ser menos.

—Quítate la camiseta —le decía de pronto la Bruja.

—¿Qué?

—Me voy a poner a contar tus lunares —le contestaba con total naturalidad sentándose detrás de Morales y devolviéndole su cigarro—. Ya que no me has contado las estrellas. ¿Has visto la diferencia entre tú y yo, no?

—Desde luego. —Morales se quitaba la camiseta sin rechistar y se la entregaba a la Bruja, que la doblaba muy bien doblada y, sentada con las piernas cruzadas como una india, contemplaba la espalda de su amigo. Se llevó una gran decepción, pues no había tantos lunares como se esperaba, pero los suficientes como para estar entretenida un rato.

—Pensaba que tenías más —decía la Bruja recogiendo el pelo en una coleta muy mal hecha.

—Ya —respondía Morales más distraído de lo que le hubiera gustado. Morales, sintiendo los toquecitos que daba la Bruja en su espalda con sus dedos, se preguntaba si no había más chicas en el barrio. O incluso en la ciudad. Si era la única. Si no había ninguna por ahí diferente a la Bruja. Y tal vez ahí

estaba el problema. No le interesaba nada que no se le pareciera a la Bruja. De pronto, se acordaba de las tardes que pasaban con el resto del grupo y de las chicas que pertenecían a él. Luego se daba cuenta de que no recordaba a muchas, *eso es porque siempre estabas pendiente de una en concreto* (se decía a sí mismo), pero de las pocas de las que se acordaba nunca le llamó la atención ninguna. Porque no había ninguna como ella. Y eso es lo que a Morales le gustaba, pero lo que hacía que se odiara a sí mismo.

—¿En qué piensas, Manolito? —preguntaba la Bruja mientras llevaba a cabo su ardua tarea.

—En que tienes las manos frías y probablemente sucias —Morales esperaba haber sonado convincente.

—No te encorves tanto, que no llego a los de los hombros.

—Serás cómica —A Morales le era imposible no reírse, por mucho que la odiara en ese momento. Y es que con la Bruja era así. A pesar de lo mal que podía llegar a portarse con Morales, este nunca la bajaba de su pedestal, y en el fondo ella se lo agradecía. Le importaba todo lo más mínimo. Era contestona, despistada, orgullosa, indolente. Podía incluso asesinar a la vecina de la calle de al lado, que a Morales no le hubiera importado. Era su brujita.

—Ya está.

—¿Y cuántos has contado?

—La verdad es que he perdido la cuenta nada más empezar.

Y Morales se tenía que reír. Qué iba a hacer si no.

Llegaba un punto de la noche en que Morales bajaba otra vez a la buhardilla tras ser avisado por la Bruja, con un dedo levantado, de que si cerraba por dentro iría a su cuarto de noche a tirarle de los pies, buscaba el libro que había empezado hacía un tiempo y subía de nuevo, se acomodaba un poco más cerca de la Bruja que antes y abría su libro. No utilizaba marcapáginas, pero tenía muy buena memoria y se acordaba perfectamente de por dónde había dejado la historia que ahora tenía entre manos. Qué habrían estado haciendo los personajes de ese libro mientras que nadie lo leía. Y qué les ocurría a las palabras cuando nadie leía las frases que formaban. Cuando ya estaba en la

posición perfecta, las palabras le inundaban y se sentía como en casa. Como pocas veces lo hacía.

—¿No es el que te prestó mi hermana? —decía la Bruja mirando de reojo la portada del libro.

—Probablemente.

—¿Y de qué trata?

—¿No tienes nada más que hacer? —preguntaba ya levantando la vista de su libro.

—¿Es de misterio? ¿Romance? —se empeñaba la Bruja.

—¿Por qué te importa tanto? —soltaba Morales, pues a la Bruja jamás le había interesado tanto un montón de hojas escritas y encuadernadas entre una portada y contraportada. Y mucho menos lo que hacía Morales.

—Pues sí que me importa.

Y es que Morales no podía resistirse. No podía darse el lujo de decirle a la Bruja que no. Entonces cedía, como siempre acababa haciendo, y le explicaba el tema del libro como el que le explica el funcionamiento de una cafetera a una niña curiosa.

—Trata sobre cuatro hermanas, bastante pobres, y de cómo cada una va creciendo y madurando. Es más o menos lo que he leído hasta ahora.

—¿Y qué pasa con ellas?

—Aún no lo sé. Podrías leerte el libro. Se titula *Mujercitas*, averígualo tú misma.

—No quiero leer un libro —Ahora la Bruja miraba directamente y sin vergüenza a Morales—. ¿Por qué no me lo lees tú?

—¿Qué? —Ahí estaba de nuevo. La Bruja jugaba con Morales y este quedaba maravillado por cómo lo hacía—. A veces no te entiendo —¿Cómo unos cinco segundos podían parecerle una eternidad a dos pares de ojos que en ese momento estaban descubriendo algo mientras se miraban como si nada más existiera en el mundo?—. Si eso es lo que quieres, allá voy —decía finalmente Morales, encantado—. Me encantaría saber qué pasa por tu cabeza.

—Espero que tengas una buena entonación.

Y a Morales sí que le hubiera gustado entender más de una cosa. ¿Estaría para siempre destinado a la condición de la otredad? ¿Entendería algún

día a la Bruja? ¿Llegaría alguna vez a desencantarse de ella? ¿Había sido hechizado? ¿Quería la Bruja a Morales tanto como Morales la quería a ella? Ojalá lo hubiera sabido.

Sin embargo, hoy parece que todo va a ser diferente. Hoy parece que las cosas van a cambiar. Y la Bruja lo presiente, por ello se ha puesto sus mejores galas. Se ha mirado al espejo, se ha metido el pelo detrás de la oreja y ha salido de su casa. En este punto de la vida, su padre ya no está y a su madre no le quedan ni fuerzas ni ganas de preguntarle adónde va. La Bruja cree que ha perdido la cabeza. Y ella misma también. En esa casa, al fin y al cabo, todos están locos. O, por una cosa u otra, han acabado así. Antes de salir por la puerta de su casa y recordar las regañinas que se ha ganado de sus padres en ese mismo lugar, va hacia la salita y se despide de su madre con un abrazo. Y aquí paz y en el cielo gloria.

Va caminando casi dando brincos de lo contenta que está hoy. El camino se lo sabe de sobra. Al doblar la primera esquina, se pregunta cuántas veces ha podido hacer esa misma ruta. En el último cruce de esa calle, se pregunta si, después de toda una vida siendo más que bien recibida, hoy no lo va a ser tanto. Al llegar al otro lado de la acera, empieza a preocuparse de si verdaderamente hay alguien esperándola. En la siguiente esquina, *¿Me he dejado la plancha encendida?*, intenta hacer la cuenta de los años que han pasado. Al llegar a la siguiente calle, sabe que no hay vuelta atrás. Conoce la calle de memoria, cuál es cada casa e incluso podría decir de quién es cada una. Cuando lleva la mitad de la calle, se baja de la acera y continúa su camino por la carretera. Muy mala suerte tiene que tener para que le atropelle un coche en un callejón sin salida. Al pensar en esto se ríe y recuerda las veces que se lo ha dicho a Manolo, que siempre permanecía en la acera. Ahora, la Bruja, a la que le quedan cinco casas para llegar al final de la calle, se pregunta si Morales sigue sin pisar la carretera. *¿Y si viene un coche, qué? (decía Manolo al ver a la Bruja caminar por la carretera). Ríete de mí, es lo mejor que puedes hacer.* Se pregunta si de verdad tenía razón. Si ella era más valiente que él o si la temeridad formaba parte de la idiosincrasia de su amistad. De lo que había entre ellos. Ni siquiera la Bruja sabe qué era lo que compartían. Tal vez sea esa misma pregunta la que la ha traído hasta el final de esta calle.

Por fin, sube de nuevo a la acera y permanece de pie frente a la casa. Se refleja en la ventana de la casa de al lado para ver cómo tiene el pelo y duda en llamar a la puerta. Ahora se arrepiente de haber venido. Se arrepiente de tantas cosas. La mayoría se culparía de no haber intentado mantener el contacto, o por no haber felicitado la Navidad ni el cumpleaños. La Bruja, sin embargo, se culpaba del tiempo que pasaron juntos. De no haber sido con Manolo mejor amiga. De no haber entendido en su momento las intenciones de su amigo. De que sus sentimientos ahora se correspondan con los de Morales de hace años.

Antes de que llame a la puerta, la Bruja cruza los dedos detrás de la espalda. Llama a la puerta con tres toquitos y uno último más sórdido que los anteriores. Cruza los dedos con más fuerza, porque espera que Morales siga sintiendo lo mismo.

Y si no lo hace, lo entenderá.

La Bruja escucha unos pasos y hace una cuenta atrás. Tres, dos, uno.

—Siempre igual —dice la Bruja, pues sabe que los pasos se han quedado tras la puerta, que todavía no se ha abierto. Y que no se va a abrir.

*No me extraña. Ahora estará observándome a través de la mirilla. Seguro que se está riendo.*

Y con las mismas, la Bruja se da la vuelta, vuelve a reflejarse en la casa de al lado, y se marcha. Se baja de la acera a la carretera y empieza a caminar. No sabe adónde, pero se va. Cuando va por la mitad de la calle, se da la vuelta y observa la casa. Es como si la estuviera viendo por dentro, cada habitación y cada uno de los que viven allí, agolpándose a una velocidad vertiginosa todos los recuerdos que creó esa casa. A veces, la Bruja se sorprende a sí misma de su retentiva, algo que a Morales lo tenía maravillas. *¿Cómo te acuerdas de eso? Me lo dijiste hace cuarenta y siete días en la parte de atrás a la derecha de tu tejado.* Por eso quiere irse. No quiere recordar los hechos de hoy. Se debate

entre volver a llamar a la puerta o marcharse, pero sabe que si lo hace, será definitiva esa ida. Y así es, porque continúa caminando hacia adelante, con paso firme. Diría que va hasta contenta. Incluso se ríe de sí misma, pues sabe que ha sido una tontería, una estupidez supina.

—Siempre igual, siempre igual.

La Bruja, incrédula y convencida de que esto debe ser mentira, e incluso algo molesta porque ya estaba a punto de salir de la calle, se da la vuelta. No quiere creérselo, pero Manolo Morales está asomando la cabeza por la puerta de su casa de una forma muy graciosa. Ni siquiera la mira directamente, solo por debajo de las greñas del flequillo. La Bruja no puede evitarlo y se ríe como el que se ríe cuando le han hecho una broma pesada.

—Casi me lo creo, Manolito —dice avanzando de nuevo hacia la casa. Esta vez, ni se preocupa de reparar en su apariencia en el reflejo de la casa de al lado, pero tampoco en mirar a los ojos a su viejo amigo—. Casi me creo que me habías olvidado.

—Veintisiete lunares.

—Al final las hermanas de aquel libro fueron felices. Cada una a su manera.

—¿Quieres pasar?

—No has cambiado apenas —La Bruja ya está entrando a la casa, se la conoce de memoria.

Y el tiempo no parece haber pasado. Era como si desde la última vez que se vieron hasta hoy el tiempo hubiera estado en pausa. Pero por supuesto que no había sido así.

Al entrar en casa no se dejan caer en el sofá como dos viejos amigos que ahora se sienten dos extraños, hablan del trabajo y los niños, ni van a la cocina para que Morales le invite a la Bruja a una cervecita mientras ella le pregunta si la cocina está igual que siempre o es cosa suya. Porque ninguno tiene un trabajo o niños ni a Morales le quedan cervezas en la nevera. Lo que hacen es dar un salto al pasado. Hacer su ritual de siempre. Suben las escaleras, que ahora a la

Bruja le resultan muy angostas. *¿He engordado o esto está más estrecho?*, Morales casi puede escuchar lo que le preocupa a la Bruja ahora, llegan a la buhardilla y ambos se detienen en seco. Observan en silencio la claraboya, luego se miran el uno al otro y luego a la claraboya otra vez. Morales la abre. *Manolito, ¿de verdad crees que cabemos por ahí?* Manolo, resuelto y ligero como un gato, se cuela sin ninguna dificultad por el agujero del techo y se sienta en el tejado. *Estaba el señor...*, empieza a tararear la Bruja, *Don Gato...* La Bruja y Manolo se observan con complicidad mientras ella sigue cantando *sentadito en su tejado marramiau, miau, miau, miau...* continúa la Bruja mirando a Morales con ojos pedigüños *sentadito en su tejado* termina cantando Morales. La Bruja se ríe. Se tiene que reír. Y se vuelve a reír. Le parece todo tan ridículamente patético y cómico. Morales, desde arriba, le alarga el brazo a la Bruja y, de un tirón, ayuda a la Bruja a subir por primera vez en su vida. Ella siempre ha sido más ágil que Morales pero, al sentarse a su lado, esta vez incluso tiene que coger aire, porque de la risa y el salto está asfixiada. Ya está atardeciendo, y parece que el cielo se ha puesto también sus mejores galas para recibir estos dos pares de ojos que lo observan obnubilados. Para recibir este reencuentro que hasta el cielo ansiaba.

En lo que tarda en ponerse el sol, la Bruja y Morales no se dicen nada. Ninguno se atreve. Solo intercambian miradas furtivas el uno con el otro.

—Qué buen día ha hecho hoy —se le escapa a Morales.

—Hablar del tiempo es lo típico que hacen las personas cuando están incómodas —anota la Bruja—. Este tejado ya no es lo que era.

—¿No? La claraboya es la misma de siempre —dice Morales acordándose de la llegada tanto desmañada como inusual al tejado que ha tenido la Bruja.

Por primera vez, se miran el uno al otro y se ríen. Nada ha cambiado, y ambos lo agradecen tanto. Hablan de todo, de los líos en que se han metido cada uno, de las alegrías que cada uno ha vivido, de sus problemas, de sus viajes, de sus amores y desamores, de la vida. Y, como si de una sola persona se tratara, ambos desean haber podido compartir todos esos momentos, como siempre habían hecho.

- Siempre me ha gustado este sitio —dice de pronto la Bruja.
- ¿Te gusta o simplemente es donde hemos venido siempre?
- Me gusta de verdad.

Los recuerdos llegan todos de golpe, se cuelan en sus cabezas sin compasión ninguna.

- Había muchas cosas que me gustaban entonces. Pero me he dado cuenta ahora —dice girando la cabeza hacia Morales—. Y es una lástima.
- ¿Es una lástima? —Ambos saben de qué están hablando ahora. Morales la mira ahora a ella, y ella mira al frente de nuevo.
- Sí que me gusta este sitio.
- Y a mí me gustas tú —dice Morales como el que está dando el tiempo.
- ¿Todavía?
- ¿Cómo que todavía?
- ¿Crees que no lo sabía?
- Nunca voy a entenderte.
- Hay cosas que no cambian.

Hacen una pausa. Ninguno de los dos se atreve a mirar al otro, solo se entretienen revisando las grietas del techo. La Bruja, si quisiera, se pondría a contar las tejas que tiene cerca, pero prefiere tirar de la manta.

- ¿Todavía te gusto?
- Todavía.
- Eso es genial.

Por primera vez en sus vidas, parece que todo encaja. Todo parece tener sentido. No hay más que hablar. La Bruja de repente se da cuenta de un lunar que tiene Morales en el párpado derecho. *¿Eso ha estado ahí siempre?* Todo lo que no se han dicho, lo saben. Porque se conocen el uno al otro mejor que a sí mismos.

De pronto, el sol vuelve a salir. *¿Está amaneciendo? ¿No acaba de atardecer?*

—¿Soy yo o está amaneciendo?

—Claro que está amaneciendo.

Efectivamente, está amaneciendo. ¿Está bajando el sol de nuevo? De pronto han entrado por poniente unos nubarrones muy feos y ha caído un buen chaparrón. Ha entrado un fuerte viento que se ha llevado las nubes y la Bruja está escuchando pájaros cantando. Mira al suelo del tejado, ¿sigue Morales a su lado?, cierra los ojos, pues de repente siente el vértigo que no ha sentido nunca y levanta la cabeza otra vez todavía con los ojos cerrados.

La Bruja abre los ojos. Está en la puerta de la casa de Morales. Todavía se nota la ropa y el pelo mojado por la lluvia de hace treinta segundos. La Bruja no tiene ni idea de qué acaba de pasar, pero tampoco le importa.

Sin apenas pensarlo, la Bruja llama a la puerta, impaciente, nerviosa. Escucha ladrar a un perro. *¿Este desde cuándo tiene un perro?* Cuando escucha los ladridos más cerca, nota unos pasos acercarse a la puerta, y una mujer, ya con sus años encima, le abre la puerta con una sonrisa, que desaparece al ver a la Bruja. Reconocería esos ojos hasta en la más oscura de las oscuridades.

—¿Qué necesitas? —le dice la señora de muy mala gana a la Bruja.

—¿Está Morales? —pregunta la Bruja—. Bueno, Manolo. Manuel. ¿Cómo le llama usted, señora?

—Manolo hace tiempo que no está, Blanca. —La madre de Morales es la única a la que la Bruja le consiente que le llame por su nombre—. Blanca, Manolo... Manolo no es el que era... él...

Pero la Bruja ha dejado de escuchar. Aparta a la mujer de la puerta, que va detrás suya como un penitente y ni siquiera intenta detenerla, porque sabe que lo que ocurra ahora será su culpa. Entra en la casa como si fuera suya. Invade la tranquilidad que se palpaba en la salita, la habitación en la que menos tiempo había pasado, y ve a un chico de espaldas leyendo un libro. Le gustaría ser lo suficientemente culta como para saber qué libro es, pero prefiere no quedarse con la duda.

—¿Qué lees?

—¡Blanca! —rogó la madre de Morales.

—No le he caído muy bien a tu madre nunca, ¿a que no?

—Blanca, por favor.

—¿Ese libro es de mi hermana?

—Es de... ¿Louisa May Alcott? Sí, exacto... se llama *Mujercitas*. ¿Y escribe su hermana? ¿Quién es, la conozco? —dice Morales, levantándose de su asiento—. ¿Y a usted? ¿Nos conocemos? —Extiende el brazo—. Soy Manolo, Manolo Morales. ¿Quién es, mamá?

—Blanca, te lo suplico... —dice la mujer, rendida—. No lo hagas más difícil de lo que ya lo hiciste.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Qué está diciendo, señora? —En cualquier otra ocasión, la Bruja hubiera sentido unas ganas inmensas de saber toda la verdad, una curiosidad desbordada. Sin embargo, y por primera vez en su vida, siente todo el miedo del mundo, todo el que no ha sentido en su vida se le agolpa ahora—. ¿Qué he hecho yo?

—¡Que qué has hecho! Tú... —dice mientras lleva a la Bruja al vestíbulo—. ¡Tú, Blanca, tú! ¡Fue por tu culpa, por tu culpa, por tu gran culpa! ¿Para qué le enseñaste a subir al tejado? ¿Para qué lo llevaste contigo! Solo teníais siete años... ¡siete años, y ya eras un bicho, un bicho malo!

—¿Qué pasa con el tejado, señora?

—¡No es el tejado, Blanca, por Dios! —Ahora la madre de Morales mira a la Bruja con frustración, con cansancio, consciente de todo lo que ha dicho, y sabiendo que aun así ya nada va a resolverse—. Es el daño que le hiciste, Blanca.

Y la Bruja lo entiende. Ahora recuerda la noche en casa de Manolo, los lunares de su espalda y el quinto capítulo de *Mujercitas*. La noche en que él confesó aquello que los dos habían evitado toda la vida y las catastróficas consecuencias que ello trajo. Cómo la Bruja intentó reaccionar de la mejor manera posible y, efectivamente, el daño que le acabó haciendo a Morales. *¡Eso es imposible, Morales, déjate de tonterías! ¡No es posible, y si lo fuera, quítate de la cabeza! Pero, yo te quiero, ¡siempre lo he hecho! ¿Cómo no te has dado cuenta, cómo? ¡Cómo no me he dado cuenta! ¡Date cuenta tú que somos amigos,*

*tú y yo llegamos hasta ahí, Manolo! Anda, vete. Vete, por favor.* La vuelta a la buhardilla. El encontronazo con la madre de Morales. El portazo. La vuelta a casa. El encontronazo ahora con su madre. Un pensamiento fugaz en su mente. *¿He cerrado la claraboya por dentro?* La incredulidad. La culpa. El deseo de no haberlo hecho. El orgullo que le impidió volver para verificar la realidad de su error. El olvido.

—Señora, dígame que no cerré la claraboya por dentro —ruega la Bruja—. Dígamelo.

—¿Tú crees que si no hubieras cerrado aquella noche estaríamos hablando de esto ahora, Blanca? —La mujer hace una pausa. Cree que no puede seguir hablando, pero hace un esfuerzo para acabar de una vez con esto. Lleva pensando mucho tiempo en todas las palabras que le gustaría escupir a la culpable de todo. Y sabe exactamente qué decir—. Tú lo sabes mejor que nadie. Es un tercer piso, Blanca. Tú lo hiciste polvo. Y por tu culpa no recuerda ni a su madre.

A la Bruja le hubiera gustado no saber leer entre líneas. No haber sido tan rápida.

A la Bruja le gustaría dar marcha atrás. Pero, como no puede, decide acabar con todo.

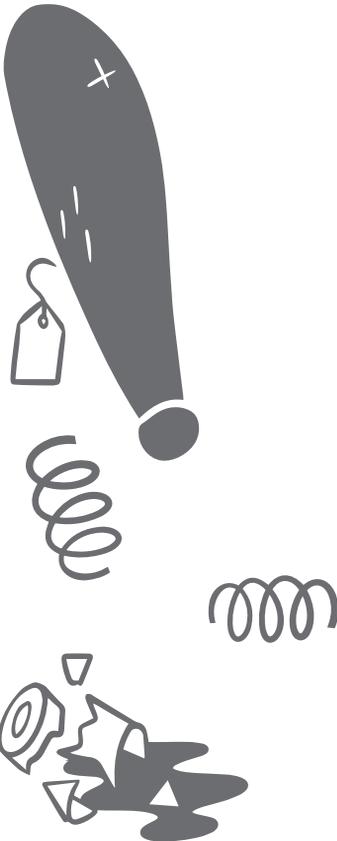
Sale del vestíbulo sin mirar a la mujer y echa un vistazo a Morales. *¿De verdad no eres el mismo? ¡Tienes el lunar del párpado, claro que eres tú! ¿De verdad no recuerdas nada?* Hay tantas cosas que le gustaría decir, que la Bruja podría estallar, pero, por primera vez, decide guardar todas esas cosas para ella. Quiere quedarse con una última imagen del que era su amigo. Él se ha vuelto a sentar y está enfrascado en su libro. Como siempre ha estado. La Bruja podría hacer mil cosas, pero prefiere dejarlo en paz. Por un instante, él la observa.

—¿Nos conocemos? —pregunta él.

—Al final las hermanas de ese libro son felices. Cada una a su manera —la Bruja se ríe hacia dentro.

*No hay más que hablar.* La Bruja repara una última vez en su viejo amigo. Ahora sí, decide irse. Ya ha terminado. Sube por última vez las escaleras, escucha a Morales *Mamá, tu amiga está subiendo, ¿no vas con ella? ¿Os subo luego unos refrescos?*, por cada escalón que deja atrás viene un recuerdo diferente, *por tu culpa, por tu culpa, por tu gran culpa*, esas palabras no se le quitan de la cabeza, recuerda perfectamente hasta el tono de voz que ha usado la madre de Morales, ahora le gustaría no haber utilizado ese recuerdo en el quinto escalón que tiene antes de llegar, en el tercero antes de llegar a la última planta tropieza con la vasta grieta que hay en ella y cuando llega a la buhardilla, no tiene ni que pensar. Se quita los zapatos y los calcetines, abre la claraboya y, de un salto y con más agilidad de la que creía, se sube al tejado. Es la única vez que está sola aquí arriba. Esta tarde corre una brisa estupenda, a la Bruja le hubiera gustado disfrutarla con Morales. *Tal vez él solo descubre este sitio.* Empieza a caminar por el tejado hasta que llega al borde. Se intenta figurar qué sintió Morales aquella noche y, como no puede, prefiere experimentarlo ella misma. Manolo Morales, ese nombre no lo olvidaría nunca. Cuando empieza a caer, se promete a sí misma que si vive, ayudará a Morales a recordar todo. Si no es así, en el cielo estará esperándole.

# RELATO 18-20 años



## CUÁNTAS VIDAS CABEN EN UNA VIDA

**Sara Romero Moreno**  
**Tomares (Sevilla)**  
**RELATO 18-20 (19 años)**

### 1

#### La nieta

La ciudad. 1971.

¿Cuántas vidas caben en una vida? ¿Una, la misma, mutable, dúctil, flexible? ¿Dos quizás, una feliz e inconsciente, la de la tierna infancia y la decrepita vejez, y otra consciente, un camino de lágrimas? ¿Mil? ¿Un millón? ¿Una por cada uno de los segundos que caben en cien años?

Alba no lo sabía, pero esperaba que, al menos, dos. Esperaba que la segunda comenzara en aquel mismo instante, en el momento en el que dejó su bolso sobre el colchón desnudo de su nueva-vieja habitación. Tenía total predisposición a cambiar su vida de antes, y si la metamorfosis no ocurría de forma espontánea, temía tener que tomar medidas. Esa vida tenía que terminar, de una forma u otra.

—Bueno, pues ya está, ¿no?

El padre la miraba desde el marco de la puerta, con las manos en la cintura, balanceándose sobre los talones. Parecía incómodo, con su grueso cuello rojo del esfuerzo, los botones de su camisa tirantes sobre la panza y las llaves del coche ya en la mano, como si estuviera esperando a sus compinches para salir huyendo del banco atracado. Parecía que no podía esperar al momento de irse.

Su trabajo estaba hecho, desde luego. Había cargado las cajas en el coche, había conducido una hora y media hacia la ciudad, había vuelto a sacar las cajas y las había subido los tres tramos de escaleras sin decir una palabra. Toda la vida del padre había consistido en terminar la faena y volver a casa, y parecía ansioso por completar de una vez aquel ciclo vital en el que tan cómodo estaba.

¿Qué más iba a hacer allí? Colocar las cosas, al igual que meterlas en las cajas, era algo que no le correspondía, algo demasiado minucioso para sus grandes manos y su ímpetu varonil. Además, le aterraba lo que pudiera encontrar entre las posesiones de una mujer, y aún más si esta era su hija.

Su hijo mayor, el primogénito, el favorito, estaba estrenando el baño de aquel piso en las afueras de la ciudad, con la puerta abierta, su orina siendo lo único que se oía en toda la estancia. Llevaba proclamando que se meaba encima desde que habían salido del pueblo. Era lo único que había hecho, además de darle la vuelta un par de veces a la cinta de villancicos, hasta que se habían cansado de los peces, las campanas y el niño Jesús. Aún era septiembre.

El hermano salió del baño, oyeron la cisterna, sus pasos, y el grifo de la cocina. Se apoyó en el otro lado del marco de la puerta, bebiéndose el vaso de agua de un tirón. Miró el colchón sin sábanas, las ventanas sin cortinas y las puertas abiertas del armario vacío.

—¿Ya está?

Alba asintió.

—Pues, ¿nos vamos no? Qué menudo camino nos espera...

El hermano también parecía impaciente por irse. Los hombres de su familia nunca habían estado cómodos bajo un techo, uno que no fuera el de tela verde de los toldillos de la plantación a la hora del bocadillo. Eran dema-

siado grandes para la casona del pueblo, y en aquel piso adornado con mal gusto parecían gigantes en una casa de muñecas. A ninguno le había gustado demasiado la ciudad, y Alba tampoco les gustaba tanto como para quedarse más tiempo por ella.

—Si no necesitas nada más... —El padre ya había dado un paso atrás—. Pues sí. Tienes la cabina abajo, llama a tu madre esta noche. ¿Tienes suelto? — Se llevó la mano al bolsillo, pero estaba vacío—. Bueno, que tienes la cabina ahí al lado del portal.

—La he visto.

—Claro. Pues... adiós.

El hermano la despidió de lejos, con un gesto de la mano, y ninguno esperó a que los acompañara a la puerta. El chasquido de la cerradura fue lo último que oyó, sin la cisterna, los pasos, el roce de la ropa y el crujido de las cajas, el piso parecía una tumba. Y no solo por la humedad.

Estaba sola, probablemente por primera vez en toda su vida. Nunca había oído su casa así de silenciosa, nunca había tenido un cuarto para ella sola. Una habitación propia. Pensó que le vendría bien para pensar, pero sabía que no le hacía falta el silencio para disociar y abstraerse, porque si no no habría tenido un solo pensamiento en toda su vida. En realidad, temía al silencio profundo. Porque allí solo estaba ella.

Sabía que su nueva compañera, a la que nunca había visto, ya se había instalado, pues la puerta abierta de su habitación dejaba a la vista una maleta abierta y revuelta. No sabía cuándo volvería, ni cuándo se había ido. Tampoco sabría quién era si se la cruzaba por la calle.

Fue a la cocina a por un cuchillo o unas tijeras para comenzar a abrir cajas. Estaba cansada del viaje, de la mudanza, pero dejar un segundo de espacio para que su pensamiento vagara solo era demasiado peligroso. No quería pensar en que estaba sola en una ciudad enorme —nadie la habría dicho así, pero en comparación con San Lázaro del Riachuelo, su pue-

blo, era Nueva York, Tokio o París—, ni en que tenía un sobre con el dinero justo, si no menos, para subsistir todo el curso, ni en que no sabía cómo llegar a la universidad, y mucho menos, en que su madre no se había despedido de ella.

—¿Y madre? —había preguntado, con el coche ya cargado, su padre haciendo sonar el claxon.

—Comprando —había dicho su hermano, el más pequeño, desde la salita.

No había sido un despiste, porque la madre nunca había tenido ninguno, ni uno solo desde el día de su nacimiento. Había sido un mensaje, o lo que era peor, la falta de uno. A Alba le causaba tremendo pavor convertirse en sus padres, pero lo que más temía sobre todas las cosas era no ser hija de nadie.

No sabía de dónde provenía ese rechazo a sus progenitores. Eran secos, analfabetos a más no poder y no se habían amado ni un segundo de sus veintidós años de matrimonio, pero nada escandaloso que justificara el escalofrío que le daba cada vez que se sentaba a la mesa, el pinchazo en la sien cuando uno de los dos hablaba. Sabía que eran infelices, y los odiaba como se odia a los vecinos leprosos, con compasión, rezando por un mañana diferente. Había hecho el examen de acceso a la universidad y había puesto los pies en polvorosa, esperando que aquella agonía de vivir no se le quedase adherida a la piel. Aquel curso en la ciudad Alba comenzó a sospechar que era algo que iba en la sangre y no en el aire.

La abuela era lo único que sentía que dejaba atrás. La recordaba junto a las sonrisas de su infancia, la fruta en verano y el sonido de la cafetera en invierno, mientras toda la salita se perfumaba con la amargura de aquel brebaje adulto. Pensaba en ella ahora, sentada junto al brasero, dejando caer las horas muertas tras sus pupilas cristalizadas. Antes solía tejer, cocinar, oír la radio. Pero la artrosis, la ceguera, y el oído duro la habían dejado solo para, como ella decía, esperar a la muerte.

Alba sabía que marchándose del pueblo la condenaría, además, a esperar en la soledad más absoluta, y un fin de semana al mes de su compañía no paliaría aquel océano de silencio. Sus hermanos no irían a verla, y las visitas de su madre siempre estaban cargadas de reproches y suspiros.

—Si yo tuviera tu edad también me iría —le dijo en un momento de lucidez. Alba la sacaba a la puerta a tomar la brisa de principios de verano—. Aquí solo quedamos los viejos y los muertos. Por muy moza que seas, en este sitio siempre eres un viejo o un muerto.

A veces Alba no sabía cuál de los dos era.

No vio a su compañera aquel día. No estaba cuando llegó con un par de bolsas de plástico para llenar la mitad del frigorífico, ni mientras metía los zapatos bajo la cama y la poca ropa que tenía en los cajones. La casa estaba fría, y era mucho más grande de lo que le había parecido cuando había ido a verla con su familia. Estaba lejos del centro, tanto que tenía que salir con una hora de antelación si quería llegar a algún sitio, los muebles eran feos y las cañerías sonaban como una tripa monstruosa, pero era lo único que se había podido permitir con sus pocos ahorros y la ayuda de sus padres. Tenía que encontrar pronto un trabajo de tarde porque ese puñado de pesetas no duraría hasta verano, incluso dudaba que pasara el invierno.

En el supermercado había dejado en la balda una llamativa tableta de chocolate por la que había sentido una atracción instantánea. Incluso le habían dolido los dientes de imaginar el dulce derritiéndose en su boca. Pero hubiera sido un lujo innecesario, y Alba nunca había tenido uno de esos. Se habría sentado en su cama —el salón era demasiado frío, territorio de nadie, territorio sin explorar— y al principio habría partido una onza pero habría terminado por comerse toda la tableta, sintiendo la boca viva y el corazón pegajoso. Y no tendría esas monedas en el bolsillo de la chaqueta, con las que iba a llamar a casa. Bajando las escaleras del edificio para ir a la cabina, Alba no podía parar de pensar en la tableta de chocolate.

—Hola —dijo al oír una respiración al otro lado. Quien fuera que había cogido el teléfono, no había dicho nada.

Sintió voces al fondo, demasiado agudas para ser las de sus hermanos, frases demasiado largas para ser las de su madre.

—Hija —respondió su padre, como sorprendido. Como si haber dejado a la niña en la ciudad hubiera significado que no esperaba volver a oírla. Como si lo hubiera deseado.

—¿Y madre?

Lo dijo antes de darse cuenta, y reconoció en seguida que era lo que le había estado quemando la garganta todo el día. Anhelaba un beso de despedida, o un finiquito maternal, pero no ese silencio castigador.

—Tu madre... —silencio—. Con las vecinas. Sí. Han venido.

Aquello era el fin del mundo. Se iba del pueblo y en unas horas aquellas cuatro casuchas se convertían en el mundo de Oz. Su madre nunca había intercambiado una palabra con sus vecinas, y había vuelto la cara a todos sus saludos. ¿O era ella a la que nadie quería acercarse?

—Las está atendiendo porque... —Aquello no ocurría nunca. Su padre no hablaba a no ser que le hicieran una pregunta. Y dos veces seguidas... debía ser histórico—. Mañana enterramos a tu abuela. ¿Vas a venir?

A Alba le anunciaron la muerte de la única persona que la quería en el mundo de la misma forma en la que daban el parte de noticias. Escuetamente y con tono de locutor, su padre le anunció que ya no tenía un solo vínculo sobre la faz de la tierra.

Pensó que había sido ella. Que le había quitado lo único que la hacía seguir siendo una vieja, y había decidido comenzar a ser una muerta. Aun

muchos años después, Alba pensaría que había matado a su abuela. Años después, seguiría odiándose por el alivio que sintió al oírlo.

Aquella noche no cenó. Tampoco durmió. Se quedó tumbada en el colchón sin sábanas, helada de frío pero con una manta a los pies que no tenía fuerzas para extender. Había rechazado ese tren para ir al entierro de su abuela, y sabía que de esa forma había rechazado todos los demás. El amor es lo único que te hace subirte en una bala de metal para volver a casa, y a Alba ya no le quedaba de eso en ningún lugar del mundo. Y lo peor de todo es que le gustó la sensación. Ser nieta era lo único que le ataba a ser hija, a ser hermana, a ser del pueblo, y ya no lo era. Ya podía ser cualquier otra cosa, aunque no era tan fácil como lo había previsto.

Se llevó toda la noche mirando al techo, preguntándose quién era en la oscuridad, sin los pies hundidos en la tierra y las manos congeladas. Era algo que se le arremolinaba en la barriga ante el perfume, los dedos en los márgenes de los libros y el talón movedizo hechizado por una canción. Pero sin perfumes, sin libros, sin canciones... ¿Era tiempo? ¿El tiempo era algo? ¿Dónde estaba? Podía estar allí, todo arremolinado en esa habitación con ventana al patio de vecinos, o podía estar dentro de ella. Podía no estar en ninguna parte.

Cuando la puerta de la calle se abrió de madrugada y oyó los danzarineros pasos ebrios de su compañera, pensó que era su abuela, que venía para llevársela. Pero ella ya no tenía abuela.

No era nieta. No era nada.

## 2

### La amante

Alba supo que era lesbiana el mismo día que tuvo a un hombre encima por primera vez, aunque nunca hubiera escuchado esa palabra, y nunca hubiera besado a una mujer. Lo supo porque aquel vaivén que se le hizo pe-

gajoso, incómodo y largo no se parecía a la explosión luminosa que Montse, la chica con la que llevaba un mes compartiendo piso, había descrito.

En aquel apartamento lleno de humo, con la bandera soviética colgada en la pared del fondo y un centenar de latas de cerveza repartidas por el suelo, había decidido que irse con Raúl, que hablaba alto, tenía botas de cuero como los Rolling Stones, y siempre que la veía le pasaba un brazo por la cintura, sería una forma de encontrar en un hombre esos calores de los que había hablado con Montse.

—Tía, pues no sé, no es tan difícil. Te la mete y poco más.

Alba no comprendía la relación lógica entre ese “y poco más” con los fuegos artificiales que había descrito, con los gritos que escuchaba cuando su compañera hacía el amor en el cuarto contiguo y ella solo podía apretarse las manos frías y esperar en silencio a que parara, preguntándose si era la única muerta entre los vivos que la rodeaban. No será lo mismo oírlo que vivirlo, eso era lo que se decía, así que en aquella reunión clandestina de las Juventudes Comunistas Universitarias, se fue con el que menos repulsión le provocaba.

Ella no era comunista —no era nada— y nunca había pensado en política. En su casa la radio solo se encendía en horario de fútbol, y en el colegio había mantenido la mirada con el retrato del Caudillo encima de la pizarra. Que hubiera más era algo que nunca se le había pasado por la cabeza. No en el presente. No fuera de esos monstruos rojos de los que hablaban los libros de Historia del colegio.

Por eso cuando Montse la invitó a una “reunión de amigos”, y un chico desgarbado colgó una bandera roja con una hoz y un martillo tapando la televisión, se le cogió un nudo en la garganta. No entendía del todo de qué iba todo aquello, pero la ilegalidad estaba escrita en cada gesto de los presentes. Si una redada policial hubiera entrado en ese apartamento en aquel otoño de 1971, todos hubieran acabado en el cuartelillo.

Había pasado un mes desde su mudanza a la ciudad, y ahora su vida apenas parecía la misma a la de antes. Iba a reuniones ilegales, cogía un bus cada día y leía sobre su cama las aburridas lecturas de la universidad apurando los cigarrillos que Montse le regalaba. Pero en conjunto, no sumaba nada nuevo porque ella seguía siendo la misma. Había cambiado el escenario, el telón de fondo, los entremeses, pero la trama seguía siendo vacía.

Por eso perdió la virginidad aquella noche, buscando ese “algo” sustancial que no fuera un mero decorado.

—¿Nunca? —se había sorprendido Montse. Era directa, hermosa. Esos eran los dos primeros pensamientos que había tenido Alba sobre ella. Parecía una actriz de Hollywood venida a menos, y hablaba como un pirata remilgado—. ¿Ni tú sola?

—¿Yo sola?

—Sola. Contra el colchón, con la mano... —Le daba caladas al cigarro, su primer cigarro compartido, como si hablaran de un programa de la televisión, de qué habían hecho aquel día. Alba nunca había hablado de sexo con nadie. Solo lo había oído en los términos incomprensibles de una enseñanza pudorosa y en los gritos de los chicos cuando querían ser hombres—. Ya sabes —sonrió—, cuando te vienen *los calores*.

Sí que conocía los calores. Conocía la habitación oscura, las tardes lánguidas de verano, el nudo en la garganta y las piernas entreabiertas. Nunca habían llegado a más de un vergonzoso instante, nunca había pensado que pudiera enseñárselos a alguien.

—Sí, claro —dijo cuando Raúl le preguntó, desabrochándose el cinturón, si lo había hecho alguna vez.

—Mejor.

Pero Alba tampoco encontró nada en el sexo. En el sexo con él, al menos. Cuando salió de la habitación no estaba confusa, solo preocupada. Había sabido que era una búsqueda vacua desde que había sentido el bigote

de él sobre su labio superior. Conocía los calores, sonreía al oír cuando una de sus compañeras de clase o del Partido hablaba de un muchacho porque se reconocía en sus anhelos. Sentía *los calores*, pero los tenía desubicados. Alba no era estúpida, y su infancia silenciosa la había hecho una gran observadora. Tenía en su mente todos los puntos, pero le aterraba unirlos.

Salió al balcón porque no quería tener que fingir una sonrisa cómplice para Raúl ni inventarse una historia para Montse. Hacía frío en aquella ciudad, y el viento le raspó el tramo de muslo que dejaba ver su falda (las acortaba para las reuniones, las descosía para ir a la universidad), pero agradeció aquella sensación contraria a la olla a presión que había sido el cuarto maloliente de a-saber-quién.

—Habéis sido la comidilla de todos durante estos... ¿diez minutos?

Apoyada en la barandilla, con un cigarro en la mano y una cerveza en la otra, Luisa miraba el cenador del bar de la calle. Alba no alcanzaba a verle la cara entre sus rizos negros.

—No me lo esperaba —añadió ante el silencio.

—No me conoces.

Ella tampoco la conocía. Solo sabía que se llamaba Luisa, que fumaba como un carretero y que hablaba poco, pero sentenciosamente. No había estado en todas las reuniones, y se iba rápido de aquellas a las que asistía. Pero todo el mundo callaba para escucharla.

—Tienes razón. —Se dio la vuelta para mirarla, con la espalda apoyada en los hierros—. ¿Y qué tal? Todas dicen que Raúl es un Adonis, pero solo es un zoquete con un poco de labia.

—¿Tiene que ver una cosa con la otra?

Alba se encontró mirando la sonrisa de Luisa alrededor del cigarro. La respuesta tardó en llegar. Un pasillo que separaba el salón y la terraza amortiguaba las voces, y aquel balconcito le pareció un universo diferente.

—¿Entonces qué? ¿Es un Adonis? —Alba se quedó en silencio ante sus cejas alzadas, sin poder encontrar una forma convincente de mentirle a esa desconocida. Luisa sonrió, el cigarrillo se meció en su labio inferior—. Eso pensaba.

—¿Me das un cigarro? —pidió, interpretando sus miradas a su boca como adicción a la nicotina. Tenía los dedos congelados.

—Claro.

Luisa dio una última calada a la colilla antes de tirarla hacia la calle, dar un paso hacia delante, agarrar su cara y, tortuosamente despacio, pasar el humo entre sus labios. Cuando Alba abrió los ojos se topó con una sonrisa victoriosa. ¿Cómo no? Alba había sido completamente derrotada. Había cerrado los ojos, había abierto la boca y se había abandonado a un beso que nunca había existido. Una humillación.

—Lo sabía —fue lo único que dijo Luisa, esquivando su cuerpo para salir. Le puso la lata de cerveza en la mano y se metió las manos en los bolsillos.

A Alba no le dio tiempo a ofenderse, porque aquella afirmación había erizado cada milímetro de su piel. Luisa lo había visto de alguna manera, o escrito en su nariz, o brillante en su caminar, o palpable en sus silencios. Y si Luisa había podido, los demás también.

—¿Cómo? —preguntó. La voz le salió en un hilo. Pensó si era aquella la primera vez que hablaba sin planificar sus palabras desde que había llegado a la ciudad.

—Se sabe, y ya está. Ya aprenderás.

Alba se acostó aquella madrugada completamente aterrorizada y confusa. Una desconocida había visto su alma brillando en luces de neón, y no podía parar de preguntarse cuántas más cosas habría adivinado. En su indefensión, esperó que no hubiera visto el vacío. Esperó que no hubiera visto el alivio que sintió ante la muerte, que la esperaba de nuevo. Que no hubiera visto el terror.

Aun así, no pudo parar de pensar en cómo sus dedos cálidos le habían quemado las mejillas. Aquella noche Alba sintió los calores, y por primera vez, los entendió.

Aquel invierno de 1971 aprendió a ver a lo que Luisa se había referido. Cuando conoces la existencia de algo, de repente se hace evidente ante tus ojos. Comenzó a ver los anillos en los pulgares, las lunas llenas, las sonrisas tímidas y a las chicas que salían de la biblioteca con Bodas de sangre bajo el brazo. Descubrió que no era difícil, y descubrió que lo odiaba. Desde Luisa, temía que un par de palabras y el fantasma de un beso fueran todo lo que hacía falta para ver que era un cuerpo sin alma.

Por eso, como hubiera dicho Montse, comenzó a follar con señoritas, a faltar a clase y a comprar tabaco. Los cigarrillos entre los dedos evitaban que se comiera las uñas, ir a clase le parecía vacío y aburrido, una panda de catedráticos retroalimentándose con conocimientos vacíos que no le interesaban a nadie. Encontraba alivio en el desprecio de las señoritas.

Una chica como Luisa la hubiera invitado a quedarse. Una chica como Luisa, tal vez y solo tal vez, le hubiera señalado en su techo todos los secretos del universo que estaban ahí para ella, pero no podía —o no quería— ver.

Pero las señoritas no. Alba nunca las invitaba a su apartamento (¿a dónde iba a huir en caso de que la existencia comenzara a ser demasiado?), decía que porque Montse siempre estaba allí (Montse dormía una noche de cada tres en su cama), así que las señoritas, muy formales, muy franquistas, la llevaban a sus casas a las afueras y le pagaban el autobús de vuelta. Una rápida presentación a la madre —los padres nunca estaban— y una correría escaleras arriba. La cómoda bloqueando la puerta y unas manos ávidas subiendo su falda. Sabía que una chica como Luisa —que Luisa— le habría sonreído, que hubiera pasado la lengua por sus labios, pero estas señoritas apenas la miraban a los ojos. Muchas veces llegaba al orgasmo (no tantas) manteniéndoles la mirada a las fotografías de sus novios en las mesillas de noche. Muchas veces pensaba en ese beso que nunca fue.

No necesitaba ser nada, más que amante, para ese sexo vestido y calzado, y ser amante, sin amar, era muy fácil.

### 3 La viuda

La primera vez que Luisa la besó, si algo la retuvo de declararle amor eterno, fue aquel olor a cerrado clavado en el fondo de su nariz. Desde aquel primer beso, supo de la tragedia, supo del destino, de ese *fatum* que se le anunciaba y del que no podía escapar. De alguna manera, lo supo.

Aun así, en cuanto, enferma de amor, probó aquel veneno, fue incapaz de alejarse. Su vacío parecía desaparecer cuando lo rodeaba de algo tan inmenso.

Alba enviudó mucho antes de que Luisa muriera. Luisa, que gritaba, se pintaba los labios de negro y llevaba cerillas, porque no puedes tirar un mechero a un reguero de gasolina, era más, mucho más que aquel Aquiles deseoso de morir por la posteridad. Luisa moriría joven, y eso era algo que llevaba escrito en la frente.

Alba estaba segura de que ella también se había dado cuenta. Se enfrentaba al final, cercano pero insondable, con una pasmosa tranquilidad.

—Me hubiera gustado casarme —decía en subjuntivo, en la ensoñación de lo imposible.

—¿Tú? —preguntaba Alba. Desnudas bajo las sábanas, con la puerta atrancada, la muerte parecía jugar sola al escondite entre los muebles. Eso le parecía a Alba.

—¿No me pega?

—No. Odias el matrimonio.

—Quiero ser digna de odio. Y no darme cuenta.

Había ocasiones en las que los ojos de Luisa se abrían cubiertos de bruma y Alba sabía que no estaba realmente allí, ni en ningún otro lugar.

—Quiero dejar de estar despierta, Alba —decía—. Ni ver ni oír. Quiero que el mundo me parezca hermoso.

—El mundo no es hermoso.

—No me puedes venir con eso, estudias literatura.

—Por eso mismo lo digo.

Alba nunca había ido a una manifestación, pero sabía que Luisa siempre estaba en primera fila. Sabía que se pasaba las noches en vela escribiendo manifiestos y que guardaba un centenar de panfletos ilegales bajo las sábanas. Sabía que de niña la habían expulsado de dos colegios, de dos institutos, y de su propia casa, con una maleta en la mano y un insulto en los oídos. Luisa era lo más parecido a la revolución que había conocido, pero nunca imaginó que la revolución fuera a parecer tan cansada.

—A veces pienso que es para nada —decía también—. Es salvaje, este mundo. Más de lo que nos gusta creer. Al final la pirámide seguirá intacta, solo nos habremos movido de escalón. Y yo no me libro, eh, soy como todos los demás. Pero en esta vida me ha tocado estar muy abajo, así que no tengo otra opción —La miraba, y era como si volviera en sí—. Pero, oh, Alba, mataría por ser como ellos.

—¿Para qué? Es lo mismo, ¿no? De una manera o de otra, todos acabamos igual. Tú lo has dicho. *Como todos los demás*.

A veces Luisa se quedaba mirándola un rato, como aquella primera noche en el balcón, como si supiera cosas que ni la propia Alba sabía.

—Tú eres menos *como todos los demás* que nadie.

Y Alba callaba. Porque era algo que llevaba sabiendo desde niña. Porque sabía que era un halago en la boca de Luisa pero para ella era una condena. Pensaba que Luisa y ella eran parecidas, que las dos estaban despiertas en

un mundo adormilado. Pero Luisa era una supernova y ella un trozo de papel arrugado. Luisa se dolía del mundo en el que explotaba, y ella se perdía en sus propias aristas.

Alba no conocía a ninguna persona que no le pareciera desesperadamente desgraciada, pero nadie parecía darse cuenta.

Nunca le habló a Luisa de las señoritas. No hizo falta, porque entre el ridículo titubeo del balcón y la avidez de su primer beso habían pasado un centenar de noches, y no hacía falta leer mentes para saber eso. Pero la verdadera razón por la que no soltó prenda fue porque Luisa nunca preguntó, porque no le importaba. Estaba tan segura de su existencia y del lugar donde pisaban sus zapatos que un par de niñas ricas no harían que su figura se difuminase. Alba sentía que se quedaba sin aire cuando imaginaba a Luisa con otra mujer. Aferrarse a sus cabellos, a las tiras de su piel y a la pata de su cama era lo único que la hacía quedarse en este mundo. A veces sentía que si no se agarraba con fuerza flotaría a la deriva como un globo.

Por eso comenzó a amontonar libros revolucionarios en el cajón de las bragas, a pintar sábanas con pintura de espray en el sótano de la facultad y a acudir a los mítines ilegales. La rabia se contagia rápido y fácilmente entre los jóvenes, y los últimos compases de aquella dictadura moribunda fueron como una olla a presión.

—¿Te veo mañana? —preguntó Luisa moviendo la cómoda sigilosamente para poder abrir la puerta. Aquello se había convertido más en una tradición que en una necesidad. Montse no era estúpida. Ni sorda. Nunca dijo nada al respecto, pero siempre que Luisa se iba se asomaba a la habitación de Alba para pedirle un cigarro, una bandera blanca que Alba siempre agradeció.

—Frente al ayuntamiento —afirmó Alba, con la espalda apoyada en el armario y los brazos cruzados sobre el estómago.

Luisa sonrió y abrió la boca como para decir algo. Esas palabras no llegaron a hacer vibrar el aire porque prefirió besarla, pero Alba lo supo. Se

tragó aquel *te quiero*, lo sintió quemarle la lengua en su beso, rasparle la garganta y revolver su estómago.

Fue el beso más trágico de la historia, porque, como suele pasar, ninguna supo que sería el último.

En la manifestación, la policía estuvo antes que los gritos. Presenciaron en silencio los de protesta, y causaron los de pánico. Se escuchó el primer disparo y aquella marea estudiantil se convirtió en un rebaño de ovejas asustadas dispersándose por toda la avenida, pisándose unos a otros y con los ojos enloquecidos.

Luisa murió con dignidad. No llegó al hospital. Su conciencia ni siquiera llegó al suelo. La bala, la más certera, atravesó el panfleto que sujetaba contra el pecho de la misma forma en la que atravesó su corazón. La mataron como matan los cobardes: desde lejos y en una noche sin luna.

Alba abrazó aquel cuerpo ya sin vida sin soltar una lágrima. Se manchó las manos de su sangre en su salida del mundo como la partera se las manchó en su llegada a él. A este mundo no le había dado tiempo a devolverle todo lo que Luisa le había regalado.

Era la segunda vez en la vida de aquella autoproclamada inexistencia en la que su única certeza desaparecía. ¿Dónde iban las almas al morir? ¿Con los suspiros, al aire? ¿Con las lágrimas, al mar? ¿Cómo podía llegar allí?

La muerte de su abuela había supuesto un bautizo de sangre. Había pasado un largo periodo de gestación en aquel pueblucho con nombre fluvial, y había entrado a la vida el día que su padre y su hermano cerraron la puerta de su apartamento para no volver, el mismo en el que su madre no la había despedido, y su abuela había muerto.

El velatorio y la boda de Luisa fueron en el mismo día, en el mismo lugar. Su requiem trascendió el “hasta que la muerte nos separe” y unió su

recuerdo, lo único que quedaba de ella, con la sombra que oía la misa desde la última banca de la iglesia. Alba solo podía pensar en que Luisa se estaría retorciendo bajo tierra de oír a aquel sacerdote.

Se quedó con las cosas importantes de Luisa. Recogió sus libros antes de que la familia que la había rechazado pudiera hacerse con ellos, sus cuadernos incendiarios y sus cuartillas ilegales. Después del funeral, acudió al piso de Raúl y preguntó qué era lo siguiente que iban a hacer.

Colgar carteles, dar charlas, boicotear actos. Lanzar cerillas a contenedores, romper cristales, preparar cócteles molotov. Quemar el Parlamento hasta los cimientos.

La rabia era más fácil que la tristeza, y Alba comenzó en aquel 1972 una misión suicida y sin fin. No había día que saliera que no esperase que le metieran una bala entre las cejas. Nunca quiso ser una mártir. Solo quería, de verdad, no ser nada.

Había sido autómata de cuerda en su infancia y adolescencia. Su abuela la había dejado ir y había comenzado un periodo gestante, un interludio latente que olía a humo de cigarro y sonaba a esa canción de las Ronettes en un disco rallado. Había reconocido a alguien de su especie, y durante un segundo, la existencia le había parecido soportable. Había encontrado y perdido al amor de su vida a los dieciocho, y ahora la posteridad se le presentaba como un llano trágico y templado de días iguales, de noches de recuerdos que acabarían por difuminarse.

Alba aún no tenía veinte años, pero la vida se le estaba haciendo eterna.

## EL CAMINO DE VUELTA

**María Lobato González**  
**Ubrique (Cádiz)**  
**RELATO 18-20 (19 años)**

Encontrar las páginas del cuaderno que a continuación les muestro nunca estuvo entre mis planes. Mucho menos lo estuvo la idea de escribir este mensaje.

Desde la última gran batalla los caminos se han vuelto desérticos, hostiles y extraños. Incluso ajenos. No queda nada de aquella tierra a la que llamábamos hogar y, sin embargo, los supervivientes hemos acudido durante las últimas lunas a reunirnos en torno a la Capital, donde aún parece quedar un pequeño atisbo de vida que florece entre las grietas de la guerra.

Como repito: este cuaderno que sostengo entre mis manos, y que pronto pasará a ser suyo, ha llegado a mí gracias a una tercera persona de la cual poseo escasa información al respecto. Solo me atrevo a decir con seguridad que el mercader que lo encontró había aprovechado el aliento de la batalla para recorrer el camino de la guerra con el fin de saquear sus huellas, y que fue así como dio con él.

No creo tener el valor ni la potestad para narrar la historia que contó aquella tarde sobre su travesía, ni tampoco es ese el motivo por el que escribo estas palabras. Si me he tomado la libertad de transcribir unas notas de un cuaderno harapiento (donde la sangre y la tinta se desdibujan mutuamente) no es nada más ni nada menos que por el simple hecho de que su dueño nunca podrá hacerlo. Y, sobre todo, porque hay sentimientos que la guerra parece esconder, pero que entre estas páginas hallamos debajo de nuestra propia piel.

.....

O

Nadie creyó que fuéramos a morir de verdad. Las sonrisas tardaron unos días en endurecerse y las noches, al principio mansas, pronto escondieron miedos atronadores entre las sombras de nuestras propias pesadillas. Las historias con las que he crecido no le hacen justicia a lo que viví la noche en la que me infiltré en el ejército del Imperio.

Cuando eres un crío acunado entre leyendas de héroes que alimentan tu ambición, todo el mundo aleja de tus manos esas historias mundanas capaces de congelarte a causa del estupor. No es culpa de nadie que tomara la decisión que tomé, pero a veces creo que las cosas no podían haberse desarrollado de otra forma.

Es tal la conmoción que aún me asola, que ha conseguido nublar mis recuerdos más allá de la huida de casa, la infiltración en las tropas y la sangre. Siempre la sangre, porque mis días se han vuelto rojos. Antes creía que los soldados exageraban cuando contaban con todo lujo de detalles cómo sabía la muerte del enemigo, pero ahora creo que sus historias ni siquiera rozaban la realidad.

Desperté hace una semana, pero tardé un día entero en salir de la pila de cadáveres bajo la que me habían enterrado. No recuerdo el final de la batalla, ni el bando que se alzó con la victoria. Debí *morir* antes de que se proclamara un vencedor.

Conmocionado, invertí largas horas intentando quitarme de encima los cuerpos de los que alguna vez fueron mis compañeros. Los minutos se deslizaron por mi piel de carbón como lágrimas, dejando a su paso un camino salado que calaba hasta mis propios huesos. Las cabezas estaban por todas partes, observándome escalar sus cuerpos, juzgándome por haber sido el único en sobrevivir cuando yo era, en realidad, la última persona que debía estar entre ellos.

Por aquel entonces el hedor seguía siendo insoportable, así como el zumbido de las moscas adentrándose en sus carnes, acompañado de gritos que ni siquiera sé si llegué a escuchar alguna vez. Entonces, una vez fuera, me senté a esperar.

En aquel momento aún no descifraba lo que significaba que el escuadrón que me había acompañado durante meses estuviera apilado delante de mis narices. Unas horas después, cuando caí en la cuenta de que nadie vendría en mi búsqueda por el simple hecho de que ya no quedaba nadie que pudiera buscarme, vomité largo y tendido durante lo que parecieron ser días enteros.

Era injusto, fue lo que pensé. Crecer creyendo en las historias de héroes y luchar por participar en la historia que me tocaba no debería haber sido algo de lo que haberme arrepentido. Aquella iba a ser, en realidad, la última guerra. La más grande. La más grotesca, inolvidable. Pero ya había acabado, mientras yo moría bajo el resto de soldados. Había concluido el momento más importante de nuestra historia y yo no había llegado a verlo.

Fue entonces cuando decidí volver a casa por mi propia cuenta, aunque ni siquiera sabía si todavía quedaba lugar al que volver. Decidí, también, escribir en las páginas de este cuaderno la travesía a la que me enfrentaba una vez superada la propia muerte. Y es que lo que encontré no fue un campo de batalla, sino kilómetros de ceniza, árboles quemados y caminos destrozados que me daban la bienvenida a mi próximo gran reto. Porque, en realidad, empezar a narrar mi viaje no es sino un vago intento de mantenerme lúcido, pues algo me dice que los caminos que estoy por recorrer van a volverme completamente loco.

### 3

La Historia se repite. No como tal, pero nosotros nos esforzamos en que así sea. ¿Cómo no se va a repetir si desde sus inicios ha sido obligada a transitar el sendero que construimos para ella? La tierra nos da todo de sí y

nosotros se lo recompensamos explotándola hasta dejarla sin nada. El fuego nos acompaña durante largos inviernos y nosotros lo arrastramos a la guerra. El aire baila a nuestro alrededor dándonos vida y nosotros lo llenamos de pena. El agua nos abrazaba siempre sin reparo y nosotros la violamos llenándola de sangre, cadáveres y miedo. Hemos escrito nuestra condena desde el principio de los siglos y ahora me toca a mí cumplirla.

Últimamente siento que alguien me sigue. Me pregunto si los fantasmas que he olvidado han dado al fin conmigo. No como desde hace días, o puede que semanas. A veces cierro los ojos, pero no descanso.

Rezo a las estrellas ocultas en la oscuridad de la noche para que me lleven en sueños. Nunca recibo respuesta. No las culpo, yo tampoco sentiría pena por alguien que pide ayuda desde la tumba que él mismo ha cavado con sus propias manos.

## 5

Hace unos días encontré *latidos*.

Al principio creí que era producto de mis delirios, porque solo parecía un montón de huesos amontonados unos encima de otros en el centro del claro del bosque. No tardé mucho en descubrir que se trataba de un animal, al mismo tiempo que él se percató de mi presencia también. Era un lobo gris. Estaba agazapado sobre sí mismo, asustado y famélico. Supe que era de los nuestros cuando, al moverse para enseñar sus dientes, pude distinguir en su lomo la marca que les hacen a los cachorros de nuestras tropas.

Sus ojos se encontraron con los míos unos segundos, ambos verdes contaminados por un marrón intenso. Éramos dos criaturas que nunca deberían haberse encontrado en esa situación.

El primer escuadrón del Imperio no los usaba en combate desde hacía años, pero todavía quedaban viejos guerreros que recurrían a ellos. Yo era

un niño que moría por sus leyendas cuando mi padre me confió que nunca esperase lealtad de una bestia hambrienta y que después de una guerra nunca debía esperar la misericordia de los monstruos.

Pero ese animal que yacía ante mí no era un demonio. Lloraba y se acercaba con miedo, buscando un poco de compasión. Agachaba la cabeza y lloraba por descanso, por una tregua y unos últimos momentos de vida tranquilos.

Lo maté antes de que se diera cuenta de que yo era la bestia hambrienta a la que debía temer.

## 7

La carne cruda no sirvió de mucho. La devoré con tanta ansia que volví a vomitarla horas después, retorciéndome como una alimaña.

Por la noche desvié mi ruta hacia el oeste, guiado por un delirio de mi propia deshidratación. Arrastré mis pies durante siglos, me choqué con ramas y me arrastré por ceniza hasta dar con aquello que tiraba de mí como un imán.

Estaba oculto entre un montón de rocas, a salvo de cualquiera. Solo alguien sin nada que perder podría haber dado con ese lago. Por un momento pensé que estaba soñando. La suerte no podía estar sonriéndome cuando acababa de degollar a un animal sagrado para los míos.

Recibí el agua como un niño pequeño que pisa por primera vez la orilla del mar, temerario pero asombrado. Me hundí hasta el cuello y nadé durante un buen rato, bebiendo del agua que nunca creí volver a ver de nuevo. Era una gran mancha negra entre las sombras y a mí no podía importarme menos mancharme de su oscuridad.

Por eso mismo no fue hasta pasado un buen rato que descubrí que aquello que rozaba mis piernas no eran algas ni rocas, sino calaveras y

esqueletos de otros que nadaron en esas aguas antes que yo. No sé si me estoy volviendo loco, pero juro haber visto decenas de ojos celestes observarme desde las profundidades cuando me alejé de ese lugar maldito.

Escribir me ayuda a ordenar mis pensamientos, pero cuando lo hago siento como si todo lo que estoy viviendo solo fueran fantasías de un infante. Temo no volver a encontrarme nunca más con algo que no sean cuerpos en descomposición, como si las personas fueran cosa del pasado y la tierra hubiese empezado a reclamar una vez más lo que es suyo.

¿La habríamos enfadado? Los humanos éramos egoístas, sellamos la historia con sangre y construimos nuestros avances sobre montañas de muertos, pero ¿no ha sido siempre así? ¿No era así cómo funcionaba la vida? ¿No era así como pretendía mi padre, el General de las tropas, alzarse con la victoria que acabaría de una vez con todo el odio?

Por primera vez pienso en algo más.

Por primera vez creo que las promesas de un futuro solo eran una excusa para derramar un poco más de vida y concluir la historia que nunca había tenido la valentía de forjar con sus propias manos.

Era esto lo que querías, ¿padre? Hace semanas que no veo el horizonte que se nos prometía.

## 9

Esta mañana me he despertado con un rayo de luz resbalando por mi brazo. Es el primero que veo en días. Por un momento he creído, entre esos delirios que nos asaltan cuando cruzamos del mundo de los sueños a la realidad, que el calor que me producía era producto de las caricias de otra persona. Una vez lúcido me he abrazado a mí mismo y no he parado de llorar hasta que mi garganta no podía más.

Hoy no ha sido un buen día. No he podido dar más de dos pasos seguidos. Noto el hambre abrirse paso entre mis entrañas, queriendo escapar de mi cuerpo antes de devorarme por dentro. Pero no hay nada. No hay animales, agua o frutos que apacigüen mi sed o mi hambre. No hay sonidos, sueños o pesadillas que me salven de mis pensamientos.

Solo veo a la Muerte, esperando entre las sombras, sonriéndome con dientes amarillos mientras que con su mano me anima a acercarme a ella.

Me gustaría volver a casa. A mi hogar. Ruego por estar tomando el camino que me lleve a él de nuevo.

¿Por qué huí en primer lugar?

**10**

Creo que empiezo a reconocer el paisaje.  
Ya queda menos.

.....

Después de escribir las últimas líneas, creemos que el portador de este cuaderno no sobrevivió más de dos días. Los restos de su cuerpo, por si le interesa, se encontraban apenas a unos kilómetros de distancia de la Capital. No pude evitar buscar su cuerpo para darle sepultura cuando tras la lectura de estas páginas sus palabras me persiguieron hasta en mis peores pesadillas.

Sin embargo, fue lo que encontré entre sus ropas lo que me impulsó a escribirle a usted, General. Pero como ciudadano que ha sobrevivido a esta masacre con un mínimo de sensatez en su cuerpo, mantendré mi anonimato. Esta carta y estas notas llegarán a sus manos para el próximo eclipse.

Espero que el orgullo por su reciente victoria no le ciegue e invierta unas horas de su tiempo en leer lo que le envió, pues son nada más y nada menos que los últimos días de vida de su propio hijo. Y espero también que sepa que en la ironía de la guerra, el desespero del hambre y traumatizado por la sangre, este muchacho que no conocí deambuló durante más de tres lunas por la tierra que ustedes mismos destruyeron.

¿Sería por las alucinaciones de la batalla? ¿Estaría más desorientado y en peores circunstancias de lo que se reflejaba en su escritura como para no percatarse de que se encontraba en territorio enemigo? ¿Llegó en algún momento a ser plenamente consciente de que nunca regresaría a casa? Nunca lo sabremos, pero lo que es innegable, General, es que su hijo despertó para convertirse en la última víctima de esta sangrienta etapa de nuestra historia, convirtiéndose en una víctima de sus propios sueños y esperanzas.

A fin de cuentas, era un soldado que despertó del infierno creyendo que volvía a casa cuando, en realidad, solo estaba adentrándose entre fantasmas de la culpa y el dolor de la muerte en la tierra del bando enemigo, llorando por un dolor que nunca le había pertenecido.





## **Andi Rivas**

Artista, ilustrador, director creativo, asesor de marcas, diseñador gráfico, muralista, dibujante de cómics y animador 2D que vive y es de Cádiz.

Desde sus comienzos ha sido un trotamundos desempeñando trabajos creativos: Granada, Tilburg, Londres, Nueva York, Barcelona o Madrid son ciudades donde ha vivido y trabajado.

Sus proyectos abarcan desde el mero cuaderno de notas a elaboradas producciones comerciales, formando parte de equipos más grandes, pasando por la pintura mural, el cómic o el vídeo musical. En el vasto rango de productos Andi ha estado trabajando en el diseño de packagings y etiquetas para numerosos productos, animaciones para distintas cadenas de televisión y publicidad, diseño editorial, diseño y asesoramiento de marca. Actualmente divide su tiempo entre el dibujo, el diseño y la pintura. Alguna que otra vez, cuando puede, también gusta de descansar un ratito.



*Esta edición no venal se ha impreso  
en Andalucía en el verano  
de 2023.*

